
HARLEQUIN
Jazmín
UNA INGLESA EN NUEVA YORK
SCARLET WILSON

Indice

Argumento

Quédate conmigo.

Después de haber pasado un año terrible, la joven inglesa Carrie McKenzie había sucumbido a las rutilantes luces de Manhattan. Había subido al Empire State, pero no había conseguido ni una sola sonrisa de su apuesto vecino. Sin embargo, un pequeño bebé abandonado la llevaría a su puerta finalmente…

El policía Dan Cooper tenía la obligación de proteger y en una situación como esa debía socorrer a Carrie. Pero ella acabaría convirtiéndose en una distracción, y no solo debido a sus tentadoras curvas, sino también por ese dolor que veía en sus ojos cada vez que miraba al pequeño recién nacido.

Capítulo Uno

El metro entró en la estación con su traqueteo habitual. Las puertas se abrieron y Carrie sintió que las masas la hacían moverse sobre el andén. Ni siquiera podía levantar la vista y tampoco podía abandonar la posición contraída que mantenía dentro de su fino abrigo. En Internet le había parecido otra cosa.

Resistió la tentación de apretarse contra la persona que tenía delante a medida que el vagón se llenaba, mucho más de lo habitual ese día. Casi todos los trenes de la ciudad habían parado después de la fuerte nevada. Las calles, grises y abarrotadas de gente, se habían vuelto blancas en cuestión de unas horas, y apenas se discernían algunas figuras en la blancura.

Había sido una tormenta de nieve totalmente inesperada.

Eso habían dicho.

En Octubre.

En mitad de Nueva York.

Solo unos pocos reporteros tenían la suerte de quedarse en el estudio. Los demás estaban en las calles, muriéndose de frío, como Carrie. Su abrigo de invierno no llegaba hasta dos semanas después, y podía morir congelada antes de recibirlo. Sus dedos habían perdido todo el color y ya llevaban diez minutos entumecidos. Por suerte, no tenía la nariz congestionada con secreciones, porque con esas temperaturas sin duda se le hubiera helado.

–Han parado algunos autobuses –murmuró la mujer que estaba a su lado–. Voy a tener que cambiar unas tres veces para poder llegar a casa hoy.

Carrie sintió un escalofrío por la espalda.

«Por favor, que el tren llegue al final de la línea».

Esa parte del metro no era subterránea durante todo el trayecto. Algunas partes estaban al aire libre y los enormes copos de nieve no dejaban de caer a su alrededor.

Pasar un año en Nueva York le había parecido una idea formidable, casi mágica, una oportunidad para escapar de ese tiempo horrible que le había tocado vivir, una oportunidad para escapar de todos aquellos a los que conocía, de su historia y de sus demonios.

Lo único que se había llevado consigo había sido su currículum.

Incluso en medio de la negra y densa bruma en la que se había

convertido su mente el año anterior, esa había sido la única estrella brillante a la que había podido aferrarse.

Debería haberlo sabido nada más entrar en el despacho del jefe, nada más ver esa mirada simpática e interesada al mismo tiempo. Se había aclarado la garganta.

–Carrie, necesitamos a alguien que vaya a Nueva York y que represente a las oficinas de Londres, para que dirija el proyecto del equipo durante el año que viene. Sé que este año ha sido muy difícil para ti, pero tú fuiste la primera persona en la que pensé para esto, pero… si es demasiado, o si no es buen momento… –su voz se había apagado momentáneamente.

La insinuación era clara. Ya había dos becarios pisándole los talones, ansiosos por pasarle por encima.

Carrie se había mordido el labio inferior.

–No. Es el momento perfecto. Un sitio nuevo es justo lo que necesito, un nuevo desafío, una oportunidad para cambiar de aires y pasar tiempo fuera.

Él había asentido con la cabeza y le había tendido la mano.

–Enhorabuena. No te preocupes por nada. El bufete dispone de un apartamento en Greenwich Village, en el distrito de Manhattan. Es una zona agradable, segura, y está muy bien comunicada. Te va a gustar.

Carrie había asentido sin más y había contenido las ganas de humedecerse los labios.

–¿Cuánto tiempo tengo antes de irme? –le había preguntado. Tenía los labios tan secos…

Él se había aclarado la garganta una vez más.

–Tres semanas –tras sus palabras esbozaría una sonrisa rápida, apresurada–. Uno de los socios se marcha por negocios a Japón. Tiene que ponerte al tanto de todo antes de marcharte.

Carrie había hecho un gran esfuerzo para no dejar ver el horror que había sentido al enterarse del tiempo que le quedaba. Procurando que su rostro no la delatara, se había puesto en pie y se había alisado la falda.

–Tres semanas está bien. Es perfectamente manejable –la voz se le había quebrado ligeramente, pero no sabía si él lo habría notado.

Su jefe se había puesto en pie.

–Perfecto, Carrie. Estoy seguro de que harás un trabajo estupendo.

El tren paró en otra estación y Carrie sintió el trasiego de cuerpos a su alrededor. Los pasajeros se pegaban los unos a los otros cada vez más para que las hordas de los andenes pudieran subir a bordo. Era como si a la ciudad entera la hubieran mandado de vuelta a casa antes

de tiempo.

Carrie sintió el roce de una mano fría y una mujer le dedicó una sonrisa de cansancio.

–Han cerrado Central Park. Un árbol se cayó con el peso de la nieve. Jamás había oído algo parecido –dijo, poniendo los ojos en blanco–. Solo espero que los autobuses del colegio lleguen a casa. Algunas carreteras están cerradas porque no tienen bastantes máquinas quitanieves y la sal no llegaba hasta dentro de dos semanas –tenía la cara roja mientras hablaba–. Nunca he visto una nevada como esta, ¿y tú? Me parece que vamos a estar sepultados en la nieve durante unos cuantos días.

–No soy de por aquí. Soy de Londres. Es mi primer viaje a Nueva York.

La mujer dejó escapar un pequeño suspiro.

–Pobrecita. Bueno, bienvenida al manicomio.

Carrie guardó silencio mientras el tren salía de la estación. No parecía que ganara velocidad. Simplemente parecía arrastrarse con desgana sobre las vías. ¿Habría nieve sobre las vías, o acaso era que llevaba demasiados pasajeros, desesperados por llegar a casa antes de que la red de transportes se colapsara del todo?

«Por favor, dos paradas más».

Solo le faltaban dos paradas para llegar a casa.

Pero ¿realmente podía llamarla «casa»?

El apartamento de West Village era maravilloso. No llegaba a ser un ático, pero era parte de un caserón de piedra roja y estaba totalmente por encima de su presupuesto. West Village era un sitio perfecto. Era como un rincón apartado de Londres, lleno de tiendas exquisitas, cafeterías y restaurantes, pero seguía sin ser su casa.

Ese día, en medio de la tormenta de nieve, lo único que deseaba era regresar a casa y tomarse un plato de sopa. Quería darse un baño de espuma con velas a su alrededor, sentirse en casa en algún sitio, con las cortinas echadas, ascuas al rojo vivo en la chimenea y al abrigo de un cálido resplandor.

Cualquier cosa era calor de hogar en comparación con el eco de sus propios pasos sobre el parqué de un apartamento vacío, sobre todo sabiendo que la próxima vez que hablara con un ser humano sería al día siguiente, de camino al trabajo, cuando parara en el puesto de café que estaba al otro lado de la calle.

Carrie arrugó la nariz. A lo mejor ni siquiera llegaba a tener esa posibilidad. El cielo se estaba oscureciendo con rapidez. Tal vez la mujer que estaba a su lado tenía razón. Tal vez terminarían atrapados en la nieve. A lo mejor pasarían días antes de que pudiera hablar de

nuevo con otro ser humano.

Movió el bolso en el que llevaba el portátil. Tenía trabajo de sobra para varios días. Su jefe había sido muy claro.

–Llévate suficiente trabajo y no te preocupes por venir a la oficina –le había dicho.

Si la nieve continuaba cayendo a ese ritmo, ni siquiera vería a sus compañeros de trabajo.

La gente del bloque de apartamentos la saludaba con un gesto cuando se los encontraba en el pasillo, pero jamás había mantenido una conversación con ninguno de ellos, y los saludos no eran precisamente amigables. A lo mejor estaban acostumbrados a que el apartamento fuera utilizado por gente de negocios de paso, gente que se quedaba unas semanas y luego se marchaba de nuevo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Carrie y su mente echó a correr.

¿Tenía todo lo necesario para emergencias? ¿Habría algo en el apartamento? ¿Cómo sería estar atrapada por la nieve en Nueva York, donde no conocía a nadie?

Había conocido a mucha gente en el trabajo durante los dos meses anteriores. Incluso había llegado a salir a tomar una copa después del trabajo en alguna ocasión, pero las oficinas en las que trabajaba no eran un lugar de mucha vida social. Era un sitio donde todo iba a toda velocidad, a un ritmo frenético marcado por los plazos a cumplir. Tenía muchos compañeros de trabajo, pero no sabía si tenía algún amigo.

El tren se detuvo de repente en Fourteenth Street. La puerta se abrió.

–¡Desalojen el tren!

Carrie levantó la cabeza y todo el mundo protestó en ese momento.

–¿Qué?

–¡Ni hablar!

–¿Qué sucede?

Había un guarda junto a la puerta.

–Última parada, señores. Hay mucha nieve en las vías. Están parando todos los trenes. Desalojen los vagones.

Carrie miró el cartel. Fourteenth Street.

Solo le faltaba una parada para llegar. Bajó la vista y contempló sus botines rojos de ante. Ya podía despedirse de ellos. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de aguanieve. No quería pensar en el aspecto que tendrían cuando llegara al apartamento.

La multitud salió al andén y se dirigió hacia el vestíbulo de la estación. Podía oír voces de pánico a su alrededor. Todos trataban de

encontrar rutas alternativas para llegar a casa. Ella al menos sabía que podía ir andando desde allí, a pesar del mal estado de las calles.

El cielo se había oscurecido de repente. Gruesas nubes grises parecían colgar del firmamento y descargaban el aluvión de nieve sobre la tierra.

La nieve… Era algo tan hermoso… Un niño podía pasar horas cortando papel, tratando de hacer copos de nieve. Y después los pegaría en una cartulina azul y la colgaría en la pared de clase, o le pondría una cuerda para ponerla en el árbol de Navidad.

Pero las cosas no eran así en los cuentos. Enormes montones de nieve flanqueaban la calle. El manto blanco había cubierto todo el asfalto, deteniendo el tráfico, pero ya solo quedaba el aguanieve y el fango mezclado con hielo.

De repente, Carrie oyó un ruido de algo que se rompía a sus espaldas al otro lado de la calle. Todo el mundo comenzó a gritar.

—¡Muévanse! ¡Rápido!

A cámara lenta vio cómo un enorme bloque de nieve se deslizaba sobre el tejado de un edificio de cuatro plantas. Los que pasaban por la calle en ese momento apuraban el paso, ajenos a lo que ocurría sobre sus cabezas.

Fue como una escena de una película de acción. Carrie sintió el peso de saber lo que iba a ocurrir, sin poder hacer nada al respecto. Se le cortó la respiración. Había una mujer con un abrigo rojo, un niño pequeño, una pareja de ancianos que caminaba de la mano, unos cuantos hombres trajeados, con las solapas del abrigo subidas y hablando por el móvil sin parar.

Carrie vio un destello azul. La mujer del abrigo rojo y el niño pequeño resultaron lanzados hacia el medio de la calle vacía. La pareja de ancianos se pegó a un escapara- te y unos cuantos gritos frenéticos alertaron a los ejecutivos.

La nieve cayó golpe, haciendo un ruido sordo al dar contra el pavimento. Una nube de polvo de nieve saltó por los aires y varias salpicaduras de fango la golpearon en la cara.

Y, entonces, durante unos segundos, no hubo más que silencio, un silencio absoluto.

Lo primero que se oyó después fue el llanto entrecortado de un niño, el pequeño que había aterrizado sobre la calzada. Unos segundos más tarde se produjo el caos. Varios viandantes fueron a socorrer a la mujer y al niño. Les ayudaron a ponerse en pie y les acompañaron a una cafetería cercana. Alguien asistió a los ancianos, que aún seguían apretados contra el escaparate, debajo de la marquesina de la tienda.

—¿Dónde está el policía?

–¿Qué le ha pasado al policía?

Un policía…

¿Acaso era el primero que se había lanzado al rescate?

De repente, Carrie reparó en las luces del coche policial, aparcado junto a la acera. Era una imagen tan común en Nueva York que ya apenas se fijaba en ellos.

Después de mucho cavar y tras proferir unas cuantas palabrotas, dos hombres emergieron del montón de nieve. Uno de ellos era el policía y el otro era uno de los ejecutivos.

Alguien empujó a Carrie por atrás, obligándola a reanudar la marcha. Sus pies comenzaron a moverse de forma automática por la resbaladiza acera. No había nada que hacer.

Con el corazón retumbando, Carrie siguió adelante. No iba a ser de gran ayuda quedándose allí. No tenía ningún conocimiento médico y la calle estaba llena de gente que corría para socorrer a los transeúntes en apuros. El policía se estaba quitando la nieve del uniforme. Parecía algo molesto.

De repente, Carrie se dio cuenta de que su rostro le resultaba ligeramente familiar, pero no era capaz de situarle en ningún contexto. Se sujetaba la muñeca de una forma extraña y miraba a su alrededor, intentando localizar a toda la gente a la que había asistido.

Un pañuelo apareció bajo la nariz de Carrie de pronto.

–Será mejor que te limpies un poco la cara –dijo otra mujer, señalando su abrigo manchado de lodo.

Carrie se volvió hacia el cristal del escaparate más cercano y entonces se llevó un buen susto. Parecía una pordiosera, llena de suciedad por todos los sitios.

–Gracias –le dijo a la mujer al tiempo que trataba de limpiarse la cara.

Su abrigo de color verde brillante había quedado inservible. La etiqueta decía Lavar en seco, pero no había tintorería en el mundo que pudiera arreglar semejante desastre. Eso estaba claro.

Miró hacia el cielo, cada vez más encapotado. Ya era hora de irse a casa, fuera su casa o no.

Daniel Cooper tosió. El skyline de Nueva York acababa de convertirse en un pesado telón de nieve gris. ¿No se suponía que la nieve era ligera? ¿Por qué se sentía como si soportara una pesada carga sobre los hombros? Un dolor agudo le subió por el brazo, pero hizo todo lo posible por ignorarlo.

«No hay dolor. No hay dolor», se repetía a sí mismo, una y otra

vez.

Oyó un ruido sobre su cabeza. La gente corría. Tosió una vez más. La nieve se le estaba metiendo en la nariz. Era raro estar ahí abajo, casi irreal. No sentía que se estuviera asfixiando. La nieve no estaba acumulada en torno a su rostro, pero no podía moverse. Y a él no le gustaba sentir que las cosas estaban fuera de control. El movimiento frenético continuó a su alrededor y entonces unos cuantos brazos fuertes tiraron de él hacia arriba para sacarle de la nieve. Miró a su alrededor de inmediato para ver si la madre y el niño se encontraban bien.

Ahí estaban, al otro lado de la acera. Podía ver el abrigo rojo de la mujer. Empujarlos hacia la calle no había sido lo más sensato, pero la calle estaba cubierta por una gruesa capa de aguanieve y no había ni un coche a la vista. La gente se agolpaba alrededor de ellos, pero ambos estaban a salvo, aunque un poco asustados. La mujer levantó la vista y le miró. Sujetaba a su pequeño con un brazo, apretándole contra su cuerpo. La otra mano reposaba sobre su pecho. Parecía sorprendida, conmocionada. Acababa de ver el enorme montón de nieve sobre el que podrían haber quedado sepultados.

–Muchas gracias –sus labios dibujaron las palabras.

Daniel le sonrió. El aire se le escapó de los pulmones en una bocanada de puro alivio. La nieve que se le había pegado a la nuca se derretía por momentos y el agua le caía por la espalda.

La pareja de ancianos… ¿Dónde estaban? ¿Y por qué seguía doliéndole tanto la muñeca? Se giró. Los ancianos estaban cruzando la calle, acompañados por unos viandantes que los llevaban hacia una cafetería situada al otro lado.

«Gracias a Dios», pensó para sí.

–Chico, tu muñeca. ¿Estás herido? –un hombre con un grueso abrigo de lana estaba frente a él.

Dan bajó la vista. Miró el montón de nieve bajo el que había quedado sepultado. En medio de la nieve había algunas tejas de pizarra. Seguramente habrían caído muchas del tejado. Había tenido mucha suerte. Cualquiera podría haberle dado en la cabeza, en vez de en la muñeca.

–Ya lo miro luego –le dijo al ciudadano preocupado que tenía delante–. No es nada. Solo quiero ver si todo el mundo está bien.

El hombre frunció el entrecejo.

–Han llamado a una ambulancia para el otro chico –miró hacia la acera.

Uno de los ejecutivos estaba sentado allí, pálido y claramente mareado. Daniel también se sentía así, pero él no era de los que lo

decían en alto. Trató de quitarse un poco de nieve del uniforme.

–¿Quién sabe cuánto tardará en llegar la ambulancia? Será mejor que le llevemos a la clínica que hay en Sixteenth Street – señaló hacia el otro lado de la calle.

Otro policía acababa de llegar y se dirigía hacia él.

–¿Puedes llamar a urgencias a ver cuánto tardará la ambulancia?

El otro policía sacudió la cabeza y levantó las manos.

–La ciudad entera está paralizada. No creo que venga nadie rápido –miró a su alrededor–. Voy a ver cuánta gente necesita atención médica –le miró la muñeca–. Incluyéndote a ti. Y después llevaremos a toda la gente a la clínica –puso los ojos en blanco–. Va a ser un turno largo.

Dan hizo una mueca. Una gran crisis se estaba gestando en la ciudad. La gente estaría atrapada, sin forma de regresar a casa. Los vuelos estaban siendo cancelados y la mayor parte del transporte público había dejado de funcionar. ¿De qué utilidad podía ser con una muñeca lesionada? Una gran inquietud se apoderó de él mientras miraba a su alrededor. Las calles estaban abarrotadas de gente. En ese momento debería haber estado haciendo su trabajo, ayudando a la gente, y no esperando a una ambulancia que lo llevaría a la clínica.

Odiaba esa sensación de impotencia. Odiaba que las cosas escaparan a su control de esa forma. Miró a las multitudes que salían a la acera de Fourteenth Street, provenientes de la estación, y entonces respiró profundamente.

Las cosas solo podían empeorar a partir de ese momento.

Carrie miró por la ventana. El sol había desaparecido del todo y las calles relucían con tanta nieve. El lodazal por el que había tenido que transitar un rato antes había desaparecido debajo de un blanco manto de nieve recién caída, esa que daba sensación de hogar al mirar por la ventana de un cálido apartamento iluminado.

De repente le rugió el estómago y se tocó el abdomen. Era una suerte que el señor Meltzer viviera encima de su tienda. Todas las demás tiendas de la zona habían cerrado. Miró los comestibles que estaban sobre la encimera. Había comprado leche en polvo, agua, pan, bollos de pan, queso, macarrones y chocolate, mucha comida reconfortante. Si iba a pasar mucho tiempo aislada en medio de la nieve en Nueva York, quería poder comer lo que quisiera. Además, tampoco le iría nada mal. Después de todo el estrés del año anterior, aún no había recuperado todo el peso que había perdido. Ganar unos kilos la ayudaría a rellenar la ropa. La mayoría de las mujeres quería

hacer justo lo contrario, pero lo único que ella quería era recuperar las curvas que había perdido.

Volvió a sentir ese pinchazo en los oídos. Ahí estaba de nuevo. Era ese extraño sonido que la había hecho asomarse a la ventana la primera vez. En el apartamento siempre había muchos ruidos raros, pero afortunadamente se había acostumbrado a casi todos. Las tuberías sonaban debido al aire atrapado en ellas, las puertas crujían y también la madera del parqué, por no hablar de esas extrañas corrientes de aire que sentía algunas veces. Ese sonido, sin embargo, era distinto. ¿Acaso provenía del exterior?

Apretó la nariz contra el cristal. Su respiración nublaba la superficie transparente. La calle parecía estar en calma. ¿Quién podía atreverse a salir en una noche como esa? Las cadenas de veinticuatro horas no hacían más que aconsejar a los televidentes que no salieran de casa. Abrió la ventana un poco, dejando que entrara una ráfaga de aire frío.

Carrie dio gracias por el pijama térmico, los calcetines gruesos y la bata de invierno que llevaba.

Contuvo la respiración y escuchó con atención. Ahí estaba una vez más. Era como un maullido. ¿Acaso era un gato? Se escuchaba una música lejana, proveniente del apartamento de abajo. Debía de ser el policía. Seguramente no oiría nada.

Carrie ni siquiera conocía su nombre. Solo sabía que debía de ser policía, por el uniforme que llevaba. Era alto, moreno y muy apuesto, pero no la había mirado ni una sola vez desde su llegada.

¿Quién podría haber dejado fuera al gato en una noche como esa? Comenzó a sentir el peso de la conciencia. ¿Qué podía hacer? A lo mejor solo era un gatito pequeño, aturdido en medio de tanta nieve e incapaz de encontrar el camino de vuelta a casa. ¿Acaso debía bajar e investigar un poco? Miró la ropa de cama que llevaba. Solo serían unos pocos segundos. Nadie la vería.

Podía recoger al gato y meterlo en casa para que no pasara la noche a la intemperie.

Abrió la puerta con sigilo y miró hacia el rellano. Todos estaban en casa, resguardados ante las inclemencias del tiempo. Bajó los peldaños de las escaleras con cuidado y llegó a la puerta de entrada en menos de un minuto. Abrió la pesada puerta del edificio de pizarra roja y tiró de ella.

No.

No podía ser posible.

Parpadeó y cerró la puerta de nuevo. Rápidamente.

El corazón se le salía del pecho.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco… Su cerebro le estaba jugando una mala pasada. La había hecho sentirse segura y le había hecho pensar que todo estaba en orden para después asestarle un golpe inesperado.

A lo mejor ni siquiera estaba del todo despierta. A lo mejor se había quedado dormida en el sofá, delante del fuego de la chimenea, y entonces se despertaría bruscamente, empapada en sudor.

Uno, dos, tres, cuatro…

Volvió a girar el picaporte, lentamente. Rezó para que su propia imaginación volviera a estar bajo control lo antes posible. Las cosas como esa no le pasaban a gente como ella.

Esa vez su reacción fue distinta, sin embargo. Esa vez el aire frío de la noche entró en sus pulmones con una fuerza que no creía tener. Todo el pelo se le puso de punta de inmediato, y no fue a causa del frío.

Era un bebé. Alguien había dejado a un bebé en su puerta.

Capítulo Dos

Durante un segundo, Carrie fue incapaz de moverse. El cerebro no le funcionaba. Su cuerpo no quería reaccionar y sus oídos amplificaban el sonido. Ese maullido distante que había creído oír era en realidad el llanto de un niño, un llanto ligero que cada vez la asustaba más.

Su reacción inmediata fue salir corriendo. El instinto más primario de autoprotección le decía que huyera, que se alejara de la situación, pero tampoco podía luchar contra el instinto natural que se fortalecía en su interior, así que hizo lo que cualquier otro ser humano piadoso hubiera hecho: recogió al pequeño y lo sujetó contra su pecho.

Incluso la mantita estaba fría.

«Dios mío. Un bebé…», pensó, horrorizada.

No pensó en nada. No sopesó las posibilidades.

Sencillamente se dirigió hacia la puerta más cercana, aquella de la que provenía la música, y llamó con fuerza, golpeando la superficie con el puño.

–¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Todo permaneció en silencio durante unos segundos y entonces la música dejó de sonar. Carrie oyó el sonido de unos pies descalzos sobre el parqué. La puerta se abrió de golpe.

Ahí estaba él, en toda su gloria. Tenía el cabello alborotado y los ojos cansados, y estaba desnudo de cintura para arriba. Solo llevaba unos vaqueros que se le ceñían a las caderas y una escayola de color rosa en la muñeca.

Carrie parpadeó, perpleja. Él frunció el ceño.

–¿Qué…?

Sin pensar en lo que hacía, entró en el apartamento.

–Necesito ayuda. Acabo de encontrar a este bebé ante la puerta.

–¿Un bebé? –él parecía asombrado.

De repente, le puso un brazo sobre los hombros, invitándola a entrar del todo en el apartamento y guiándola hacia una silla situada junto al fuego.

–¿Qué hago? ¿Qué hago con él? ¿Por qué haría alguien algo así? –Carrie hablaba sin control, pero no podía evitarlo.

Estaba en Nueva York, en el apartamento de un hombre semidesnudo, con un bebé abandonado en los brazos, y en pijama. No

debía estar allí. Era la persona menos adecuada para cuidar de un bebé, pero su cuerpo no parecía obedecer a su mente. Levantó una mano de pronto, extendió un dedo y lo deslizó sobre la suave mejilla helada del pequeño.

El día de Dan Cooper, desafortunado hasta ese momento, se había convertido en una película absurda de repente. La conocía. Sin duda la reconocía. Era la chica de ojos tristes que vivía en el piso de arriba. Pero en ese momento no parecía triste. Parecía aterrorizada.

Era consciente de que su mirada se había detenido un instante sobre su pecho desnudo, y, si no hubiera aporreado la puerta con tanta insistencia, hubiera tenido tiempo de ponerse una camiseta. Tratando de actuar con normalidad, Dan tomó la camiseta que estaba sobre el respaldo del sofá, se la puso y entonces la miró. El pánico parecía haberse borrado de su cara y había dejado de hablar compulsivamente. Estaba en silencio, delante del hogar, mirando al bebé. Parecía hipnotizada.

«Por favor, que no sea una loca», se dijo Dan a sí mismo.

Fue hacia ella y le tocó la mano, agachándose delante para mirarla a los ojos.

–¿Cómo te llamas?

–Carrie. Carrie McKenzie. Vivo en el piso de arriba.

Él asintió con la cabeza. El acento le llamó la atención. El apartamento que estaba encima del suyo era utilizado por una empresa de la ciudad. Normalmente, alojaban allí al personal de las multinacionales con las que se asociaban. La mente de Daniel corría a toda velocidad. Había visto a la chica, pero nunca había hablado con ella. Siempre parecía tan triste, como si soportara el peso del mundo entero sobre los hombros. Intentó hacer memoria. ¿Acaso había estado embarazada? ¿Se hubiera dado cuenta de haber sido así?

La miró de arriba abajo. Estaba en pijama y llevaba una gruesa bata de invierno encima. Con toda esa ropa podía disimular casi cualquier cosa.

–Carrie, ¿es tu hijo?

Ella levantó la cabeza de golpe.

–¿Qué? –parecía horrorizada, pero parecía haber algo más en su expresión, algo a lo que no era capaz de ponerle nombre–. ¡Claro que no!

Una sensación de alivio recorrió a Dan por dentro. Llevaba siendo policía el tiempo suficiente como para saber distinguir una respuesta sincera de otra que no lo era.

Apartó la mantita de la cara del bebé para verlo mejor. Respiraba, pero tenía las mejillas muy pálidas. El hospital pediátrico más próximo era Angel's, así que era necesario ir hasta Central Park, pero era imposible llegar hasta allí en esas condiciones climatológicas. Además, seguramente el servicio de ambulancias estaría paralizado a esas horas. Tenía que priorizar.

Se puso en pie.

–¿Cómo encontraste al bebé?

–Oí un ruido. Pensé que era un gato y bajé para ver.

–¿Confundiste a un bebé con un gato? –le preguntó él, incapaz de ocultar la incredulidad que teñía sus palabras.

Carrie aguzó la vista y le miró fijamente. Era evidente que su tono de voz la había molestado.

–Bueno, ya sabes… Era un poco difícil escuchar bien porque tenías la música a todo volumen.

Dan ignoró el sarcasmo.

–¿Cuánto tiempo hace que oíste el llanto del bebé? –No lo sé. Hace cinco minutos, quizás un poco más.

Dan se movió rápidamente. Agarró la chaqueta que colgaba de la puerta y se puso unas zapatillas de lona. Carrie se puso en pie.

–¿Adónde vas? No me dejes sola. No sé nada de bebés.

–Carrie, alguien ha dejado a este bebé en tu puerta –miró hacia la ventana. La nieve se acumulaba sobre el alféizar con rapidez–. Fuera podría haber alguien en problemas. Alguien podría estar herido. Tengo que ir a ver –añadió, poniéndose la chaqueta.

Carrie se mordió el labio inferior, miró al bebé y luego asintió con la cabeza. Dan salió a la fría intemperie. Miró a ambos lados de la calle y trató de decidir qué dirección debía tomar primero. No había nada en la nieve. Cualquier pisada resultaba borrada en cuestión de minutos. La nieve caía con fuerza. Caminó hasta el otro lado de la calle y miró hacia el edificio desde la acera opuesta. ¿Por qué allí? ¿Por qué habían dejado a un bebé allí precisamente? Había algunas luces encendidas en los otros bloques de apartamentos de la calle, pero la mayor parte de las luces estaban encendidas en la segunda y en la tercera planta. El suyo era el único edificio que tenía luces encendidas en el primer piso. Todo tenía sentido. Alguien quería que encontraran al bebé rápidamente. Caminó con paso ligero hacia el final de la calle, buscando cualquier cosa, alguna pista, una señal… Se asomó a unos cuantos callejones, miró detrás de los contenedores y comprobó los accesos más retirados de los edificios.

Nada. Nadie.

Dio media vuelta y echó a andar en sentido opuesto. Miró en los

callejones que estaban en la otra dirección y también al otro lado de la calle. Sus pies se movían con rapidez sobre el lodazal de nieve.

Debería haberse puesto unos calcetines antes de salir. La fina loneta de sus zapatillas ya estaba empapada. La temperatura debía de haber bajado unos cuantos grados desde que se había puesto el sol. Solo llevaba unos minutos en la calle y ya se estaba congelando.

Miró hacia arriba y le dio un vuelco el corazón. Carrie se había asomado a su ventana, con el bebé en los brazos. Había una expresión de auténtica desesperación en su rostro, como si le estuviera suplicando que encontrara a la madre del niño lo antes posible.

Aquella era una imagen que jamás hubiera esperado ver: una mujer con un bebé en brazos, en su apartamento. Había descorrido todas las cortinas y todo el espacio del apartamento al que llamaba hogar era visible desde la calle, su enorme sofá desvencijado, la vieja mecedora de su abuela, la mesa de la cocina, la cómoda, la encimera de la cocina, el cuadro que estaba encima de la chimenea…

De repente sintió una extraña punzada en algún lugar indefinido de su cuerpo. Su apartamento era su espacio personal. Rara vez había terminado llevando a casa a alguien. Podía contar con los dedos de una mano a las chicas que habían cruzado el umbral de su casa, y precisamente con ellas había tenido las relaciones más desastrosas.

Pero ver a Carrie en la ventana de su casa, con el bebé en los brazos, le hizo sentir un incómodo vacío que nunca antes había experimentado. Lo mejor era terminar con todo aquello lo antes posible. No podía negar que era una chica bonita, no obstante, y era de Londres, así que no tendría pensado quedarse en la ciudad. A lo mejor tampoco era mala idea flirtear un poco para pasar el rato. Dan sacudió la cabeza con fuerza y miró a su alrededor de nuevo. No había nadie en la calle. Todo estaba desierto.

Era tan raro estar ahí fuera, mirando hacia el interior. Su abuela le había dejado ese apartamento en su testamento y sabía lo afortunado que era. Ningún hombre soltero con el sueldo de un policía podría haberse permitido un sitio así. Pero la casa era suya. Y no debía nada por ella. Lo único que tenía que hacer era pagar las facturas. Un pensamiento repentino irrumpió en su cabeza. Esa noche no había echado del todo las cortinas. No había llegado a hacerlo. ¿Acaso había sido por eso por lo que alguien había dejado allí al bebé? ¿Acaso habían mirado hacia el interior de la casa y habían pensado que sería un sitio seguro para dejar a un niño?

Corrió de vuelta al apartamento. Carrie se volvió hacia él.

–¿Nada?

Dan sacudió la cabeza y se quitó la chaqueta. Volvió a colgarla

detrás de la puerta.

Fue hacia donde estaba ella, junto a la ventana, y volvió a mirar hacia la calle desierta. No se le ocurría ninguna familia que viviera en el vecindario. Había una pareja de señores mayores que llevaban muchos años viviendo en el bloque. La señora Van Dyke vivía arriba, pero su familia se había marchado años antes. Realmente no había nadie a quien pudieran llamar para pedir ayuda. Observó a Carrie durante unos segundos. Sus ojos azules estaban fijos en la carita del bebé y le temblaban los brazos. El rubor de sus mejillas, además, parecía surgir de un intenso calor.

Era hermosa. Estando tan cerca de ella, no podía negar que Carrie McKenzie era muy hermosa, aunque tal vez ella misma no lo supiera.

Ella le miró de repente con esos ojos azules tan tristes, sin apartarse de él. No parecía pensar que estuviera invadiendo su espacio personal. Era inquietante. No recordaba la última vez que había estado tan cerca de una mujer hermosa en su apartamento, y mucho menos en ropa de dormir.

Una sonrisa asomó en sus labios. Si alguna vez había soñado con tener a una mujer en su casa en ropa íntima, jamás se le hubiera ocurrido pensar que sería un grueso pijama de franela y calcetines de invierno. Ella parpadeó de repente, devolviéndole así a la situación que tenía que resolver.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –le dijo ella.

–Soy Dan. Daniel Cooper.

–Daniel –repitió ella, como si tratara de asociar el nombre con la cara–. Encantada de conocerte, Daniel –susurró, sin dejar de mirarle a los ojos–. Aunque esté en pijama –añadió en un tono de broma.

El bebé dejó escapar un quejido, recordándoles su presencia.

–A lo mejor es hora de averiguar si hemos tenido niño o niña –Dan arqueó las cejas y extendió las manos para tomar al bebé en brazos.

Caminó hasta la chimenea con el niño en brazos y retiró la mantita. No llevaba ropa debajo. Ni siquiera le habían puesto un pañal. Solo llevaba una toalla arrugada. Carrie soltó el aliento y se llevó una mano a la boca al ver un pedazo de cuerda y un cordón umbilical todavía dilatado.

Dan respiró profundamente.

–Bueno, como te he dicho, no soy ningún experto, pero yo diría que se trata de un recién nacido –un millón de pensamientos inundaron su cabeza, pero trató de mantenerlos a raya–. Y creo que debería darle mis felicitaciones a alguien. Ha sido niño –volvió a envolver al pequeño con la mantita y le apoyó sobre su hombro–. Una amiga mía trabaja en Angel's, el hospital pediátrico. Voy a llamarla.

–¿Una amiga?

Él levantó la cabeza. La entonación que le había dado a la palabra insinuaba algo más.

–Sí. Es pediatra. Ya que ninguno de nosotros sabe lo que hace, y como no podemos conseguir ayuda inmediata, creo que es la mejor opción que tenemos.

Dan fue hacia el teléfono y marcó el número rápidamente. Apretó el botón del altavoz al tiempo que recolocaba al bebé sobre su hombro, alejándole de la escayola.

–¿Puede ponerme con la doctora Adams? Dígale que es el sargento Cooper y que se trata de una emergencia. Gracias.

No tardaron ni diez segundos en comunicarle con ella.

–¿Dan? ¿Qué sucede?

–Hola, Shana. Tengo un pequeño problema. Han dejado a un bebé abandonado en mi puerta y, por lo que veo, es un recién nacido.

–¿Qué? –exclamó Shana en un tono de absoluta perplejidad–. ¿Con esta nieve?

–Sí.

Shana no se anduvo con rodeos.

–¿Respira?

–Sí.

–¿Está muy frío? ¿Tienes un termómetro? ¿Qué color tiene? ¿Cómo responde?

Carrie intervino en ese momento.

–Pensamos que solo pasó algo más de cinco minutos a la intemperie. Tenía la piel un poco fría cuando le quité de la puerta, y estaba pálido, pero creo que ha empezado a calentarse un poco. Ahora tiene un color más sonrosado – añadió, frunciendo el ceño–. ¿Tienes un termómetro, Dan? Yo no tengo.

–¿Quién está ahí?

Daniel se aclaró la garganta.

–Es Carrie, mi vecina de arriba. Fue ella quien oyó llorar al bebé y… No, Shana. No tenemos un termómetro.

–No importa. ¿Llora? Eso es buena señal.

Carrie sacudió la cabeza.

–No está llorando precisamente. Más bien es como un quejido, un gemido.

–Cualquier tipo de sonido es buena señal. Habéis dicho que es un recién nacido. ¿Todavía tiene el cordón umbilical? ¿Está atado?

–Sí. Está atado con un pedazo de cuerda. No parece muy limpio, pero el bebé solo estaba envuelto en una manta. No llevaba ropa, ni pañal.

–Parece que no estaba preparada para dar a luz. Me pregunto si la madre habrá recibido asistencia prenatal. ¿Parece un niño de nueve meses, o es muy pequeño?

Dan se encogió de hombros y miró a Carrie. Ella sacudió la cabeza.

–No lo sé –dijo, formando las palabras con los labios para que Shana no lo oyera.

–Sinceramente, Shana, ninguno de nosotros está seguro. Yo creo que tiene buen aspecto. ¿Qué aspecto tiene un bebé de nueve meses?

–¿Tiene el reflejo de succión? ¿Está intentando succionar?

–¿Qué? No sé a qué te refieres –dijo Dan, intentando no perder la calma.

Se oía una risa disimulada al otro lado de la línea.

–Por favor, que alguno de los dos se lave bien las manos y le roce la zona de la mejilla alrededor de la boca. Quiero saber si se vuelve hacia el dedo, como si estuviera intentando beber la leche materna o alimentarse de un biberón.

Daniel miró a Carrie y asintió con la cabeza. Ella fue hacia el fregadero y se lavó bien las manos.

–Danos un momento, Shana.

Carrie se secó bien las manos y levantó un dedo hacia la mejilla del bebé. Tuvo que rozarle el cachete varias veces, pero el niño finalmente reaccionó al contacto y se volvió hacia el dedo, abriendo la boca.

–Sí, Shana. Creemos que responde.

–Bien. Eso suele ser una señal de que no es prematuro – Shana soltó el aliento–. Muy bien, Daniel. Esto no te va a gustar.

–¿Qué?

–No puedo enviar a nadie del hospital para que recoja al niño. Tenemos el área de urgencias colapsada y las calles de alrededor del recinto están bloqueadas. Además, según el informe meteorológico, va a seguir así durante unos días.

–¿Esa es la buena noticia o la mala noticia?

Shana dejó escapar una carcajada.

–Probablemente las dos cosas. Parece que el bebé está bien. Gracias a Dios. Necesitará un reconocimiento completo lo antes posible. Yo voy a llamar a Servicios Sociales, pero están al otro lado de la ciudad y todo el mundo está en medio de una crisis ahora mismo. Pasarán días antes de que puedan ponerse en contacto contigo. Mientras tanto, lo primero que tienes que hacer es darle de comer. ¿Tienes alguna tienda cerca donde puedas conseguir provisiones?

Daniel se quedó en blanco.

De pronto sintió el roce de la mano de Carrie sobre el brazo.

–El señor Meltzer vive encima de su tienda. Seguro que tiene leche

en polvo para bebés y pañales.

Daniel sintió un alivio instantáneo, seguido de una extraña sensación en la base del estómago.

–Shana, no estarás hablando en serio. ¿Quieres que cuidemos del bebé? ¿Yo, Shana? ¿En serio?

–Daniel Cooper, eres uno de los tipos más responsables que conozco. No se me ocurre ninguna otra persona a la que le confiaría la vida de un recién nacido. Eres como cualquier otro padre primerizo. Nadie tiene experiencia. Aprenden sobre la marcha y tú tienes que hacer lo mismo.

–Pero ellos tienen nueve meses para acostumbrarse a la idea. Leen decenas de libros donde les explican lo que hay que hacer…

–Y tú tienes a tu pediatra personal al otro lado de la línea telefónica, pero no creo que vayas a necesitarme.

Daniel sintió que se le aceleraba el corazón. No tenía miedo. No se trataba de eso. Como policía de Nueva York había tenido que hacer frente a muchas situaciones difíciles en la vida. Le habían apuntado con una pistola y le habían amenazado con navajas en muchas ocasiones. Una vez incluso había rescatado a una chica que estaba a punto de ser secuestrada y había convencido a un suicida en potencia para que se bajara de la cornisa de un tejado, pero… ¿Cuidar de un bebé? La idea le resultaba más intimidante que cualquier otra cosa.

–Shana, no creo que sea la persona adecuada para esto.

–¿Y por qué no? Eres práctico. Tienes muchos recursos. Y ahora mismo eres lo mejor que tiene ese bebé –su voz comenzaba a adquirir un tono de exasperación–. Incluso cuentas con la ayuda de una vecina.

Daniel miró a Carrie un instante. Ella negaba con la cabeza, y le estaba diciendo algo con los labios.

–Basta, Daniel. Me llamas si tienes problemas –dijo Shana, y luego colgó sin más.

Carrie le miró, perpleja y boquiabierta.

–¿Basta, Daniel? ¿Basta? –repitió, dirigiéndose a Daniel–. ¿Eso es todo lo que te dice? –su voz ganaba en agudos por momentos y el bebé ya comenzaba a moverse en los brazos de Daniel, reaccionando al ruido.

Él se encogió de hombros.

–Es la hermana mayor de mi mejor amiga. No es la primera vez que me lo dice, y no será la última –fue hacia el sofá y se sentó sobre los cojines.

El pequeño pesaba más de lo que había pensado en un primer momento. O tal vez le parecía que pesaba más de lo esperado porque no podía cambiar de brazo.

–Voy a tener que llamar a la comisaría, para informar a mi capitán.

Carrie se sentó junto a él. Sacudió la cabeza y cerró los párpados con fuerza.

–Sé que acabamos de conocernos, Daniel, pero lo siento. Es que no puedo ayudarte con esto. No puedo hacerlo. Los bebés… –titubeó un momento–. No se me dan bien. No te seré de ninguna ayuda. No sé nada de bebés.

Él la miró a los ojos durante unos segundos.

–Tienes que estar de broma, ¿no?

Ella abrió los ojos. Estaba claro que acababa de ponerse a la defensiva.

–No. ¿Por qué?

Él sacudió la cabeza. Su expresión era de absoluta incredulidad.

–Apareces en mi puerta con un bebé, y ahora me lo dejas en mitad de una tormenta de nieve.

Ella se puso pálida.

–Pero yo…

–Yo nada –una sonrisa apareció en su rostro–. Basta, Carrie. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo voy a bañar a un bebé con el brazo así? Creo que podré preparar biberones y alimentarle, pero sé práctica, Carrie. No soy la mejor niñera del mundo ahora mismo.

Ella contemplaba su escayola de color rosa en silencio. Intentaba ordenar sus propios pensamientos.

–¿Cómo te has hecho eso? ¿Y por qué elegiste una escayola rosa?

–«Elegir» no es la palabra más adecuada. Sufrí un pequeño accidente hace un rato. Un enorme montón de nieve cayó de una cornisa y yo quedé atrapado debajo, sacando a la gente.

Ella abrió mucho los ojos.

–¿En Fourteenth Street? ¿Eras tú?

Daniel se incorporó.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo estaba allí. Lo vi todo –Carrie ladeó la cabeza ligeramente y le miró de nuevo–. No me había dado cuenta de que eras tú. Quiero decir que… no te conocía –extendió la mano y le tocó la escayola–. Lo recuerdo. Recuerdo que te sujetabas la muñeca de una forma rara. Supongo que te la rompiste, ¿no?

Él asintió.

–¿Y la escayola rosa?

Daniel sonrió.

–Parece que hoy han batido todos los récords en cuanto a fracturas en la clínica de Sixteenth Street –movió el brazo accidentado–. Solo les quedaban escayolas de color rosa.

Carrie se echó a reír.

–Me imagino la cara que pusiste cuando te lo dijeron.

Él se echó a reír también.

En ese momento el bebé comenzó a moverse en sus brazos de nuevo y empezó a gimotear. Sus mejillas ya tenían un mejor color y comenzaba a mover la lengua alrededor de los labios.

Daniel suspiró.

–Creo que nuestro chico tiene hambre. Voy a llamar al señor Meltzer a ver si puede abrir la tienda para que compremos algunas provisiones. ¿Sabes preparar un biberón?

Carrie sacudió la cabeza.

–Ya te lo he dicho. No te puedo ayudar mucho. Esto no es lo mío.

Dan ya se había puesto en pie y le puso al bebé en los brazos antes de que pudiera decir nada más.

–Mi ordenador está justo ahí, a tu lado. Mira en Internet mientras yo me ocupo de lo otro –miró en la guía telefónica y tecleó un número en su móvil–. Solo serán cinco minutos.

Agarró su chaqueta y se dirigió hacia la puerta de nuevo. ¿Cuál era el problema de Carrie McKenzie? Él no era uno de esos machistas que esperaban que todas las mujeres quisieran ser madres, pero sí esperaba que un adulto responsable estuviera dispuesto a ayudar en una situación de emergencia.

Apretó el botón de Enviar en su teléfono de camino a la calle. Fuera lo que fuera, tendría que superarlo rápidamente porque no estaba dispuesto a hacerse cargo de la situación él solo.

Carrie permaneció sentada en el sofá, paralizada. No podía ser cierto. No podía ser real. Sentía un peso sobre el pecho. El bebé la observaba con el ceño fruncido. Tenía la misma expresión que unos segundos antes le había dedicado Daniel Cooper, cuando había intentado poner todas esas excusas para librarse del problema.

Podía sentir las lágrimas, a punto de aflorar. Se trataba del bebé de alguien, una criatura que respiraba, que estaba viva. ¿Qué podía ocurrir en el mundo para que alguien fuera capaz de dejar a un bebé abandonado ante la puerta de una casa en medio de una tormenta de nieve?

No era justo. La vida no era justa.

La última vez que había tenido a un bebé entre los brazos no se movía. Su pequeño pecho no subía y bajaba como el del niño que estaba frente a ella en ese momento.

Contuvo las lágrimas. La presión que sentía en el pecho empeoraba

por momentos.

El bebé… Su bebé…

No quería pensar en su hija en ese momento. No podía pensar en Ruby McKenzie. No podía dejar que el nombre invadiera sus pensamientos, porque, si lo hacía, se vería atrapada en esa espiral que solo iba hacia abajo. Recordaría el carrito, la guardería... Y entonces recordaría la visita de rutina a la matrona, seguida del escáner de urgencia y las cuarenta y ocho horas de parto… Recordaría el final de esa relación de cinco años, hecha pedazos porque ninguno de los dos era capaz de superar el sentimiento de pérdida.

El gimoteo del bebé empeoraba y poco a poco se convertía en un ruidoso llanto. Le cambió de posición y lo colocó sobre su hombro.

Cinco minutos. Dan solo iba a tardar cinco minutos. Puso una mano sobre el teclado del ordenador e hizo una búsqueda rápida. Si podía mantener la mente ocupada con algo, podría sofocar esas emociones.

Cómo esterilizar y preparar biberones, leyó en la pantalla, desplazando el cursor con rapidez al tiempo que le daba palmaditas al pequeño en la espalda. Podía ayudarle a preparar un biberón y marcharse después.

Sus ojos repararon en algo que aparecía en la pantalla.

«Maldita sea», se dijo a sí misma mientras leía.

Había que enfriar el agua después de hervirla. ¿Cuánto tiempo iba a tardar en hacer eso?

Carrie fue hacia el hervidor de agua que estaba sobre uno de los quemadores de la cocina y puso la mano contra la superficie del recipiente.

Estaba helado, así que lo recogió y lo agitó un poco en el aire.

Vacío.

Rápidamente abrió el grifo y llenó el hervidor. Volvió a colocarlo sobre el quemador y encendió el fuego para que hirviera. Y fue entonces cuando lo sintió, y lo oyó también. Fue ese sonido húmedo… No había pañal. El bebé no llevaba pañal.

Se le cayó el alma a los pies y un calor repentino la inundó por dentro. ¿Acaso podían empeorar más las cosas esa noche?

Capítulo Tres

Dan terminó la llamada. El capitán se había llevado una buena sorpresa cuando le había contado lo del bebé. Se podía escuchar el ruido de fondo del caos que reinaba en la comisaría a esas horas. El señor Meltzer se había mostrado muy preocupado. Le había llenado el mostrador de provisiones y se había empeñado en no cobrarle.

–Si con esto ayudo a ese pequeño a empezar con buen pie en la vida, no necesito más.

Sus palabras le atormentaban. Se le habían clavado dentro. Ojalá todo el mundo hubiera sido capaz de reaccionar como el señor Meltzer.

Empujó la puerta del bloque de apartamentos y se sacudió la nieve de sus zapatillas de lona favoritas. Después de eso ya no habría forma de arreglarlas. Carrie le estaba esperando con la puerta abierta.

–¿Has comprado leche?

Él asintió y puso las bolsas sobre la encimera.

–Vaya. ¿Cuántas cosas has comprado?

Dan sacó los brazos de la chaqueta.

–¿Quién hubiera dicho que un niño iba a necesitar tantas cosas? El señor Meltzer no hacía más que sacar cosas de las estanterías y no hacía más que decirme «Será mejor que te lleves eso también».

Carrie vació una de las bolsas.

–Por favor, dime que has traído pañales y tetes. Los necesitamos ahora mismo.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Carrie gesticuló con una mano.

–Oh, estadounidenses… Pañales y… ¿Cómo los llamáis aquí? ¿Chupetes? Se está poniendo inquieto y nos llevará un tiempo esterilizar los biberones –buscó en las bolsas–. Has traído biberones, ¿no?

–¿Qué es ese olor? –Dan arrugó la nariz y entonces reparó en la expresión de Carrie–. Oh, no. Tienes que estar de broma. No puede ser. No ha comido todavía –sacó un paquete de toallitas húmedas–. Supongo que vamos a necesitarlas, ¿no?

Carrie asintió.

–¿Tienes una toalla para tumbarle encima? Creo que ponerle un

pañal es la prioridad ahora mismo.

Dan fue hacia el armario de la ropa de cama y comenzó a sacar cosas.

–Sé que tengo un juego de toallas nuevas aquí en algún sitio. Mi amigo Dave acaba de casarse y tenía un montón. ¡Ah, aquí están! –sacó unas toallas de color azul marino y colocó una sobre la alfombra, no muy cerca de la chimenea.

Se miró la escayola. Era mucho más inconveniente de lo que había pensado en un primer momento, por no hablar del dolor pulsante que tenía en la muñeca.

–¿Puedes hacerlo?

Carrie respiró profundamente.

–Muy bien –murmuró entre dientes.

Agarró la bolsa de pañales, junto con las toallitas y algunas bolsas desechables para pañales.

–¿Has comprado crema?

–¿Crema? ¿Para qué?

–Para ponérsela en el trasero. Todo el mundo sabe que hay que ponerles crema para que no les salga una dermatitis.

Dan se encogió de hombros.

–El señor Meltzer no me dijo nada, y parecía que lo sabía todo.

Sacó algo de otra bolsa.

–Mira. Leche maternizada preparada. También tenemos en polvo, pero el señor Meltzer me dijo que esta está lista para usar.

Carrie frunció el ceño. Colocó al bebé sobre la toalla limpia y retiró la mantita.

–¡Ah!

–¡Dios!

El olor era insoportable y llenó todo el apartamento al instante. El niño, sin embargo, encantado con la libertad que le daba la manta abierta, comenzó a sacudir las piernas.

–¿Cómo puede salir todo eso de una cosita tan pequeña? –preguntó Dan, deseando taparse la nariz.

–¿Puedes pedirle también al señor Meltzer que venga a hacer de niñera, por favor? Parece que es la única persona de por aquí que sabe algo de bebés.

–Lo intenté, pero no logré convencerle.

Tras limpiarle, Carrie colocó un pañal nuevo bajo el trasero del bebé y cerró las tiras con pegamento.

–Muy bien. Ya está. Es una pena que el olor no haya desaparecido –agarró la mantita por una esquina–. Va a haber que lavar esto. ¿Dónde tienes la lavadora?

–En el sótano.

–Eso es lo que no entiendo de Nueva York. ¿Por qué todo el mundo tiene la lavadora en el sótano? –Carrie gesticuló con ambas manos–. Tienes mucho espacio aquí. ¿Por qué no tienes la lavadora en la cocina? Así no tendrías que bajar tantas escaleras hasta llegar al sótano.

–¿Te preocupa dejar a la vista tu ropa interior?

Dan no pudo resistirse a dejar caer el comentario. No podía evitarlo. Ella parecía tan estirada en ocasiones…

Tal y como esperaba, vio un ligero color rosado en sus mejillas.

–Tenemos que esterilizar los biberones –dijo ella finalmente, cambiando de tema.

–Creo que el señor Meltzer me dio unas pastillas para eso – Dan comenzó a buscar en una de las bolsas.

–Seguramente, pero según Internet los biberones tienen que estar durante treinta minutos en la solución para esterilizar. Solo tardaremos diez minutos si los hervimos. Así podemos usar la leche maternizada preparada y darle antes de comer –afirmó Carrie.

–¿Y qué tal esto? ¿Podemos darle un chupete mientras tanto?

Carrie sacudió la cabeza.

–Creo que también tenemos que esterilizarlos. Y tenemos que usar agua hervida enfriada para la leche en polvo. Pero no tengo ni idea de cuánto tarda el agua en enfriarse una vez la has hervido. Y no sé si deberíamos meter la leche en el frigorífico o mantenerla a temperatura ambiente. Todo el mundo parece tener una opinión distinta en Internet –sus palabras se iban acelerando por momentos y cada vez parecía más agitada–. Ya te lo dije. No soy experta en todo esto. ¡No tengo ni idea!

Dan sintió un nudo repentino en el estómago. Podía sentir la tensión que se apoderaba de ella. Tener a una mujer en su apartamento sin fecha definitiva de partida le estaba poniendo nervioso. Siempre le había gustado disfrutar de su propio espacio, pero se trataba de una emergencia, un bebé que había aparecido en su puerta y que necesitaba ayuda, así que hizo lo que su abuela siempre le había enseñado.

«Obtienes lo mejor de la gente cuando les halagas, cuando les das las gracias por lo que hacen», pensó, recordando sus palabras.

Extendió el brazo y tocó la mano de Carrie.

–¿Carrie McKenzie? –dijo, hablando en voz muy baja.

–¿Qué? –respondió ella en un tono un tanto brusco.

No se había equivocado. Había un brillo húmedo en su mirada, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

Le apretó la mano con fuerza.
–Creo que lo estás haciendo muy bien.

El mundo parecía haberse detenido de pronto porque Carrie no se sentía dentro de él.
Tenía que ser uno de esos sueños locos, esos que eran la peor pesadilla con un caballero andante incluido, esos que no tenían ningún sentido.
No podía estar allí en realidad. No estaba despierta. Lo que había pensado antes tenía que ser verdad. Debía de estar dormida en el sofá de arriba. Se despertaría en cuestión de minutos y entonces todo habría terminado.
Pero esos ojos de color marrón oscuro continuaban atravesándola. Era como si él entendiera mucho más de lo que le dejaba ver. Pero no podía ser. Él no la conocía de nada en realidad.
Daniel Cooper era uno de esos superpolicías de Nueva York a los que les encantaba la acción, la clase de hombre que podía aparecer en una película romántica para robarle el corazón a la heroína y huir con ella. Era un buen tipo, de los que cuidaban de un bebé abandonado.
Carrie hizo un esfuerzo por tragar, pero no era capaz. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había tocado así? ¿En el funeral? Muchos le habían tocado las manos entonces, apretándoselas para darle consuelo, para reconfortarla, o tal vez por pena…
Él sonrió de repente. Era una sonrisa ladeada, asimétrica, sexy.
Se oyó un quejido de pronto.
–Creo que el bebé tiene hambre. Voy a meter los biberones en la cacerola.
Carrie dejó al niño sobre la toalla y comenzó a buscar en las bolsas que estaban sobre la encimera. Había tres envases de preparado de leche maternizada, dos clases distintas de leche en polvo, varios chupetes y una montaña de toallitas húmedas.
Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Dan, que en ese momento estaba introduciendo los biberones y las tetinas en el agua hirviendo.
–Ropa, Dan. ¿Qué vamos a ponerle?
–Maldita sea. Sabía que se me había olvidado algo. No había ropa de bebés en la tienda de ultramarinos, y no hay ninguna tienda de ropa infantil por aquí. ¿Podemos dejarle con el pañal sin más?
Carrie sacudió la cabeza.
–¿No conoces a nadie por aquí que tenga niños y que pueda tener algo de ropa para bebés en casa? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Él parpadeó y apretó los labios, como si intentara dilucidar cómo iba a responder a la pregunta. Desvió la mirada y comenzó a preparar la cafetera.

–He vivido aquí por temporadas durante toda mi vida. Era la casa de mi abuela.

–¿Ah, sí? –Carrie estaba sorprendida, pero lo cierto era que tenía sentido.

¿Cómo si no iba a permitirse un apartamento como ese con un salario de policía?

Miró a su alrededor. Había algunas cosas antiguas que no parecían suyas, una mecedora situada junto a la ventana, una mesa antigua próxima a la puerta de entrada, llena de cartas y llaves, una cómoda… Resultaba curioso ver cómo se mezclaba lo antiguo con lo nuevo.

–Es un sitio estupendo. Y muy grande. Eres un tipo con suerte.

Dan soltó el aliento con fuerza.

–Sí, supongo que sí. Supongo que nací con suerte.

Carrie guardó silencio, sin saber qué decir. ¿A qué se refería con eso?

Él debió de notar su incertidumbre porque cambió de tema de inmediato.

–Ya pronto habrán pasado los diez minutos. Una vez le hayamos dado de comer, subiré a la casa de la señora Van Dyke. Su familia solía quedarse en su casa. A lo mejor tiene algo guardado que nos sirva.

–¿La señora Van Dyke? ¿Quién es? ¿Es la del segundo piso, que parece haber venido en el Mayflower y parece que tiene seiscientos años?

Dan arqueó las cejas.

–No te creas. Según ella, su familia estaba entre los primeros colonos holandeses. Y no creo que llegue a los seiscientos años. Tiene la cabeza bien clara y no parece que haya envejecido en los últimos veinticinco años –le guiñó un ojo al tiempo que apagaba el quemador–. A lo mejor deberías preguntarle qué crema usa.

Carrie tomó un paquete de chupetes y se lo tiró a la cabeza, haciéndolo rebotar contra la pared de detrás.

–Cuidado, cuidado. Tenemos a un bebé en el apartamento. No queremos que le caiga nada encima –Dan miró el reloj–. A lo mejor es un poco tarde para llamar a la puerta de la señora Van Dyke –añadió, mirando al bebé, que lloriqueaba con impaciencia por tomar su leche.

Carrie cruzó los brazos y se detuvo junto a él.

–Tienes que estar de broma. La señora Van Dyke se queda viendo la televisión hasta las cuatro de la mañana. Y me parece que se está

quedando un poco sorda porque casi nunca puedo dormirme por culpa de ese programa, Diagnóstico asesinato o Se ha escrito un crimen. Lo pone a todo volumen. De verdad creo que necesita un audífono.

–Bueno, y yo de verdad creo que es demasiado orgullosa como para ponerse uno.

A Carrie le pareció encantador que conociera a su anciana vecina tan bien como para poder hacer ese tipo de comentario.

–Bueno, entonces, ¿qué pasa conmigo?

–¿Qué? ¿Qué quieres decir?

–Está claro que conoces bien a otros vecinos, pero el otro día parece que te resultó demasiada molestia decirme «hola» en el vestíbulo.

Dan se sonrojó.

–Sí. Lo siento. Di por hecho que solo te ibas a quedar unos días. La mayoría de los inquilinos van y vienen.

–Llevo dos meses aquí, Dan. Ocho largas semanas –Carrie soltó el aliento–. Y, para serte sincera, no es el sitio más amigable donde me he quedado.

Dan se encogió por dentro.

–Ahora mismo puedo oír a mi abuela, gritándome en el oído, avergonzándome por mis malos modales. Sí que te vi, pero siempre parecía que tenías cien cosas en la cabeza. Nunca parecías de humor para charlar.

Ella se encogió de hombros, tratando de restarle importancia.

–A lo mejor hubiera bastado con unos «buenos días» con entusiasmo.

Fue hacia la cocina y levantó la cacerola. Echó un poco de agua hirviendo en el fregadero. Dan se detuvo detrás de ella. Tenía la barbilla prácticamente apoyada sobre su hombro. Colocó los biberones y las tetinas sobre una toalla, sobre la encimera.

–Tienes razón, Carrie. Tienes toda la razón. Debería haber dicho «hola». Debería haberte dado los buenos días.

Ella volvió la cabeza lentamente. Él no llegaba a tocarla, pero podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Quería apartarse, echarse atrás, pero su cuerpo no la dejaba.

Sus labios esbozaron una sonrisa, aunque su cerebro les diera la orden contraria una y otra vez, y entonces contempló esos ojos de color chocolate de nuevo. Era tan agradable estar tan cerca de alguien de nuevo… Su boca estaba a unos pocos centímetros de la suya propia.

Se preguntó si él estaría pensando lo mismo.

De repente, el bebé lloriqueó desde el suelo.

Ambos se sobresaltaron. Agarraron uno de los envases de leche al mismo tiempo.

–¿Tienes unas tijeras?

Dan abrió un cajón y sacó unas tijeras. Cortó el borde del envase y echó el contenido en uno de los biberones enfriados. Carrie tomó una de las tetinas y la colocó sobre el biberón, fijándola en su sitio con el anillo de seguridad.

Dan y ella se miraron durante unos segundos. El biberón permanecía en el medio de la encimera.

–¿No tenemos que calentar la leche ahora?

Ella sacudió la cabeza.

–Según dice en Internet, la temperatura ambiente está bien.

–Oh, muy bien.

Hubo un silencio.

Ambos respiraron profundamente y entonces oyeron unos cuantos gritos provenientes del suelo.

–Bueno, ¿quién va a hacerlo?

–Tú. Definitivamente tú.

–¿Y si lo hago mal? No te atrevas a sugerir que yo puedo hacerlo mejor porque soy una chica.

Él arqueó las cejas.

–Oh, jamás te llamaría «chica».

–Basta. Está enfadado. Dale de comer –Carrie abrió uno de los cajones de la cocina y le dio un trapo–. Toma. Póntelo encima.

–¿Y para qué necesito eso?

–Por si vomita.

–Agh…

Dan tomó el biberón, sosteniéndolo con las dos manos como si fuera un utensilio quirúrgico. Aguzó la mirada para ver las marcas que estaban a un lado del biberón.

–¿Cuánto le doy?

–No lo sé.

–Bueno, mira en Internet mientras yo empiezo.

Carrie sintió un profundo alivio. No iba a tener que darle el biberón al bebé al final. Podía sentarse al otro lado de la estancia y hacer una búsqueda en Internet.

Dan recogió al bebé del suelo y lo acomodó sobre su regazo.

Sosteniendo el biberón con una mano, le rozó la mejilla con la tetina. El bebé emitió algunos sonidos de enfado y también lloriqueó un poco, pero logró engancharse a la tetina y entonces comenzó a succionar con avidez.

Carrie contenía el aliento desde el otro lado de la habitación,

observándole con el corazón en un puño. –Vaya, vaya. Mira cómo bebe. Estaba hambriento.

Era cierto. El color de sus pequeñas mejillas demostraba que chupaba con fuerza.

Una vez más, Carrie volvió a sentir esas absurdas lágrimas. Miró la pantalla y se puso en pie rápidamente. Tenía que marcharse, antes de echarse a llorar delante de Dan Cooper. Necesitaba un poco de espacio para respirar.

–Deberías parar de vez en cuando. Retira el biberón y sácale los gases al bebé. Lo siento. Tengo que irme.

–¿Qué? Carrie, espera un momento. ¿Qué quieres decir con eso de «sacarle los gases»?

Ella siguió adelante. No podía detenerse. No podía escucharle.

–¿Carrie? Vuelve.

Pero sus pies ya estaban sobre las escaleras, subiendo a toda prisa, rumbo al refugio de su soledad.

Capítulo Cuatro

Dan mantenía la vista fija en la pared. ¿Qué acababa de pasar?

Carrie se había convertido en un manojo de nervios en un abrir y cerrar de ojos. Le había tomado por sorpresa. Había salido huyendo sin darle posibilidad de correr tras ella.

El niño bebía el alimento con avidez, pero… ¿era normal así?

Oyó un ruido, el sonido de la leche en el estómago del pequeño. ¿Cuánta leche serían unos treinta gramos?

¿Y cómo iba a saber si el niño había bebido suficiente teniendo el biberón inclinado? Tendría que poner a Shana en el botón de marcación rápida. Miró el reloj y soltó el aliento.

Iba a ser una noche muy, muy larga.

Carrie cerró dando un portazo y se dejó caer contra la puerta. La mente le daba vueltas a toda velocidad. No era capaz de producir ni un solo pensamiento racional en ese momento.

De repente se dio cuenta de algo. Volvió a incorporarse y su respiración se volvió más pausada. Si no hubiera tenido a nadie a quien acudir, hubiera tenido que resolver la situación sola, porque eso era lo que hacían los adultos responsables.

Fue hacia el cuarto de baño. Se quitó la bata y los calcetines de dormir, y se sacó la parte de arriba del pijama por la cabeza. Localizó el sujetador que se había quitado antes y volvió a ponérselo. Luego se puso unos vaqueros y una camiseta rosa. Sus zapatillas de lona de color rosa estaban en el fondo del armario. Las buscó rápidamente y metió los pies en ellas.

Ya estaba lista. Pero su estómago comenzó a hacer cosas raras de nuevo.

La luz del baño parpadeó. ¿Se iba a fundir de nuevo la bombilla? Abrió el grifo y se echó un poco de agua fría en la cara. Se miró en el espejo y observó cómo se deslizaban las gotas de agua sobre su piel. Seguramente, a esas alturas Dan ya debía de estar pensando que era una loca. Tal vez ya no querría su ayuda.

Pero la expresión de su rostro se le había quedado grabada en la mente. La había mirado con sorpresa, con una cara atónita, como si hubiera hecho un gran esfuerzo por entender lo que le ocurría.

Recogió una toalla blanca que estaba junto al lavabo y se secó la cara. Tenía el maquillaje justo al lado. ¿Debía ponerse algo de maquillaje para camuflar los estragos de las lágrimas? ¿Acaso la ayudaría a hacerle frente de nuevo? Sus dedos vacilaron sobre el estuche de maquillaje. Era muy tarde. Antes estaba en pijama, con la cara lavada, y él no hubiera esperado otra cosa. Pero a lo mejor el maquillaje le daba el coraje que necesitaba. A lo mejor la hacía sentir que contaba con un escudo para enfrentarse al mundo. Sacó la máscara de ojos y un colorete en crema. Se puso un poco en las mejillas con los dedos y después se aplicó un poco en los labios.

Atravesó la estancia a paso rápido antes de que las dudas se apoderaran de ella. No tenía sentido cerrar con llave el apartamento. Iba a estar en la planta de abajo.

Puso una mano sobre la balaustrada y entonces se detuvo. Se oía el ruido de una televisión a todo volumen al otro lado del pasillo. Era el apartamento de la señora Van Dyke, la vecina a la que solo había visto de refilón unas cuantas veces, y con la que nunca hablaba, la vecina que tal vez podría tener algunas cosas para bebés… Titubeó un poco y entonces llamó a la puerta.

–¿Señora Van Dyke? Soy Carrie, del apartamento de enfrente. Me envía Daniel Cooper.

Esperó unos minutos. Podía oír el crujido de las tablas del parqué…

La puerta se abrió de repente.

–¿Qué quiere, señorita? –le preguntó.

Ese rostro tremendamente arrugado la miraba fijamente. Realmente parecía que podía tener seiscientos años. Carrie retrocedió un poco. Tenía una voz tan fuerte, tan autoritaria, que casi le recordaba a su maestra de primaria.

–Siento molestarla a estas horas, señora Van Dyke, pero hemos encontrado a un bebé en la puerta del edificio y Dan me dijo que tal vez podría ayudarnos.

Mientras hablaba se dio cuenta de que podría haber formulado mejor las oraciones. Si la señora caía presa del shock, la única culpable sería ella. La señora Van Dyke, sin embargo, parecía hecha de una pasta más resistente.

–Oh, Dios. Pero qué cosa tan terrible. ¿Qué necesita Dan?

Todo fue así de sencillo. La señora Van Dyke no se anduvo con rodeos.

–Hemos conseguido algunas cosas en la tienda del señor Meltzer. La abrió solo para nosotros para ayudarnos. Tenemos pañales, chupetes, biberones y leche.

Carrie creyó ver un destello de buen humor en los ojos de la señora.

–Muy bien. No tengo nada de eso.

Carrie sacudió la cabeza.

–Claro. Quiero decir que… lo que no tenemos es ropa para un bebé, ni tampoco mantas limpias. ¿Tiene algo de eso? Dan pensó que a lo mejor tendría algo guardado.

La señora Van Dyke asintió con la cabeza lentamente y abrió un poco más la puerta.

–A lo mejor tengo algo que os sirva, pero casi todo lo tengo en el fondo de los armarios. Entra. A ver qué puedo hacer.

Carrie entró en el apartamento y reprimió el gesto de sorpresa.

–Vaya. Tiene una casa muy bonita.

Había cosas amontonadas por todos los sitios. No había ni un solo espacio libre.

No había ninguna duda al respecto. La señora Van Dyke padecía el síndrome de Diógenes.

Esbozando una sonrisa, Carrie se adentró más en la casa, manteniendo los brazos pegados al cuerpo, por miedo a tirar alguna cosa de las mesas o de las estanterías que la rodeaban.

Mientras miraba a su alrededor, Carrie se pensó mejor el diagnóstico para la señora Van Dyke. Realmente no era la típica señora que acumulaba cosas, como esas que salían en la tele, con doce cubos de basura frente a la casa. No había papeles amontonados, ni revistas o correo. Además, todas las superficies del apartamento estaban relucientes. No había polvo en ningún sitio. Pero la casa estaba llena de cosas, muchas cosas, adornos, cuadros, fotos enmarcadas, esculturas de madera tallada, pequeñas muñecas, cerámica…

–Son recuerdos. No es basura. Todo guarda un recuerdo especial para mí, o para mi familia.

Carrie se sobresaltó. La señora Van Dyke parecía moverse silenciosamente a sus espaldas. ¿Acaso había sido tan evidente su indiscreción?

–Claro –dijo rápidamente.

La señora Van Dyke tomó el adorno que tenía más cerca.

–Mi esposo solía tallar cosas. Esto me lo regaló en nuestro primer aniversario de boda. Es una rosa perfecta.

Carrie se inclinó y miró el objeto de cerca. Realmente era precioso.

–Es precioso.

–Sí, lo es –la señora Van Dyke caminó lentamente por el apartamento, señalando a medida que se movía–. Esta es la bola del

mundo que me compró en Coney Island. Esto es un plato de porcelana de mi abuela, de Holanda. Y esto… –tomó otro objeto tallado.

Se trataba de dos manos entrelazadas, la de un niño y la de un adulto.

–Esto me lo regaló cuando nuestro hijo Peter murió. Tenía siete años.

Carrie se llevó la mano a la boca.

–Oh, lo siento mucho.

La señora Van Dyke deslizó la yema del dedo con suavidad sobre la figura tallada y volvió a ponerla en su sitio.

–Demuestra que siempre estaremos unidos, para siempre.

Señaló la puerta y gesticuló.

–Aquí es donde guardo casi todas las cosas. Es una especie de trastero.

Carrie aún no se había recuperado del comentario sobre su hijo fallecido, así que empujó la puerta sin pensar. Al ver todo lo que había dentro, el aire se le escapó de los pulmones en forma de una carcajada.

–Ya veo que no es broma. Realmente es un trastero.

La estancia estaba llena de cajas que iban desde el suelo hasta el techo, pero no había sensación de caos en la habitación. Todas las cajas estaban en su sitio, etiquetadas y de cara a la puerta. Había un estrecho pasillo entre ellas, espacio suficiente para que alguien de constitución delgada pudiera pasar.

–Las cajas que buscas están hacia el fondo –la señora Van Dyke le tocó el hombro a Carrie–. Tu bebé… ¿es un niño o una niña?

La manera en la que se refirió al bebé la hizo quedarse en blanco durante una fracción de segundo.

«Tu bebé…».

–Es un niño. Definitivamente, es un niño.

–Entonces todo está al fondo, a mano izquierda. Encontrarás una caja con el nombre de David, y detrás, a lo mejor encuentras algo que te sea útil.

Carrie respiró profundamente y pasó por el estrecho pasillo. El etiquetado era meticuloso. Cada uno de los artículos estaba perfectamente clasificado. La caja que contenía las cosas de David estaba abajo del todo, al final de un montón de cajas. Carrie se agachó y comenzó a sacarla con cuidado, sin quitarles ojo a las cajas que estaban encima. Empujó la torre de cajas con el hombro para soportar algo del peso y le dio un tirón final a la caja que quería sacar.

En ese milisegundo que transcurrió antes de que las cajas volvieran a su posición segura de equilibrio pudo ver lo que estaba detrás del

montón.

Era una cuna de madera, preciosa, tallada a mano. Debería habérselo imaginado. Era de esperar que el señor Van Dyke hubiera hecho una cuna para sus hijos. Abriéndose camino entre los montones, Carrie regresó a la puerta y dejó la caja en el suelo un momento.

–¿Quiere revisar lo que hay dentro para ver qué podría ser más apropiado?

Carrie escogió las palabras con cuidado. La señora Van Dyke acababa de decirle que había perdido a un hijo a la edad de siete años. Seguramente habría cosas dentro de esa caja de las que no querría desprenderse.

–Voy a ver si puedo traer la cuna.

Después de pasar diez minutos escurriéndose entre las cajas con sumo cuidado, logró sacar la cuna y salió por fin de la habitación.

La señora Van Dyke estaba sentada en una silla, con la caja abierta sobre el regazo, poniendo la ropa en montones ordenados a su lado.

Carrie dejó la cuna en el suelo. Bajo la luz del salón podía apreciar con claridad lo bien tallada que estaba. Además, era una cuna mecedora, algo que llevaba muchos años sin ver. Deslizó las yemas de los dedos sobre la oscura madera.

–Es preciosa. Parece la clase de cuna que podríamos encontrar en una mansión victoriana. ¿Su marido la hizo solo?

Los ojos de la señora Van Dyke se iluminaron al oírla mencionar a su marido. Sonrió con orgullo.

–Sí. Le llevó casi cuatro meses –se inclinó hacia delante y tocó la cuna, dejando que se meciera con suavidad–. Por esta cuna pasaron mis cinco hijos, solo durante los primeros meses. Enseguida se les quedó pequeña.

–¿Seguro que podemos tomarla prestada? Es un recuerdo familiar muy valioso.

La señora Van Dyke asintió con la cabeza.

–Una cuna solo es una cuna cuando tiene a un bebé dentro.

Esa es su función. Tráemela de vuelta, por favor.

Carrie asintió.

–Los Servicios Sociales ya están avisados –levantó las manos–. Pero con la tormenta a lo mejor tardan unos días en recoger al bebé.

La señora Van Dyke le entregó un montón de ropa.

–Lo siento. No he guardado muchas cosas. Hay algunos chalecos, calcetines, algunos jerséis tejidos a mano. Oh, y hay una manta.

–Todo esto nos vendrá muy bien. Muchísimas gracias. Se lo lavaré todo y se lo traeré de vuelta dentro de unos días –tocó el borde de la fina manta de ganchillo–. Es preciosa y parece nueva. ¿Seguro que

podemos usarla?

La señora Van Dyke sonrió y sacudió la cabeza.

–No es nueva. Tejí una manta para cada uno de mis hijos. Esta fue la última. Puedes usarla sin problema.

–Muchas gracias. Es una maravilla y estoy segura de que nos servirá –metió la ropa dentro de la cuna y la recogió–. Dan le estará muy agradecido. Si necesita algo estos días, por favor, no dude en llamarnos. Podemos pedirle al señor Meltzer que abra su tienda de nuevo.

La señora Van Dyke sacudió la cabeza.

–Estaré bien. Tengo la alacena bien surtida.

Carrie caminó hasta la puerta.

–Muchas gracias, señora Van Dyke –abrió la puerta y sonrió con timidez–. Tiene una casa preciosa.

La señora Van Dyke sonrió.

–Y tú eres bienvenida cada vez que quieras venir.

Carrie hizo malabarismos con la cuna en las manos y cerró la puerta con cuidado para no hacer mucho ruido.

Aquello no era lo que había esperado en un principio. La señora Van Dyke era un encanto.

«Una cuna solo es una cuna cuando tiene a un bebé dentro», las palabras de la anciana retumbaron en su cabeza de repente.

Carrie bajó las escaleras con cuidado para no golpear la cuna. De pronto oyó un llanto persistente. Era más que eso en realidad. El bebé gritaba a pleno pulmón. Apuró el paso y empujó la puerta de Dan con el hombro.

–Dan, ¿qué demonios pasa?

Los oídos de Dan palpitaban furiosamente. ¿No había leyes que regulaban el nivel de decibelios permitido? ¿Nadie se lo había dicho al pequeño gritón? Le cambió de posición y le colocó sobre el otro hombro. El niño llevaba más de quince minutos llorando sin control y el volumen de sus sollozos aumentaba cada vez más. ¿Qué era lo que estaba mal?

Hizo una mueca. Sabía muy bien qué era lo que estaba mal. El pequeño se había tomado casi todo el biberón sin echar ni un gas y, según lo que había leído en Internet, eso no era bueno.

Trató de desconectar un momento para que los gritos no le aturdieran. ¿Quién podía ser capaz de dejar a un bebé a la intemperie en mitad de una tormenta de nieve?

El pensamiento se había instalado en su cabeza en cuanto Carrie se

había presentado en su puerta con el recién nacido.

Había hecho lo que un policía tenía que hacer. Había intentado encontrar a los padres, pero no estaba seguro de querer encontrarlos. Lo cierto era que había personas que no estaban capacitadas para ser padres. Él era la prueba viviente de ello y tenía las cicatrices que corroboraban su teoría.

Veinticinco años antes los Servicios Sociales habían intentado apoyar a su madre, pero en realidad deberían haberle retirado la custodia inmediatamente. Por suerte, su abuela había visto lo que eran esas cicatrices que tenía en la espalda. Los policías de la comisaría habían pensado que eran marcas de varicela, y él no iba a decirles lo contrario, pero los cigarrillos dejaban una quemadura permanente. De repente se oyó un tímido golpecito y la puerta se abrió. Era Carrie, con una cuna de madera en las manos.

Arrugó la nariz al oír el ruido.

–Pero ¿qué has hecho? –cruzó la estancia y dejó la cu- na a sus pies.

¿Había estado en casa de la señora Van Dyke todo ese tiempo? Era el único sitio donde podía haber conseguido la cuna.

Dan se encogió de hombros.

–Le di de comer.

–No debería estar gritando así. Dámelo –extendió los brazos.

Dan vaciló un momento. Puso una mano sobre la espalda del pequeño de manera protectora.

–¿Qué pasó, Carrie?

Ella le miró a los ojos.

–Necesitaba respirar durante cinco minutos. Y ahora… Ya estoy mejor. Fui a ver a la señora Van Dyke. Es una persona estupenda. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de charlar con ella alguna vez antes de hoy.

Fue hacia el fregadero y sacó uno de los chupetes de la solución esterilizadora.

–¿Lleva treinta minutos en el líquido?

Dan miró el reloj y asintió con la cabeza, observándola mientras le metía el chupete en la boca al bebé. Se lo quitó de los brazos.

–Vamos a probar otra cosa entonces.

Se sentó en el sofá y colocó al bebé sobre su regazo, boca abajo, y comenzó a frotarle la espalda. Dan miró la cuna y sacudió la cabeza.

–Ni siquiera se me había ocurrido pensar dónde iba a dormir.

Carrie sonrió. Era la clase de sonrisa que le transfiguraba el rostro.

–A mí tampoco. Le pregunté a la señora Van Dyke si tenía algo de ropa y fue ella quien me sugirió que me llevara la cuna – le miró

mientras le frotaba la espalda al bebé–. Pero no tenemos un colchón. ¿Tienes algo que podamos meter dentro?

Dan pensó en ello.

–¿Qué tal esas toallas nuevas? Usamos una antes, pero tengo muchas. Podría doblarlas y hacer una especie de colchón.

–Eso suena bien. No tengo mucha ropa. Solo tengo unos pocos jerséis, chalecos bordados y algunos calcetines. También me dio una mantita preciosa de ganchillo. Parece nueva.

El bebé había dejado de llorar. Dan se volvió hacia él justo a tiempo para verle estirar las piernas y entonces le oyó echar todos los gases de golpe.

–Ya está. ¿Mejor así, chiquitín? –Carrie le había dado la vuelta y le había levantado en brazos para mirarle a la cara. Volvió a colocarle sobre su hombro y siguió frotándole la espalda–. Recuerdo haber leído que los gases les molestan mucho.

Dan soltó el aliento.

–¿Molestan? –repitió Dan–. ¿Lo llamas así? Solo has tenido que escucharle durante cinco minutos.

Ella se mordió el labio inferior.

–Sí, lo sé. Lo siento. Me resulta difícil esto, Dan. Y no sé si seré de mucha ayuda.

Se puso en pie y caminó hasta la ventana con el bebé apoyado sobre el hombro.

–No puedo evitar sentir mucha pena por esas personas que deben de estar por ahí. ¿Por qué pensaron que no podían hacerse cargo del bebé? Ojalá pudiera ayudarles.

Dan no la comprendía muy bien. No entendía cómo era capaz de sentir tanta empatía por unas personas que habían abandonado a su suerte a un recién nacido.

–A lo mejor simplemente no querían nuestra ayuda. A lo mejor es que no estaban capacitados para ser padres. Seguramente no tuvieron asistencia prenatal para el bebé. ¿Por qué dejar a un bebé ante una puerta? ¡Ni siquiera llamaron al timbre! Este niño podría haber muerto congelado. No llevaba ropa y estaba hambriento. No tenía ni un pañal puesto. Podría haber muerto durante el parto. Creo que esas personas no querían tener un bebé, Carrie. Eran personas que no tenían ningún sentido de la responsabilidad o del deber.

Carrie se dio la vuelta de golpe.

–Eso no lo sabes, Dan. No sabes nada. Podría ser el hijo de una menor, una niña aterrorizada que no se atrevía a decirle a nadie que estaba embarazada, por miedo a las consecuencias. ¿Y si abusaron de ella? ¿Y si vive con el que abusó de ella? ¿Se te ha ocurrido eso?

Dan respiró profundamente y guardó silencio.

–No sabemos nada, Dan –repitió Carrie, mirando al bebé–.

No sabes nada. No puedo ni imaginarme qué podría llevar a alguien a dejar a un niño ante una puerta. Pero tengo que creer que estaban desesperados y que querían que el bebé recibiera ayuda –acarició la cabecita del niño–. Un bebé es un regalo. No conozco a ningún padre o madre que renunciara a su hijo voluntariamente.

–Entonces supongo que hemos tenido una experiencia de vida muy distinta –las palabras se le escaparon de la boca.

Ella le miró a los ojos. Era como si estuviera intentando asimilar lo que acababa de decirle.

Dan sacudió la cabeza y fue hacia ella.

–Estoy de acuerdo contigo, Carrie. Creo que un bebé es un regalo y que siempre deberían ser tratados con respeto, así que creo que deberíamos hacer algo –levantó un dedo y le tocó la mejilla al niño.

–¿Qué?

–Creo que deberíamos ponerle un nombre.

Capítulo Cinco

Carrie se quedó atónita.

Era como si acabara de sugerirle que huyeran juntos con el bebé, hacia el horizonte, como en las películas.

–¿Qué? No podemos seguir llamándole «chiquitín» y esas cosas. Ya sabes lo que pasa con los bebés abandonados. En algún momento alguien les pone un nombre.

–Pero no sé… No me siento con derecho… No es nuestro bebé.

–En realidad, ahora mismo, es nuestro bebé, y probablemente seguirá siéndolo durante unos cuantos días. Tenemos que llamarle de alguna manera mientras tanto.

Carrie había comenzado a caminar de un lado a otro, esquivando su mirada en todo momento.

–Bueno, ¿qué sugieres, genio? ¿Quieres llamarle Dan?

Se estaba burlando de él. Por algún motivo, no se sentía cómoda.

–No quiero llamarle Dan. Eso hará más confusas las cosas. Y yo quiero simplificar las cosas, no complicarlas más –la miró de nuevo–. ¿Qué clase de nombres te gustan?

–Yo no le voy a poner el nombre.

–¿Por qué no?

–Porque no es mi bebé.

Dan sacudió la cabeza.

–Eso ya lo sabemos. Pero no se trata de eso. Busquemos algo con lo que podamos ponernos de acuerdo. ¿Te gustan los nombres extravagantes y modernos como Estrella Fugaz o Viento de Luna? ¿Te gustan los nombres de las celebrities o prefieres algo más tradicional?

Carrie miraba al suelo.

–¿Viento de Luna? Tienes que estar de broma.

Dan sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

–Olvidas que soy policía de Nueva York. Lo he oído todo.

–Vaya –Carrie volvió a sentarse en el sofá y tomó el biberón–. Voy a intentar darle un poco más.

El bebé cerró los labios alrededor de la tetina y empezó a succionar de nuevo.

–Creo que soy más tradicional.

–¿Más de nombres sencillos? ¿John, Joe, Bob? ¿Joseph? ¿Isaac? ¿Jeremiah?

Hubo un silencio de unos segundos y entonces ambos hablaron a la vez.

–Abraham.

–Abraham.

Sus voces sonaron al unísono y una sonrisa se dibujó en sus rostros.

Carrie miró al bebé.

–Abraham –susurró–. Bueno, qué nombre tan bonito. ¿Qué te parece?

Dan se sentó junto a ella.

–Abraham. Me gusta. Y además fue el nombre de uno de nuestros mejores presidentes. Es perfecto.

–Parece perfecto –Carrie asintió con la cabeza sin dejar de observar al bebé mientras bebía su leche. – Tienes razón. Sí que tenemos que ponerle un nombre, aunque sea temporal. Qué pena que sus padres no hayan dejado una nota con el nombre por el que le llamaban –había tristeza en su voz, una tristeza que Dan no era capaz de comprender.

–Bueno, hubiera sido mejor si hubieran dejado algo de ropa, o pañales, o cualquier cosa que demostrara que su hijo les importaba.

Carrie sacudió la cabeza y retiró el biberón de la boca del niño. Le incorporó y puso la mano bajo su barbilla mientras le frotaba la espalda.

–Vamos a ver si podemos sacarte todos los gases esta vez.

Se volvió hacia Dan.

–Eres muy duro con la gente, Dan. Y me resulta muy extraño. No vacilaste cuando fue necesario ayudar a este bebé, y no reaccionaste mal cuando Shana te dijo que tendrías que quedártelo unos días. No tenemos ni idea de lo que ha ocurrido ahí fuera. ¿Puedes por lo menos concederles el beneficio de la duda a la madre y al padre, por favor?

–No.

Abraham arqueó la espalda y eructó con fuerza.

–Buen chico.

El niño dejó caer la cabeza un poco.

–Está cansado. Creo que deberíamos acostarle.

Dan asintió y comenzó a doblar las toallas que había sacado del armario para hacer un colchón improvisado.

–¿Qué te parece? –le preguntó una vez terminó.

–Perfecto –dijo ella. De nuevo comenzaba a sentirse un tanto abrumada por las circunstancias.

Colocó a Abraham en la cuna. Le cubrió con un chal tejido a mano y esperó para ver si se ponía intranquilo de nuevo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que Dan estaba a su lado, conteniendo el aliento, al igual que ella. Abraham, por suerte, se había

quedado dormido rápidamente. Su primer biberón había sido todo un éxito.

–Maldita sea. ¿Crees que debimos cambiarle el pañal de nuevo?

Dan arqueó las cejas.

–Me parece que, si despiertas a Abraham de nuevo, te mato.

Ella dejó escapar una risita.

–Es raro, ¿no? Estamos aquí de pie, esperando a ver si se despierta de nuevo.

Dan se puso erguido.

–¿Qué hora es? –miró hacia el reloj de la cocina–. ¿Las diez y media? Vaya. Ahora entiendo por qué me estoy muriendo de hambre. ¿No tienes hambre, Carrie?

–A lo mejor debería irme.

–Estás de broma, ¿no?

Ella sacudió la cabeza con firmeza. De repente la barrera del bebé había desaparecido y el espacio entre ellos parecía haberse reducido. Él le guiñó un ojo de repente y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Voy a tener que arrestarte.

Carrie salió de su ensoñación.

–¿Arrestarme?

Él sonrió.

–Para que te quedes, para que me ayudes con Abraham por la noche. ¿Qué sé yo de bebés recién nacidos?

–¿Y qué sé yo? –Carrie sintió cómo entraba en ebullición la rabia en su interior. Era rabia, combinada con algo más que no era capaz de descifrar–. ¿Tengo que saber más de bebés porque soy una mujer?

–No –le dijo él con contundencia–. Creo que eres otro ser humano más, y dos cabezas piensan más que una.

Todo sonaba muy lógico, sensato, y la hacía sentirse patética por todos esos argumentos machistas que se le habían ocurrido de repente.

No quería pasar la noche con un bebé recién nacido. ¿Cómo iba a hacerle frente a algo así? La experiencia podía arrastrar toda una serie de recuerdos con los que no tenía forma de luchar.

Y además estaba Dan, con esos grandes ojos marrones, haciéndola sentir ese cosquilleo en la piel. De vez en cuando flirteaba con ella, como si fuera algo muy natural para él.

Fue hacia la ventana y miró a Abraham de reojo al pasar por su lado.

–¿Cuánto tiempo crees que estará dormido?

Ella sacudió la cabeza.

–Otra cosa más que tengo que buscar. ¿No suelen ser unas cuatro horas para los bebés recién nacidos?

–Entonces, tenemos hasta las dos y media –Dan miró el reloj y sonrió–. ¿Quieres hacer el turno de noche o prefieres que lo haga yo?

–No sé, Dan –dijo Carrie, titubeando–. Ya te dije que no tengo ningún tipo de experiencia con bebés. ¿Cómo voy a saber si pasa algo o no? No puedo leer todo lo que hay que saber sobre bebés en unas pocas horas. ¿Y si hacemos algo que no deberíamos hacer?

–Solo podemos hacer lo mejor que sepamos hacer. Además, hace un rato me pareció que se te daba muy bien.

Las palabras de Dan la hicieron sentir un escalofrío repentino que le recorrió la espalda.

Le observó mientras buscaba en los armarios, intentando encontrar algo para comer. Al final sacó unos vasos y una botella de refresco. Podía ver los duros músculos de su espalda a través de la fina camiseta que llevaba.

–Veo que por fin has encontrado algo de ropa que ponerte – le dijo de repente al ver que se había quitado el pijama de franela.

Carrie esbozó una pequeña sonrisa. Fue hacia la mesa y se sentó.

–No tuve tiempo de pensar antes. No suelo pasearme por los apartamentos de hombres desconocidos en ropa de dormir.

–¿Ah, no? –le dijo él con ese tono pícaro inconfundible–. ¿Hace frío en tu apartamento? Llevabas tanta ropa como para dormir en un iglú.

Carrie bebió un sorbo del refresco de soda que él acababa de servirle.

–No. Es que tenía mucho frío cuando llegué. Estropeé mis botines de ante caminando sobre el fango de aguanieve. Mi abrigo terminó cubierto de salpicaduras de lodo y yo solo podía pensar en refugiarme en casa, calentarme un poco frente al fuego y comer y comer.

Dan ladeó la cabeza al sentarse.

–¿Y cómo es eso de comer y comer?

Carrie se encogió de hombros.

–Chocolate, en todas sus variedades, macarrones con queso, pasteles al horno con queso, gachas de avena, tortitas… –señaló el techo–. Compré algunas cosas en la tienda del señor Meltzer antes de llegar a casa. Tenía miedo de quedarme aislada en casa durante unos días sin provisiones –le dedicó una sonrisa y sacudió la cabeza–. Eso sería horrible. Créeme.

Dan la observó con ojos curiosos. Un olor a pizza empezaba a llenar el apartamento.

–Bueno, ¿serías tan amable de compartir ese alijo conmigo?

Carrie sonrió de oreja a oreja. El ambiente se estaba aligerando por momentos. Habían dejado de ser dos vecinos nerviosos y habían

pasado a…

¿Acaso se le podía llamar flirteo a lo que estaba ocurriendo? ¿Era eso lo que estaba sucediendo? Apoyó los codos sobre la mesa y puso la cabeza entre las manos.

–Oh, no sé si quiero compartir. Estaría dispuesta a negociar. –Ah, un lobo con piel de cordero.

–¿A qué viene eso?

El destello que había en su mirada seguía ahí, y parecía hacerse cada vez más intenso.

–Te presentas aquí con esas sonrisas inocentes, esos calcetines de lana y el pijama de la abuela, por no mencionar a un bebé abandonado, me hablas de la comida rica que tienes guardada en casa, y ahora me quieres hacer pagar un rescate – Dan se echó hacia atrás en la silla y dio un golpecito con los dedos sobre la superficie de la mesa–. Tal vez no eres una de esas chicas que llevan pijamas de la abuela, ¿no? Eso solo era una treta. En realidad, eres de las que llevan lencería sexy para dormir –se tocó la punta de la barbilla con los dedos–. La pregunta es… ¿de qué color?

Carrie ya sentía cómo se le encendían las mejillas. No había sido producto de su imaginación. Dan Cooper sí estaba flirteando con ella, y lo que más la aterraba era que tenía ganas de seguirle el juego. ¿Podía cambiarle los pasteles de queso por un beso?

Ese pensamiento hizo que la sangre acudiera a sus mejillas masivamente.

–Pero ¿qué tienen de malo los pijamas de la abuela? Esconden muchos pecados.

Él no titubeó ni un momento.

–Tú no tienes pecados que esconder.

Carrie sintió que se le cortaba la respiración momentáneamente. ¿Qué quería decir con eso? Intentó esquivar la respuesta con una risita.

–Eres un hombre. No sabes nada de sujetadores con relleno o de fajas reductoras.

Dan se inclinó sobre la mesa con una sonrisa en la cara.

–Pero a ti no te hacen falta esas cosas.

Se quedó ahí, a escasos centímetros de su rostro, con una sonrisa que no acababa de aflorar.

Carrie volvió a sentir ese cosquilleo que ya le resultaba tan familiar. Se le puso el vello de punta. Se le había secado la boca y no podía evitar humedecerse los labios.

No era capaz de apartar la vista de sus labios, o tal vez la culpa fuera de esos ojos marrones. Ambas cosas la distraían demasiado, la

hacían sentir esa cálida sensación en el estómago que no había sentido desde…

El pensamiento fue como un jarro de agua fría sobre la cabeza. Además, el pequeño comenzó a hacer ruiditos de satisfacción justo en ese momento, recordándole así por qué estaba allí.

Ese era el único motivo por el que estaba en el apartamento de Daniel Cooper. No estaba interesado en ella. Simplemente no quería quedarse solo con un bebé. Eso se lo había dejado muy claro desde un principio. Y en cuanto al resto… Apenas le conocía. Además, un tipo tan guapo como él, con un trabajo como el suyo, seguramente tendría a las mujeres comiendo de su mano.

La idea la hizo echar la silla hacia atrás de repente, haciendo un movimiento un tanto brusco. Él frunció el ceño, pero Carrie mantuvo la vista fija sobre la superficie de la mesa. Esa era la opción más segura.

–¿No tienes a nadie a quien puedas llamar para que te ayude con Abraham esta noche? Seguro que tienes muchas amigas que estarían dispuestas a echarte una mano.

–¿Qué significa eso?

Carrie se encogió de hombros y trató de fingir que no había estado a punto de preguntarle si tenía novia.

–Bueno, significa que debe de haber alguien más aparte de mí que esté dispuesto a echarte una mano.

Él sacudió la cabeza.

–Mis compañeros de trabajo, aquellos con los que tengo más cercanía, están hasta arriba de trabajo ahora mismo. Los amigos que tengo que están casados viven todos muy lejos y no podrían llegar a tiempo para ayudar –puso los ojos en blanco–. Y las compañeras que he tenido hasta ahora no son personas a las que les encargaría el cuidado de un recién nacido precisamente.

Carrie estuvo a punto de atragantarse con el refresco. –Entonces, a lo mejor deberías ser más selectivo con esas compañeras.

Su intención era que el comentario sonara jocoso, pero finalmente quedó como una especie de reprimenda. Estaba tan nerviosa…

–A lo mejor –repitió él, encogiéndose de hombros.

El tema se quedó suspendido en el aire. Carrie no sabía en qué dirección llevar la conversación. Se movió en el asiento, cada vez más incómoda.

–¿Quieres decir que no tienes a nadie que te pueda ayudar?

–Solo a ti.

–Dan… –miró hacia el exterior. La nieve parecía caer cada vez con más fuerza–. Esto no me gusta, Dan –añadió, mirando a su alrededor y

levantando las manos–. Yo no te conozco y tú no me conoces a mí. No importa que seas policía y que seas uno de «los buenos» –añadió, dibujando las comillas en el aire con los dedos–. Con bebé o no, no puedo quedarme en un apartamento con un desconocido. Es que no me siento cómoda.

Él se echó hacia atrás en la silla y la observó con esos intensos ojos marrones.

–¿Y si te prometo que no me acercaré a ti durante la noche? Puedes dormir en mi habitación y yo me quedaré en el sofá. Podemos mover la cuna durante la noche. Así seguirás teniendo algo de intimidad, pero ambos sabremos que el otro está ahí si necesitamos ayuda.

Carrie visualizó la situación. Se iba a encontrar sola en una habitación, con Abraham a su lado en la cuna y asediada por los recuerdos más tristes.

De repente, Dan hizo algo inesperado. Extendió el brazo y la agarró de la mano.

–Necesito ayuda, Carrie. Te necesito. No me digas que no puedes hacerlo.

A Carrie se le formó un enorme nudo en la garganta. En ese momento solo tenía ganas de echar a correr, pero no podía abandonar a Abraham. Su propia madre ya lo había hecho.

–Me siento muy rara con todo esto, Dan –dijo, suspirando.

–Vamos a ver si podemos hacer que te sientas mejor.

–¿Me estás dando tu palabra?

–Ahora sí –apoyó la cabeza en las manos–. Bueno, Carrie McKenzie, ¿cuál es tu película favorita?

–¿Qué? –exclamó Carrie, sorprendida. Aquello no era lo que había esperado.

La pregunta era totalmente aleatoria y le llevó unos segundos pensar en la respuesta.

–No sé… Si estamos hablando de una película de adultos, tengo muchas… Tal vez Dirty Dancing. Y, si estamos hablando de películas infantiles, entonces Toy Story. Pero ¿qué clase de pregunta es esa?

–Es una pregunta para conocerte un poco mejor –le dijo él mientras bebía un sorbo de su refresco.

Daniel Cooper no era de los que se andaban con rodeos. Arqueó las cejas y la miró fijamente.

–¿Qué? ¿Nunca has tenido una cita y has puesto en práctica ese protocolo de preguntas para llegar a conocer mejor a la otra persona?

Carrie abrió la boca para decir algo, para preguntarle qué quería decir, pero entonces se detuvo. Él solo trataba de sacar un poco de

conversación ligera. Respiró profundamente antes de contestarle.

–Hace un buen tiempo ya. Me parece que he perdido la práctica.

–¿Cuánto tiempo?

Carrie podía mentirle y contestarle con indiferencia, pero ella no era de esas.

–Unos siete años –levantó la cabeza y le miró directamente a los ojos.

Había tenido que hacer un esfuerzo para recordar. ¿Realmente había pasado tanto tiempo? Había salido con Mark durante cinco años antes de quedarse embarazada de Ruby, y después de eso había pasado otro año más.

Dan, sin embargo, ni siquiera había pestañeado al oír su respuesta. Simplemente, parecía haber guardado la información para otro momento. No debería haberle dicho nada. Ya era hora de regresar a la pregunta original y abandonar ese asunto del todo.

–Bueno, y he dejado fuera los musicales, por razones obvias.

Dan arqueó las cejas aún más.

–¿Qué razones obvias?

Carrie se encogió de hombros.

–No podría contarlos. Que sepas que me sé las letras de todos los musicales que se han hecho jamás –le dijo, guiñándole un ojo–. Y también me sé algunos de los pasos de baile.

Dan se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

–Lo que más me asusta es que te creo –le dijo, mirándola fijamente–. A lo mejor te pido que me enseñes algunos de esos pasos de baile.

Carrie tragó en seco. Las mejillas se le estaban tiñendo de color rojo. Ese guiño había sido precipitado por su parte. Hacer un esfuerzo por aparentar ser más atrevida y simpática de lo que era en realidad no era la mejor idea.

–¿Y qué me dices de ti?

–Definitivamente, mi película favorita es La gran evasión, con Steve McQueen en moto. No hay nada como esa peli.

Carrie asintió con la cabeza. Había visto la película cien veces y se sabía algunas líneas de los diálogos de memoria.

–¿Y las películas de niños?

–Te sorprendería, pero me encanta Buscando a Nemo. Me encantan Marlin y Dory. Cuando la están poniendo, nunca pasas de largo por delante de la tele. Te sientas un momento a verla y terminas pasando dos horas delante de la tele, así de fácil –dijo, chasqueando los dedos.

Carrie no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro.

–Jamás hubiera pensado que serías de esos a los que les gusta

Buscando a Nemo.

Dan bebió otro sorbo de refresco.

–¿Lo ves? Hay muchas cosas que no sabes de mí. Y viceversa. ¿Te sientes menos incómoda ahora?

Ella dejó escapar una carcajada.

–Que sepa qué películas te gustan no significa que me sienta cómoda con la idea de quedarme a pasar la noche en tu apartamento.

–Entonces… ¿Qué es lo que te trajo a Nueva York, Carrie? Sé que el apartamento es de la empresa donde trabajas, pero… ¿Por qué tú? ¿Por qué ahora?

Ahí estaba. Era la pregunta fundamental, y la había dejado caer cuando más había bajado la guardia.

Carrie tomó su vaso de la mesa y fue hacia el fregadero.

–Voy a fregar los platos –abrió el grifo de agua caliente y echó algo de lavavajillas–. Es lo menos que puedo hacer.

–Pero… ¿Y si no hemos terminado?

Carrie se sobresaltó. Su voz sonaba justo detrás y podía sentir su cálido aliento junto al oído.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó. Le temblaba la voz y no podía evitarlo.

Él debía de haberse dado cuenta. Sin duda debía de haber notado el efecto que tenía sobre ella. Puso su vaso junto al de ella, rodeándola con ambos brazos de repente, capturándola. Podía sentirle contra su cuerpo y el corazón ya se le estaba acelerando. Contempló las burbujas que se formaban en el agua caliente y dejó que le subieran por el brazo.

Él metió las manos en el fregadero, junto a las suyas. Echó adelante la cabeza, casi apoyándola sobre su hombro.

–Quiero decir… ¿Y si no hemos terminado con esta conversación? ¿Y si pienso que acabas de eludir mi pregunta y quiero saber por qué?

Tenía las manos sobre las suyas y Carrie comenzaba a sentir que le faltaba la respiración.

–¿Y si quiero llegar a conocerte un poco mejor, Carrie McKenzie? A pesar de este extraño encuentro que hemos tenido y a pesar de la carabina que tenemos…

Levantó un dedo y lo sostuvo en el aire. Lo tenía cubierto de burbujas. La luz que se reflejaba en ellas se refractaba en una miríada de colores. Carrie no era capaz de hablar. No sabía qué decir. Además, estaba hipnotizada por las burbujas, viéndolas explotar una a una. Él dejó escapar una risita, movió el dedo y le manchó la punta de la nariz con las burbujas.

Carrie respiró rápidamente, sorprendida. Se tragó parte de las

burbujas, así que comenzó a toser de inmediato. Lo único que oía era la risa de Dan mientras tosía sin parar, doblándose hacia delante. De pronto sintió su mano sobre la espalda. Intentaba ayudarla a recuperar el aliento.

Carrie se incorporó por fin. Todavía sentía su mano sobre la espalda, húmeda con el agua del fregadero. Se volvió hacia él y le miró a los ojos.

–¿A qué ha venido eso? –le preguntó.

–Simple diversión –le dijo él, sonriéndole.

Carrie se mordió el labio inferior.

–Me tienes toda mojada –intentó despegarse la camiseta empapada de la espalda y entonces se dio cuenta de cómo sonaba lo que acababa de decir.

No podía ser cierto. ¿Lo había dicho en alto?

Él le dedicó esa sonrisa de oro tan sexy que ya le resultaba familiar.

–Eso no puede ser. ¿Quieres que te deje algo de ropa? –fue hacia una puerta. Seguramente sería su dormitorio–. Seguro que tengo algo para ti por aquí.

Era obvio. Daniel Cooper era un engreído que se creía que podía tener a todas las mujeres a sus pies.

Carrie se cruzó de brazos. Debería haberse sentido insultada, pero lo cierto era que no se sentía así en absoluto. En realidad, se sentía un tanto… halagada. Sacudió la cabeza.

–Tú eras el playboy de la facultad, ¿no?

Él se inclinó contra el picaporte.

–¿Y qué pasa si lo era?

–Entonces, estarás acostumbrado a tenerlas siempre en bandeja.

La tensión que se palpaba en el ambiente la estaba matando. Si hubiera sido una película, ese hubiera sido el momento de caminar hacia él, guiñarle un ojo y conducirle al dormitorio.

Él suspiró y miró hacia el techo.

–Me encanta cuando me dices esas cosas malas. Es el acento. Es que me mata. Cada vez que hablas es que…

Se oyó un pequeño quejido proveniente de un rincón de la estancia. Ambos dieron un paso adelante. En un abrir y cerrar de ojos estaban junto a la cuna, observando al bebé dormido.

–¿Qué significaría eso? –le preguntó Dan.

–¿Y cómo quieres que lo sepa? –dijo Carrie, viendo cómo subía y bajaba el pecho de Abraham con cada respiración.

–¿Al final decidimos quién iba a hacer el turno de noche?

Carrie quería decir que no. Quería decir que no podía hacerlo y

refugiarse en la seguridad de su silencioso apartamento, pero tenía demasiadas dudas en la cabeza.

Se puso erguida y estiró las manos detrás de la espalda para despejarse un poco. Sus hombros crujieron.

–Carrie, ¿te encuentras bien? ¿Hay algo que quieras decirme?

Había llegado el momento. Esa era la oportunidad para decirle lo que le había ocurrido en el pasado, para aliviar la tensión entre ellos.

«El año pasado… tuve una niña que nació muerta. Mi hija murió», pensó, formando las palabras que podía usar.

En cuanto dijera esas palabras, todo cambiaría entre ellos. Esas palabras destruirían por completo la primera chispa de alegría que había sentido en el estómago en mucho, mucho tiempo. Tomó aliento con fuerza y se volvió hacia él.

Él levantó un brazo y le tocó la mejilla.

–Carrie…

Ella tragó con dificultad y se tragó las palabras que realmente quería decir.

–¿Qué tal si hago yo el primer turno? Dormiré en el sofá, al lado de la cuna, y le daré el primer biberón y le cambiaré durante la madrugada. Tú tomas el relevo después –dijo, manteniendo la voz firme mientras hablaba.

Vio algo que parpadeaba en las pupilas de Dan, algo fugaz, y entonces él asintió y le dedicó una sonrisa.

–Bienvenida a tu primer turno de noche, Carrie McKenzie.

Le observó mientras se alejaba y luego se sentó en el sofá. ¿Acaso se había equivocado?

Solo el tiempo, y un enorme montón de nieve, podrían darle la respuesta.

Capítulo Seis

Carrie se estiró en el sofá y gimió. El sol del amanecer trataba de colarse por las persianas. Había una luminosidad más intensa de lo habitual, seguramente causada por la nieve recién caída. Todo pensamiento y esperanza de vuelta a la normalidad se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos con el primer copo de nieve.

No había forma de escapar de ello. Abraham iba a darles mucho trabajo a los dos.

La noche anterior no había tenido tiempo de sentir pena por sí misma, y Dan tampoco, porque Abraham había pasado tres horas gritando sin parar. Y tampoco había tenido tiempo para fantasías románticas. A ninguno de los dos se le daba bien alimentar a un bebé y sacarle los gases.

–¿Carrie?

Dan apareció en la puerta, con ojos cansados, el pelo alborotado y esos vaqueros de cintura caída.

Carrie aguzó la mirada. Estaba desnudo de cintura para arriba de nuevo. ¿Acaso iba así siempre por la casa? Su cerebro no estaba preparado para enfrentarse a la visión de un hombre casi desnudo a esas horas de la mañana. Le señaló con un dedo. –Si le despiertas, Dan Cooper, te juro que me levanto y… – ¿Y me haces unas tortitas?

Carrie suspiró y se dejó caer en el sofá de nuevo, aterrizando sobre otro incómodo bulto de los muchos que tenía.

–Tienes el peor sofá del mundo –se volvió a un lado y trató de aplastar un poco el bulto–. Oh, es que engaña. Parece muy cómodo. Cuando te sientas en él, te hundes y piensas «¡Vaya!», pero… ¿Dormir en él? Eso es otra cosa –se quitó el pelo de la frente–. ¡Es lo peor!

–¿Quieres dormir en la cama mañana?

«¿Contigo o sin ti?».

El pensamiento fue inevitable, pero Carrie logró ahuyentarlo rápidamente.

Se levantó y se estiró un poco.

–Lo de las tortitas suena bien. ¿Crees que podrás prepararlas sin despertar a Su Señoría? Porque… a este paso, la señora Van Dyke va a tener que tomar el relevo para cuidar de él.

Dan asintió con la cabeza.

–Estoy totalmente de acuerdo contigo, Carrie. Por alguna razón llegué a pensar que esto iba a ser pan comido. No sabes cuántas veces pensé en agarrar el teléfono para llamar a Shana anoche y suplicarle que viniera a buscarle.

Carrie se inclinó contra la puerta y le miró con unos ojos serios.

–Bueno, a lo mejor tienes que pensarte eso un poco mejor.

–¿Qué quieres decir?

–Has sido muy duro con los padres de Abraham. Estamos dando por supuesto que acaba de nacer prácticamente, pero... ¿Y si tiene unos días de vida? A lo mejor la madre hizo todo lo que pudo para quedárselo. A lo mejor es muy joven, o muy vieja, y no contaba con ayuda de nadie. A lo mejor está enferma.

Una nube negra descendió sobre el rostro de Dan de nuevo.

–Para, Carrie. Deja de buscar excusas. Y, si Abraham no acababa de nacer, entonces, ¿dónde estaban sus pañales? ¿Dónde estaba su ropa? Y por muy difícil que lo tuvieran los padres, ¿es esa una razón lo bastante poderosa como para dejar a un bebé delante de una puerta en medio de una tormenta de nieve?

Carrie se encogió de hombros.

–Yo solo estoy apuntando una posibilidad, Dan. No estoy tratando de buscar excusas para nadie. Lo que voy a hacer ahora es darme una ducha y cambiarme de ropa –se dirigió hacia la puerta–. Vuelvo en diez minutos y espero tener listo mi desayuno –le dedicó un guiño.

Dan arqueó las cejas.

–Umm, ya veo que te estás poniendo toda voluntariosa. Creo que me gustabas más cuando me suplicabas que te ayudara con el bebé, con ese estilo modosito.

Carrie agarró el cojín que tenía más a mano y se lo tiró a la cabeza.

–No. Ni hablar –dijo, caminando hacia la puerta.

–No. No es cierto –repuso Dan, observándola mientras subía las escaleras.

Carrie se tomó unos segundos para subir las persianas y mirar hacia el exterior. Todo estaba cubierto por un manto de color blanco y no se veía ni un signo de vida, ni una sola huella en la acera. Por lo que veía, parecía que Nueva York iba a pasar otro día totalmente paralizada.

Durante un instante, deseó encontrarse en mitad de Central Park en ese momento, delante de Belvedere Castle, contemplando el Great Lawn, o en Bow Bridge, admirando el lago congelado. Abrió el grifo de la ducha y entró en su dormitorio, quitándose la ropa que llevaba.

Sacó una bata mientras esperaba a que se calentara el agua. Lo que tenía en el armario era bastante inservible en esas circunstancias. Había camisetas con lentejuelas, una rebeca de color rojo, una sudadera… Se puso otros vaqueros y un suéter azul. Tendría que arreglárselas con eso. De repente, reparó en la cajita plateada que tenía debajo de la cama y le dio un vuelco el corazón. Sentía su llamada… Se agachó y la tocó. La sacó de debajo de la cama y la puso encima, frente a ella. Todos sus recuerdos más preciados, todos estaban contenidos en esa cajita.

Ya empezaba a salir un denso vaho caliente del cuarto de baño, así que se levantó sin pensar más y se dirigió hacia la ducha, cerrando la puerta con firmeza.

Se oyó un tenue gimoteo. Las tortitas se estaban friendo y emitían ese siseo característico. ¿Se despertaría el bebé? El presentador de las noticias parecía cansado. Seguramente, había pasado toda la noche atrapado en el estudio. La franja del teletipo corría por la parte inferior de la pantalla sin parar, informando acerca del volumen de nieve caída y de la situación de emergencia que había provocado el temporal en toda la ciudad.

Dan les dio la vuelta a las tortitas y entonces sintió cómo le rugía el estómago. Se estaba muriendo de hambre y olían muy bien. Un tarro de mermelada de frambuesa aterrizó sobre la encimera, justo a su lado. Ella había vuelto, y olía a flores silvestres, incluso mejor que las tortitas.

–¿Para qué es eso?

–Para las tortitas.

–¿Mermelada? –Dan sacudió la cabeza–. Las tortitas llevan beicon y sirope de arce. Eso es lo que lleva una tortita de verdad.

Carrie abrió el frigorífico.

–Las tortitas llevan mermelada de frambuesa y mantequilla. Esa es la única forma de comerlas.

Dan arrugó la nariz, observándola mientras encendía el hervidor de agua.

–Y té. Las tortitas se toman con té.

Dan hizo una mueca.

–Pues me parece que no estás de suerte. Solo tengo café extrafuerte.

Carrie le mostró una bolsa que llevaba.

–Entonces qué bien que me he traído el mío.

Dan sirvió las tortitas en dos platos y las llevó a la mesa. Sacó

sirope de su armario casi vacío y levantó la cafetera.

–Entonces, no hay manera de tentarte, ¿no?

Los ojos de Carrie emitieron un destello. Era otra cosa, algo distinto. Le dedicó una sonrisa vacilante.

–Soy una chica inglesa, una chica de té, mantequilla y mermelada.

Ambos sabían que el flirteo se había puesto en marcha de nuevo, y en ese momento Dan tenía ganas de tentarla un poco. Quería tener la oportunidad de contemplar esos ojos de color azul cielo y preguntarle qué era lo que trataba de ocultar, aquello de lo que intentaba protegerse constantemente.

Levantó el bote de sirope de arce y se echó un poco en las tortitas. Ella estaba concentrada en extender la mantequilla sobre sus tortitas con el máximo esmero.

Antes de que ella llegara había abierto las cortinas para que entrara un poco de luz natural en el apartamento y verla bajo la fría luz del día era poco menos que un shock. La chica era preciosa, con esas sutiles pecas en la nariz y ese gesto de profunda concentración que la hacía fruncir el ceño de una forma tan especial. Había sentido cierta atracción por ella la noche anterior, pero en ese momento podía verla claramente, a la luz del día. ¿Cómo era posible que no hubiera reparado en ella antes?

Carrie metió una cucharilla en el tarro de mermelada y extendió un poco sobre sus tortitas.

–¿Vas a observarme todo el tiempo mientras me las como también? –le preguntó, sonriendo.

Dan se echó hacia atrás en su asiento.

–Lo siento. Solo estaba pensando.

–¿En Abraham?

En realidad, no era el niño lo que ocupaba sus pensamientos en ese momento. Como si fuera una protesta, de repente se oyó un pequeño gimoteo proveniente de la cuna. Dan dejó sobre la mesa sus cubiertos, suspiró y gesticuló con la mano al ver que ella tenía intención de levantarse.

–Quédate donde estás. Todavía estás comiendo. Yo ya he terminado. A lo mejor tiene hambre de nuevo. Ya he esterilizado los biberones, así que ya estamos preparados.

Unos minutos después, sacó a Abraham de la cuna y se lo colocó sobre el hombro.

–¿Carrie? ¿A ti te parece que está bien? ¿Qué te parece el color que tiene?

Carrie dejó su taza de té y caminó hasta él.

–Bueno, es difícil de decir –se encogió de hombros.

Fue hacia la ventana y levantó del todo las cortinas.

–Tráele aquí para que pueda mirarle mejor.

Dan llevó al niño hasta la ventana. Ambos le miraron fijamente durante unos segundos bajo la clara luz del día.

–Parece que está un poco amarillo, ¿no?

–Ictericia. ¿No se supone que es muy común en los recién nacidos? –le preguntó ella.

Dan esbozó esa sonrisa que ya conocía tan bien, esa que parecía querer decirle que él era el menos indicado para contestar ese tipo de preguntas.

Ambos miraron hacia el ordenador. Carrie tardó unos segundos en teclear las palabras en el buscador y entonces… No apareció nada. Se volvió hacia él.

–Parece que tu conexión a Internet acaba de morir.

–¿En serio? Suele ser muy fiable. Debe de ser por el temporal.

Carrie volvió a mirar por la ventana.

–Debe de ser por la nieve. Espero que no se ponga boba la electricidad. A veces pasa en casa cuando hay tormenta.

Él la miró con una expresión divertida en el rostro.

–¿Boba?

Ella arqueó las cejas.

–¿Qué pasa? Solo es una palabra.

Dan se rio con disimulo y ella le dedicó una sonrisa sarcástica.

–En cuanto recuperemos el acceso a Internet voy a buscar la palabra para ver las acepciones que tiene.

–Ja-ja. En serio, ¿qué hacemos con Abraham? ¿Crees que es algo grave? Quiero decir que… está alimentándose bien y… – arrugó la nariz–. Y hace sus cositas sin problema.

Carrie volvió a levantar las cejas.

–¿En serio? ¿De nuevo? A lo mejor deberías llamar a tu amiga. No tenemos a nadie más.

Él le dedicó una sonrisa y colocó a Abraham sobre una toalla oscura para cambiarle. Seguramente, en ese momento reinaría el caos más absoluto en Angel's Children's Hospital y lo último que quería era darle otro dolor de cabeza a Shana, pero tenía que asegurarse de que el niño se encontraba bien.

Se sacó el móvil del bolsillo.

–Supongo que hay que llamar a Shana entonces –tecleó el número y esperó a que le comunicaran con la doctora.

Apretó el botón del altavoz para que Carrie pudiera seguir la conversación y continuó cambiándole el pañal al pequeño.

–¿Qué?

El saludo no era buena señal. Era evidente que Shana debía de estar desbordada a esas alturas.

–Shana, soy Dan.

–¿Está bien el bebé? –como siempre, la pediatra no se anduvo con rodeos.

–No estamos seguros. Abraham está un poco amarillo.

Carrie dice que a lo mejor tiene ictericia.

–¿Quién es Abraham?

–El bebé. ¿De quién te creías que te estaba hablando?

–Oh, le habéis puesto nombre. Abraham… Me gusta.

–Me alegro. ¿Qué me dices de su color?

–Suele ser más frecuente en los bebés a los que les dan el pecho, pero tampoco es inusual. Podría ser ictericia. Podría ser grave si se presenta en las primeras veinticuatro horas después del nacimiento, pero eso no lo sabemos, ¿no?

–¿Qué hacemos?

–Lo mejor sería examinarle y hacerle un análisis de sangre.

–Bueno, eso no va a ser posible a corto plazo.

–Vigílale bien. Quiero decir que le observes. Asegúrate de que tenga sus tomas de forma regular y mira a ver si tiene mucho sueño. No tengas miedo de despertarle si es la hora de darle el biberón. Deja que le dé un poco de luz natural. Pon la cuna junto a la ventana y vigila bien el color de su piel. Si ves que la cosa va a peor, o si presenta algún otro síntoma, llámame de inmediato. Mírale la parte blanca de los ojos. Si empiezan a ponerse amarillas, tienes que llamarme.

Dan no pudo evitarlo. Sin perder ni un segundo, levantó uno de los párpados del niño, que protestó de inmediato al ver que le despertaban.

Shana dejó escapar una carcajada.

–Si está tan molesto es que no está tan mal, pero llámame si empiezas a preocuparte más –terminó la llamada de manera abrupta.

Sin duda tendría otras mil cosas que atender.

Dan se quedó mirando el móvil durante unos segundos.

–Ni siquiera me ha dicho si se ha puesto en contacto con Servicios Sociales.

–Seguramente ha estado muy ocupada.

Dan se sobresaltó al oír esa voz tan cerca de su oído.

Debería haberse dado cuenta de que se había acercado más a él. Esa sutil fragancia a flores silvestres parecía ser su perfume favorito.

Contuvo el aliento. ¿Acaso no se daba cuenta de lo cerca que estaba de él? ¿Acaso había algo que les hacía acercarse una y otra

vez?

Dan bajó la vista de inmediato.

Ella se tiró del suéter que llevaba. Era evidente que su momento de incomodidad no había pasado desapercibido. –Oí todo lo que dijo. ¿Movemos la cuna hasta la ventana?

Él asintió y ella se movió con rapidez. Descorrió las cortinas por completo, dejando que la pálida luz del día de invierno inundara la estancia. Dan se encogió, sosteniendo al niño por la espalda.

–Vaya. Bueno, si eso no va a poder con un poquito de ictericia, entonces no hay nada que pueda.

Carrie se volvió y le dedicó una sonrisa de portada.

Dan reaccionaba de manera automática. Sin perder ni un instante, colocó al pequeño en la cuna y le observó un momento. Ella estaba a su lado. Sin duda el juicio y el sentido común empezaban a fallarle. Estar atrapado en el apartamento con una preciosa mujer le estaba pasando factura. Tendría que buscar una manera de mantenerse distraído.

–¿Algún plan para hoy, Carrie?

–Aparte de ponerme la mochila a propulsión para volar hasta el trabajo, pasar diez horas en la oficina, comprar algunas provisiones y ropa para un bebé atrapado en la nieve… No. Nada –le dijo, sacudiendo la cabeza y contemplando la gruesa capa de metro y medio de nieve caída.

Dan levantó su brazo escayolado.

–Bueno, yo voy a ir a nadar y después me voy a poner los esquís. No se puede desaprovechar una nieve como esta y luego voy a traerme aquí a Shana para que examine a Abraham y asegurarme de que está bien –le dedicó una pequeña sonrisa–. Y, si ella pudiera traer también unas cervezas, refrescos y una pizza, estaría genial.

Carrie se inclinó contra la ventana y suspiró.

–¿Qué vamos a hacer durante todo el día?

–¿Si no podemos jugar a nuestros juegos imaginarios?

Carrie contó con los dedos.

–Podríamos celebrar un telemaratón de culebrones. Ya sabes… Podríamos ver todos los culebrones que no hemos visto en años, verlos durante todo el día –arrugó el entrecejo–. No me sé el nombre de ninguna novela o serie estadounidense. ¿Son buenas?

Él sacudió la cabeza.

–Próxima sugerencia.

Carrie miró a su alrededor.

–Podríamos organizar cosas. A todo el mundo le viene bien hacer limpieza en primavera. Podría ser el momento perfecto.

–Ni se te ocurra tocar mis cosas, McKenzie. Además, ¿es que no te has dado cuenta ya de que no hay nada en mis armarios que merezca la pena organizar?

Ella se rio.

–Muy bien. Ya suponía que esa idea no te iba a gustar… ¿Tienes juegos? ¿Juegos de mesa?

Dan guardó silencio mientras pensaba. Carrie casi podía ver cómo se devanaba los sesos intentando recordar si tenía algún juego en casa.

–¿Ajedrez? –le sugirió finalmente. Ya empezaba a desesperarse.

–A lo mejor tengo algún juego de mesa –dijo él por fin–. Pero serán muy viejos. Muchos de ellos probablemente sean los originales.

Fue hacia el armario y se agachó poniéndose de rodillas. Apoyó las manos en el suelo y se metió dentro. Carrie oyó algunos gruñidos al tiempo que algunas bolsas de deporte, raquetas y pelotas aterrizaban más allá de sus tobillos.

–¿Necesitas ayuda?

Una nube de polvo se propagó a su alrededor y entonces oyó toser a Dan. Un momento después salió con un montón de juegos en las manos.

–¿Qué tal estos?

Carrie los llevó hasta la mesa.

–Vaya. Tenías razón. Algunos son originales.

Todos mostraban las señales del paso del tiempo. Era evidente que habían sido muy usados y que habían sido los favoritos de alguien en algún momento de su historia.

–Creo que están genial.

Dan se paró a su lado. Tenía una enorme mancha sobre la mejilla.

–¿Y qué gana el ganador?

Carrie no pudo evitarlo. Levantó el brazo y le limpió la mancha. Él se quedó quieto un momento, pero finalmente interceptó su mano antes de que fuera a apartarla.

–¿Qué gana el vencedor del torneo?

Sus palabras sonaron tranquilas. No había ni rastro de ese tono juguetón que tanto había usado antes.

–¿Sabes hornear? –le preguntó Carrie, optando por la respuesta más segura de entre todas las que se le habían ocurrido.

–¿Qué? –dijo Dan, sorprendido. Era evidente que él tenía otra cosa en mente.

–Te he preguntado que si sabes hornear.

–Supongo que sí. Mi abuela horneaba mucho, pero llevo años sin intentar nada así. Además, ya has visto mis armarios. No tengo nada.

–Pero yo sí. Ya está. Decidido. El que pierda hace una tarta. Es

justo lo que necesitamos en un día como este.

–¿Vas a confiar en mí para que te haga una tarta?

–Me encantan las tartas. Confiaría en cualquiera para que me hiciera una tarta –le tendió la mano–. ¿Trato hecho?

Él titubeó un segundo, pero el espíritu competitivo no tardó en imponerse.

–Yo soy de tartas de chocolate, así que será mejor que saques el delantal.

El olor a pasteles en el horno inundaba el apartamento. Habían pasado años desde la última vez que su casa había olido así y no podía evitar acordarse de su abuela.

Tarta de manzana…

Esa era la que solía preparar, y ese era el olor que asociaba con su abuela: manzanas recién horneadas debajo de un pastel dorado con azúcar espolvoreada encima.

La felicidad.

Esa vez el olor era un tanto distinto, sin embargo. El temporizador del horno sonó de repente. No se había enterado de que el horno tenía temporizador hasta ese momento, porque no había llegado a usarlo nunca, pero Carrie se había empeñado en que era fundamental hornear el pastel perfecto, o varios pasteles, como resultó al final. El maratón de juegos había terminado en un empate y en ese momento su cocina olía a pastel de chocolate y de zanahoria. Abrió la puerta del horno y una bocanada de humo caliente le dio en la cara. El pastel de chocolate que le había hecho Carrie era espectacular. Su pastel de zanahoria, en cambio, no era perfecto, pero no tenía ningún problema que no se pudiera arreglar con el enorme montón de glaseado que ella le había hecho preparar.

Sacó ambos pasteles y ella los colocó sobre una estantería metálica para dejarlos enfriar.

–Tenemos que dejar que se enfríen antes de ponerles el glaseado. Démosles un minuto.

Carrie sacó unos platos del armario, sacudió la cabeza y entonces fue a sacar más.

–¿Qué les pasa a mis platos?

–Nada –su tono de voz sonaba apagado al encontrarse agachada frente a uno de los armarios de la cocina–. Pero comer pasteles es un arte. Tienes que tener platos mejores que estos. ¡Ajá! –salió del armario con algo en la mano–. Estos están mucho mejor.

Se levantó y colocó los platos de porcelana fina sobre la encimera.

Eran blancos y estaban decorados con pequeñas flores rojas.

Otro recuerdo de su abuela… Ella también solía usarlos para las tartas y seguramente era por eso por lo que estaban escondidos en el fondo del armario. Las luces fluctuaron de repente.

–Oh, no –murmuró Carrie–. Es la tercera vez que pasa.

Dan fue hacia ella.

–Podría ser un problema.

–¿Por qué?

–Porque no tengo velas.

Ella le miró con un gesto de horror y levantó las manos.

–¿No tienes? Pero ¿cómo es posible que alguien como tú no esté preparado para las emergencias? ¿No se supone que los policías tienen que estar preparados para todo?

Él no se movió. Simplemente, continuó mirándola fijamente.

–No para todo –su voz no era más que un susurro.

El significado alternativo de sus palabras era inconfundible.

Ella levantó la vista. Solo estaba a escasos centímetros de su rostro, de sus labios. Las luces fluctuaron de nuevo y él se acercó más. Apoyó la mano sobre su cadera.

Carrie no se movió, ni un milímetro. Sacó la lengua y la deslizó sobre los labios, como si, sin darse cuenta siquiera, se estuviera preparando para un beso. Podía sentir la atracción casi magnética. Él le presionó la cadera con los dedos, tirando de ella, acercándola, dándole todas las oportunidades del mundo para que se resistiera, para que retrocediera.

Pero Carrie no lo hizo.

Él se inclinó hacia delante.

–Carrie McKenzie, voy a besarte –su voz sonaba grave, tenue, como si tratara de hacerla acercarse para que pudiera escuchar mejor.

Pero Carrie no lo hizo.

Hizo algo totalmente inesperado. Levantó las manos y le rodeó el cuello con ambos brazos.

–Ya era hora –susurró, poniéndose de puntillas para besarle en los labios.

Miel.

Sabía a miel. ¿Acaso llevaba miel la tarta de chocolate que acababa de hornear? El beso comenzó de manera tentativa. Dan no quería hacerla sentirse obligada. No quería hacerla sentir que no podía decir que no y rezaba para que no fuera así.

Ella enredó los dedos en la línea de su cabello, justo por encima de la nuca, y el beso se hizo más intenso entonces. Su lengua jugaba.

De repente, dejó escapar un suspiro que casi le hizo sucumbir del

todo.

Tenía que retroceder. Debía apartarla de sus brazos y darle tiempo para pensar en ello. Todavía había muchas cosas de Carrie McKenzie que desconocía. Pero en ese momento no quería dejarla ir. Esa era la última cosa que quería hacer en ese instante, justo cuando ella parecía responderle en perfecta sincronía. Y, entonces, de pronto, todo se volvió negro.

Se separaron bruscamente y retrocedieron.

–Ups –Carrie empezó a reírse, frotándose la nariz–. Eso debe de ser el apagón, supongo.

–Sí. Creo que sí. ¿Tienes velas?

–Sí. Tengo velas en casa, no de las de emergencia. Más bien son de las que se usan en el baño.

–¿Qué clase de vela es la que se usa en el baño?

–De las aromáticas, las que enciendes alrededor de la bañera.

Dan sacudió la cabeza.

–Bueno, supongo que tendré que fiarme de tu palabra en esto. Vamos a necesitarlas, sin duda.

–Voy a subir a buscarlas.

Él la agarró de la mano.

–Voy contigo.

–¿Y el bebé? –Carrie miró hacia la cuna, ya silenciosa.

–Deja la puerta abierta. Solo tardaremos unos pocos minutos. Está dormido. No va a pasar nada.

Dan sentía que le gustaba sujetarle la mano. Era como si encajara a la perfección en la suya.

Caminaron hacia la puerta con paso atropellado, dejándola abierta de par en par. Salieron al oscuro pasillo. Ni siquiera las farolas de la calle permanecían encendidas y tampoco brotaba ningún hilo de luz por debajo de las puertas aledañas. Dan ni recordaba la última vez que habían sufrido un corte de electricidad. Seguramente era por eso por lo que no tenía velas. Extendió el brazo y trató de asir la balaustrada. Comenzó a subir por las escaleras, tirando de Carrie para que caminara justo detrás de él.

Llegaron a la puerta y ella miró hacia el apartamento de la señora Van Dyke.

–¿Vamos a ver si está bien?

–De acuerdo. ¿Tienes velas de sobra por si necesita?

Carrie dejó escapar una risita.

–Oh, tengo velas para todo un año en casa –empujó la puerta y se

dirigió hacia el cuarto de baño. Se agachó y comenzó a sacar cosas de uno de los armarios.

Dan miró a su alrededor, esforzándose por distinguir algo. Sus pupilas tardaron unos segundos en adaptarse a la oscuridad que le rodeaba. La única luz provenía de los rayos de luna que se colaban a través de las ventanas. Todo estaba impecable, ordenado, en su sitio.

Ella retrocedió de pronto, buscó en un cajón para localizar una cajita de cerillas y encendió la vela que sostenía con las manos, dentro de un tarro de cristal. La luz cálida la iluminó como si fuera una estrella de las películas.

Sonriente, le ofreció la vela. El aroma de la cera derretida ya comenzaba a notarse.

Dan arrugó la nariz.

–¿Qué es eso? ¿Lavavajillas?

Carrie agitó la mano en el aire para que el olor se propagara un poco más.

–Te has acercado. Es una fragancia de flor de algodón. También tengo lavanda, naranja, canela, frambuesa, rocío de primavera y agua de lluvia.

–Vaya. ¿Quién les pone los nombres a esas velas?

Ella encendió otra y se acercó a él de nuevo.

–Creo que sería un trabajo estupendo, igual que ponerles nombres a los colores de las pinturas. –Te lo pasarías genial haciéndolo.

–No lo dudes. Imagínate lo divertido que sería. Tonalidades de amarillo, rayos de sol, pétalos de gladiolo. Los morados serían violeta dulce, sueños de lavanda, fusión de amatista…

A pesar de la penumbra, Dan podía ver el destello que encendía su mirada y el entusiasmo que teñía su voz.

–Vaya. No estabas de broma, ¿no?

Se acercó un poco más a ella.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

–No sé por qué mis orientadores del instituto pasaron por alto esa opción.

Dan notaba su reacción. Era evidente que se sentía atraída por él.

De repente, un pensamiento irrumpió en su cabeza, apartándole de esas ideas tan poco bienvenidas que comenzaban a llenarle la mente.

–¿Qué pasa con la electricidad? ¿Podemos esterilizar los biberones y prepararle la leche a Abraham?

Ella le tocó en el brazo, desencadenando una corriente eléctrica que le recorrió el brazo hasta llegar al hombro y que volvió a dejarle a merced de esos pensamientos que trataba de ahuyentar. Su ligero momento de vacilación no había pasado desapercibido para ella.

–No deberíamos tener problema –levantó la vista lentamente hasta mirarle a los ojos–. Yo acababa de hervir el agua y había vuelto a esterilizar los biberones. Podemos preparar uno en cuanto bajemos –le miraba fijamente.

Incluso en la penumbra podía ver cómo se le habían dilatado las pupilas.

Dan puso la vela sobre una mesa cercana y dejó que el resplandor iluminara hacia arriba, realzando la curva de sus pechos y sus caderas. Ya no era capaz de fingir más. No era capaz de ocultar sus reacciones. No quería hacerlo.

Puso la mano sobre su cadera y la atrajo hacia él. Ella aún sostenía la otra vela contra el pecho.

–Entonces… no solo estoy aquí atrapado –le dijo, gesticulando–. En medio de una tormenta de nieve, sin electricidad, con una chica que encontró a un bebé en la puerta y que se sabe las letras de todos los musicales que se han hecho jamás –apoyó la mano sobre su otra cadera, acercándola aún más.

Lo único que se interponía entre ellos era la vela que ella sostenía.

–Ahora me entero de que también está un poco loca y de que tiene ambiciones profesionales que no fueron capaces de detectar los orientadores de secundaria.

Se produjo un ligero momento de duda, a pesar de que se hubieran dado un beso en los labios tan solo unos minutos antes, pero Carrie ya comenzaba a relajarse poco a poco. Dan podía sentir cómo la tensión abandonaba su cuerpo paulatinamente. Su cuerpo parecía rendirse a él.

Ella apartó la vela que sujetaba y se apretó contra él, presionándole con sus cálidos pechos. Si se movía un centímetro más, todo estaría fuera de control.

Pero ella sonreía. En su rostro había una sonrisa feliz, relajada, de esas que solo había presenciado unas pocas veces en esos dos días anteriores, de esas que demostraban que había bajado la guardia.

En ese instante fue capaz de ver a la Carrie McKenzie de verdad, la clase de persona que podía ser si era lo bastante valiente, la clase de persona a la que quería conocer más, tanto en posición vertical como horizontal.

«¡Basta!», exclamó una voz desde su cabeza.

Levantó el brazo y tiró de uno de los rizos que tenía detrás de la oreja.

–Me gusta cuando llevas el pelo suelto. Es precioso, muy bonito.

Tras un titubeo de un segundo, le tocó un lado de la cara con la yema del dedo. No quería forzar las cosas. No quería asustarla.

–Es muy sexy –murmuró, conteniendo la respiración para ver el efecto que tenían sus palabras.

Esperaba que ella se pusiera tensa y se apartara. Esa era la Carrie a la que había conocido durante esos dos días.

Pero algo había cambiado. La luz tenue, las velas… En vez de retroceder, ella se acercó más y apoyó las manos sobre sus hombros.

–Sexy… Me gusta.

Sentía el dibujo de su aliento sobre la piel. Tenía que dejarla dar el primer paso. Tenía que estar bien seguro. Esos pocos segundos se convirtieron en toda una eternidad.

Ella se movió finalmente, no obstante. Se apretó contra él con más firmeza y se puso de puntillas para estar a su altura. Comenzó a rozarle la boca con los labios, con suavidad al principio, y después con más confianza. Él deslizó las manos por encima de su caja torácica. Podía sentir su respiración profunda contra las palmas de las manos.

No podía detenerlas. Quería hacer más.

Ella tenía una mano apoyada sobre su espalda, y con la otra le sujetaba una mejilla mientras le besaba, cada vez con más energía, tentándole con la lengua. Le estaba volviendo loco.

Dan dio un paso atrás. Lentamente, apartó los labios de ella, teniendo cuidado para no dar la impresión de haber cambiado de idea drásticamente.

–Odio tener que recordártelo, Carrie McKenzie –le dijo con la voz ronca–. Pero tenemos a un bebé dormido en el piso de abajo. Solo llevamos unos pocos minutos fuera, pero si me sigues distrayendo…

Ella se mordió el labio inferior. Asintió con la cabeza.

–Voy a recoger unas cuantas cosas que nos pueden hacer falta –tomó una de las velas y caminó hasta su dormitorio. Abrió un armario y sacó algunas prendas de ropa.

Bajo la luz parpadeante de la vela, Dan distinguía la silueta de la cama y también algunos objetos de la habitación. Una sonrisa asomó en sus labios. Era el dormitorio de Carrie McKenzie. ¿Alguna vez le invitarían a entrar en él?

No era exactamente lo que esperaba, sin embargo. No había flores, ni tonos rosados.

Tenía una manta de color verde brillante, un montón de almohadas y un edredón a juego enrollado al pie de la cama. Sobre la mesita de noche había algunos libros y una tableta electrónica, además de algunas velas más. Había una cajita plateada encima de la ropa de cama.

Ella miró en esa dirección y Dan vio algo fugaz en su mirada. ¿Acaso había sido pánico lo que había visto? Ella recogió la cajita y la

metió debajo de la cama. Tomó la ropa que estaba sobre la cama y se volvió hacia él.

–Estoy lista.

Era evidente que trataba de distraerle. Su reacción había sido demasiado forzada.

Todo el mundo tenía secretos que ocultar y Carrie McKenzie no era una excepción.

–Vamos. Tenemos que ver a la señora Van Dyke y volver junto a Abraham.

Dan dio media vuelta y fue tras ella. De repente, una idea irrumpió entre sus pensamientos. No había nada personal en el apartamento, ni fotos siquiera.

Una extraña sensación le recorrió la espalda. Todas las mujeres a las que conocía tenían fotos de amigos y familia por todas partes. Incluso él mismo tenía algunas instantáneas en algunos sitios de su apartamento. Carrie, en cambio, no tenía ni una.

–Dan, ¿ocurre algo? Vamos –Carrie se asomó por la puerta.

Su impaciencia se hacía notar.

Tras mirar a su alrededor por última vez, la siguió al exterior, cerrando la puerta tras de sí.

Carrie McKenzie guardaba unos cuantos secretos que despertaban su curiosidad… y estaba decidido a llegar al fondo de la cuestión.

Capítulo Siete

Cuando Carrie abrió los ojos esa mañana, la primera imagen que vio no era la que solía ver todos los días.

Paredes azules y ropa de cama de color blanco.

La desorientación, no obstante, acabó en una fracción de segundo. Respiró profundamente. Resultaba extraño despertarse en la cama de otra persona.

La casa de Dan desprendía mucho más calor de hogar que la suya, pero eso era comprensible. Él había pasado casi toda la vida en ese apartamento. Aparte de la televisión y el equipo digital de sonido de última generación, también había pequeños adornos, viejas fotos enmarcadas y algunos muebles antiguos. La pequeña mesa de madera oscura que estaba junto a la puerta era su pieza favorita. Él no le había contado cómo había terminado viviendo con su abuela, pero no quería ser indiscreta, de la misma forma que tampoco quería que él se inmiscuyera demasiado en su vida.

Una sonrisa inconsciente se dibujó en sus labios. Él la había besado. Había sido su primer beso desde…

Y había sido tan agradable. Se había sentido tan bien. Pero el beso de Dan también había encendido muchas otras cosas en su interior. La noche anterior apenas había sido capaz de dormir.

Miró a su alrededor. Había un par de botas en el suelo, junto con unos vaqueros colgados del respaldo de una silla. Casi podía ver la silueta de su cuerpo dentro de esos pantalones, y la mera idea la hacía sentir un cosquilleo que le corría por la piel.

Dan había decidido hacer el turno de noche. Carrie estaba segura de que el soborno con dos raciones extra de la tarta de chocolate habían sido suficiente para hacerle pasar la noche en su incómodo sofá lleno de bultos.

Abraham. El niño se presentó en su mente como un relámpago y la hizo incorporarse en la cama de golpe. No le había oído llorar. No le había oído en absoluto.

Un escalofrío la recorrió por dentro, llegándole hasta la base del estómago. Se levantó rápidamente y salió del dormitorio a toda velocidad. Con el corazón en un puño, se inclinó sobre la cuna.

Vacía. Estaba vacía.

Dio media vuelta.

–Dan –se detuvo en seco.

Estaba sentado en el sofá, completamente dormido con el bebé apoyado sobre el hombro. Estaba claro que se había perdido unas cuantas cosas la noche anterior. ¿Por qué no la había despertado? ¿Y por qué no había oído nada?

Él abrió los ojos y se los frotó con el brazo escayolado.

–Si despiertas a mi bebé, te mato –le dijo, recordándole sus propias palabras de un día antes.

–Lo siento. Acabo de despertarme y de repente me di cuenta de que no le había oído en toda la noche. Pensé que algo andaba mal. Y entonces vi que no estaba en la cuna y… –se detuvo para retomar el aliento, consciente en todo momento de la expresión de Dan–. ¿Qué? ¿Qué pasa?

La frialdad del suelo de parqué comenzaba a subirle por las piernas, poniéndole la carne de gallina.

–¡Oh! –se tapó los pechos con ambas manos.

Algunas reacciones físicas no eran para el público en general.

Dan no se había equivocado respecto a su otra ropa de cama. El fino camisón de satén que llevaba le cubría el trasero y poco más. La noche anterior llevaba la bata puesta, su eterna protección, y no se la había quitado hasta que se había metido en la cama, pero entonces había vuelto la electricidad y la temperatura había subido más de lo habitual en el apartamento. Ambos habían acordado subir el termostato para compensar la falta de ropa infantil, así que le había resultado imposible envolverse en su grueso pijama de siempre sin ponerse a sudar. Además, jamás se le hubiera ocurrido pensar que Dan pudiera llegar a verla con esa ropa de cama.

El frío suelo había tenido el efecto esperable sobre su cuerpo y los pezones se le habían puesto de punta.

–Dame un segundo –le dijo rápidamente, corriendo hacia el dormitorio para recoger la bata.

Volvió a salir unos minutos más tarde, intentando contener el nerviosismo que se había apoderado de ella.

–Voy a preparar el desayuno esta mañana –le dijo con un entusiasmo forzado–. Ayer fue un desayuno estadounidense. Hiciste tortitas, así que hoy voy a hacer té y tostadas con mermelada.

Dan no era capaz de borrar la sonrisa que dibujaban sus labios, por mucho que ella tratara de cambiar de tema. Sacudió la cabeza.

–Detecto ciertas tácticas de distracción, Carrie McKenzie. Pero como soy un caballero con el estómago vacío, lo voy a dejar pasar. Y en cuanto a las tostadas con mermelada… Ni hablar. Ayer saboteaste las tortitas con la mantequilla y la mermelada. Y ni se te ocurra

hacerme té después de la noche que he pasado. Necesito café, un café triple al menos.

Una punzada de culpabilidad atravesó a Carrie. Se sentó junto a él.

–¿Se portó tan mal Abraham anoche? Lo siento mucho. No oí nada.

–Ya me di cuenta –Dan sacudió la cabeza y le dedicó una sonrisa de cansancio–. Si te hubiera necesitado, Carrie, te hubiera despertado, pero no fue para tanto –hizo una pausa–. Bueno, en realidad, sí fue para tanto, pero cerré la puerta para que no oyeras nada. Pensé que ya habías tenido bastante y que una noche en vela no te ayudaría en absoluto.

Carrie se quedó perpleja. No era ningún secreto que no había sido capaz de disimular delante de Dan. Él ya le había preguntado qué le ocurría en más de una ocasión y ella no le había respondido.

Apartó la mirada. En la televisión seguía apareciendo la cinta amarilla del teletipo que anunciaba más nevadas. Al parecer, cada vez había más gente aislada.

–Parece que va a nevar más –le dijo, mirando hacia la televisión.

Él suspiró.

–Sí –se encogió de hombros, mirándola a los ojos–. Parece que no vamos a ir a ninguna parte de momento.

–Al menos, ha vuelto la electricidad. Podré esterilizar las cosas y preparar más biberones.

Las cosas prácticas… Siempre pensaba en ellas primero, pero también había algo más… Tendrían que pasar al menos otro día más aislados, otro día más con Dan, otro día más con el bebé.

De repente, algo pasó en su interior. Fue como si una chispa saltara en su cabeza. Esa era su oportunidad. Era el momento. Pero no tenía el valor suficiente. Extendió los brazos hacia Abraham. ¿Se daría cuenta Dan de que le temblaban las manos?

–¿Puedo?

Él asintió y le entregó al bebé, que aún seguía adormilado. A Abraham no parecía importarle el cambio de manos y no tardó en acurrucarse sobre su hombro.

De pronto se oyó un sonido húmedo que fue seguido de un olor intenso que invadió todo el apartamento. Carrie arrugó la nariz.

–Oh, Abraham. ¿Cómo has podido?

Le colocó en la cuna.

–Me parece que va a haber que bañarle, señorito.

–Pero ¿cómo vamos a hacerlo? No tenemos una bañera para bebés.

Carrie fue hacia el fregadero.

–Podemos improvisar. Esto es lo mejor que tenemos. ¿Nunca te bañaron en el fregadero cuando eras pequeño?

Él sacudió la cabeza.

–No recuerdo nada parecido. ¿Es una tradición inglesa?

Carrie comenzó a lavar el fregadero.

–Supongo que sí entonces. Mi abuela me hizo algunas fotos, sentada dentro del fregadero. Yo creía que todo el mundo lo hacía.

Carrie le bañó a conciencia, disfrutando del primer baño que le daba a un bebé. Una vez terminó, tomó algunas bolitas de algodón y le cambió de posición para asegurarse de que no quedara ningún resto de suciedad en su espalda.

Y entonces ocurrió.

El niño se estremeció violentamente y Carrie se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal.

Le dio la vuelta. Trataba de asirle con fuerza, pero sus manos, temblorosas, apenas le respondían. El pánico empezaba a apoderarse de ella. El niño estaba muy pálido. Su rostro tenía una palidez mortal. Era casi como si estuviera conteniendo la respiración.

–¡No! ¡No!

Carrie dejó escapar un grito. No pudo evitarlo. El mundo se había vuelto muy pequeño a su alrededor de repente. Agarró al pequeño por debajo de los brazos y se lo entregó a Dan justo cuando entraba por la puerta.

–Carrie, ¿qué sucede?

Carrie no podía parar. No era capaz de respirar. Los pies la llevaron hasta el pasillo, y más allá. Casi corriendo, salió al exterior y se detuvo en los peldaños que daban acceso al edificio, los peldaños sobre los que le había encontrado unos días antes.

De pronto se echó a llorar y fue entonces cuando sintió una mano sobre los hombros y la presencia de alguien que acababa de sentarse a su lado. Pero él no dijo nada. Simplemente, se limitó a abrazarla, a rodearla con el brazo.

–Cuéntame, Carrie. Dime cómo puedo ayudarte.

–No puedes, Dan. Me ha dado un ataque de pánico. Pensé que había dejado de respirar.

–Está bien, Carrie. Abraham está perfectamente bien –le sujetó la barbilla y la hizo mirarle a los ojos–. Pero tú no lo estás –deslizó un nudillo sobre el rastro que habían dejado las lágrimas sobre su mejilla–. No estás bien, Carrie. ¿Por qué…? ¿Por qué te cuesta tanto cuidar de un bebé?

–Porque una vez tuve uno.

Le oyó contener el aliento, pero no reaccionó tal y como había esperado que lo hiciera. Hubo un momento de absoluto silencio.

–¿Cuándo lo tuviste?

–El año pasado.
–Oh.
–Sí, oh –repitió Carrie.
Él se puso en pie y tiró de ella.
–Vamos dentro, con Abraham.
El niño estaba envuelto en una toalla. Sus piececitos desnudos daban patadas en el aire.
Cuando Dan cerró la puerta tras ellos, Carrie supo lo que tenía que hacer. Tomó al pequeño en brazos y le sostuvo contra su pecho, respirando profundamente.
–No fue hace mucho –sus palabras sonaban más firmes de lo que había esperado.
A lo mejor era porque estaba con él. Empezaba a sentir que podía contarle cualquier cosa.
–El quince de mayo, el año pasado. Tuve una niña. Ruby. Nació muerta.
Se produjo otro silencio. Y entonces Dan puso la mano encima de la suya, apretándosela.
–Siento que hayas perdido a tu hija, Carrie. Debió de ser terrible para ti.
Carrie sintió lágrimas en los ojos nuevamente.
–Gracias, Dan –susurró.
–¿Tienes algo de ella en esa cajita plateada?–le preguntó él de repente, sorprendiéndola.
–¿Cómo sabes…?
–La vi encima de tu cama cuando estábamos en tu casa. Vi cómo la mirabas –le ofreció una tímida sonrisa. Una lágrima cayó sobre la mejilla de Carrie.
–Intento ahuyentar los recuerdos. Es por eso por lo que estoy en Nueva York. Me pareció que era el momento de marcharme a otro sitio.
Dan deslizó el dedo a lo largo de su mano, subiendo hasta su esternón. Su voz sonaba tan intensa…
–No puedes huir de lo que hay aquí, Carrie. Eso seguirá siempre contigo. No importa donde estés.
–Lo sé. Pero a veces lo que tienes aquí dentro resulta más fácil de manejar si tienes espacio para lidiar con ello.
–¿Y ha sido así? ¿Ha sido más fácil, Carrie?
–Pensaba que sí. Pensaba que ya empezaba a acostumbrarme, a hacerme a la idea –miró a Abraham–. Hasta ahora, hasta que le encontré a él.
–No me extraña que no quisieras ayudarme y que intentaras buscar

toda clase de excusas.

Se volvió hasta ponerse de frente a ella.

–Lo siento mucho, Carrie. No sabía lo duro que era todo esto para ti. Pero realmente necesitaba tu ayuda. No podía hacer todo esto solo. No sé nada de bebés.

Las lágrimas seguían brotando de los ojos de Carrie.

–Y yo tampoco sé nada, Dan. No llegué a tener la oportunidad de averiguarlo. Y me preocupa hacer algo mal. ¿Y si fue por culpa mía por lo que Ruby nació muerta? ¿Y si fue por algo que hice, o por algo que comí?

Dan le puso las manos sobre los hombros.

–No, Carrie. No te hagas esto a ti misma. Hemos hablado con Shana y ya oíste lo que dijo. En cuanto le sea posible, lo preparará todo para examinar a Abraham. Hoy no pasó nada cuando le bañaste. Seguramente, Abraham solo estaba conteniendo la respiración… Todo lo que tú haces está bien hecho, por mucho que te cueste enfrentarte a esto. ¡Yo ni siquiera fui capaz de ponerle un pañal correctamente! –le apretó los hombros–. No sé lo que le pasó a Ruby, pero no puedo creer que haya sido culpa tuya. ¿Alguna vez te dijeron qué ocurrió? ¿Qué dijo el médico?

–Nada. No encontraron nada. Aunque fuera un poco prematura, Ruby tenía el peso y el tamaño adecuados.

Dan levantó la mirada lentamente, con precaución.

–¿Y el padre de Ruby?

–El padre de Ruby… –Carrie sacudió la cabeza. Sobre su alma aún pesaba un poco de culpa–. Mark era un buen tipo, pero ninguno de los dos fue capaz de superar lo que había pasado.

–A mí me parece que el recuerdo de Ruby siempre te va a acompañar, estés con Mark o no.

Carrie le miró fijamente. Por primera vez había un surco en su entrecejo y en ese momento solo deseaba extender el brazo y borrar ese ceño fruncido con una caricia.

La conexión con Dan Cooper se hacía cada vez más fuerte, y él también la sentía.

–No quiero olvidar nunca a mi hija, Daniel. No podría hacerlo y jamás querría hacerlo. Tengo cosas en esa cajita plateada, su primera ecografía… Y también guardo algunas fotos. Pero…

Se detuvo, incapaz de seguir hablando. El recuerdo de las fotografías era demasiado doloroso.

Dan volvió a poner la mano sobre la suya y se la apretó con fuerza.

–Bueno, ¿qué te parece si me ayudas con Abraham? Sé que es difícil para ti, Carrie, pero realmente necesito tu ayuda – pronunció

las palabras con sumo cuidado, como si tratara de no causarle más dolor.

Ella se tomó unos segundos para contestar.

–Es extraño. No es lo que esperaba. Llevo meses esquivando a los bebés a toda costa. Si alguna amiga estaba a punto de dar a luz, buscaba cualquier excusa para no ir a verla y le mandaba un regalo. Creo que todas lo entendían. Pensé que Abraham se convertiría en mi peor pesadilla.

–¿Y?

–Y… –miró esa carita diminuta que se acurrucaba contra su hombro–. No es tan malo como esperaba.

–Entonces, ¿puedes hacerlo? Lo entenderé, Carrie. Lo entenderé si me dices que no y quieres volver a tu apartamento.

Ella se lo pensó durante unos segundos. No podía negar que tan solo un momento antes había contemplado la posibilidad, pero entonces, justo en ese instante, Abraham se movió y se acurrucó un poco más cerca de su cuello.

Respiró profundamente. Dan la observaba. Contenía el aliento.

–Ahora lo entiendes, pero hace dos noches no entendías nada –recordaba su expresión de sorpresa cuando la había visto salir del apartamento a toda prisa.

–Tienes razón. Pensé que eras un poco rara. Pero estaba desesperado y por eso en ese momento no me importó demasiado –se tocó el pecho–. Pero lo sé, Carrie. Aquí dentro sé distinguir quién es una buena persona y quién no. Y no creas que es porque soy policía. Siempre he sido así, desde que era niño.

Había sombras en sus ojos. Le estaba revelando una pequeña parte de sí mismo, quizás sin darse cuenta siquiera.

Carrie levantó un brazo y le acarició una mejilla. Una fina barba incipiente le hizo cosquillas en las yemas de los dedos. Aún no se había afeitado ese día y la sensación era muy agradable.

–¿Y quieres mantenerte alejado de mí, Dan?

Él la miraba con esos grandes ojos, oscuros, unos ojos que parecían ejercer una atracción magnética sobre ella. De repente le dedicó una sonrisa sexy, de esas que hacían que le diera un vuelco el estómago.

–En absoluto. Ni por un segundo lo he pensado –susurró y entonces se inclinó un poco para rozarle los labios con los suyos.

Fue hermoso, el beso más sutil del mundo.

Carrie aún tenía a Abraham en los brazos. En otras circunstancias, tal vez se hubiera sentido tentada de librarse de la bata y quizás se hubiera subido a su regazo. Él estaba absolutamente concentrado en sus labios. Continuaba acariciándole un lado de la cara con las yemas

de los dedos y el beso se hacía cada vez más ardiente. Poco a poco introducía la lengua dentro de su boca y Carrie sentía el calor creciente que la invadía por completo, calentándole las piernas y subiendo por todo su cuerpo.

Como si hubiera sentido de repente adónde iba a parar todo aquello, Dan retrocedió. Durante una fracción de segundo Carrie se sintió perdida. Abrió los ojos de nuevo y entonces se dio cuenta de que él sonreía.

–¿Qué te parece, Carrie McKenzie? ¿Vas a ser mi cómplice en el crimen? ¿Podemos contar contigo Abraham y yo?

Ella aguzó la mirada. Con sus palabras dulces y sus besos, Dan Cooper era capaz de convencer a cualquiera.

–¿Haces esto por la tarta de chocolate? –le preguntó ella, arqueando las cejas.

Él sonrió.

–Definitivamente, lo hago por la tarta de chocolate.

–Bueno, entonces estamos en paz, porque yo lo hago por la tarta de zanahoria, y por las tortitas.

–Eso es justo lo que más me gusta, una mujer con sus prioridades bien claras –se levantó del sofá y le tendió las manos para que le entregara al bebé.

–¿Quieres que tome el relevo un rato?

–Oh, no –le dijo él al tiempo que tomaba a Abraham en los brazos.

De repente, se fijó en sus piernas desnudas y en las uñas de sus pies, pintadas y con la manicura perfecta.

–Lo que quiero que hagas es que te pongas un poco de ropa. Me distraes demasiado así.

Ella se puso de pie y dejó que se le abriera un poco la bata de forma deliberada, solo para molestarle un poco.

–Bueno, no queremos distracciones, ¿no? –le dijo en un tono juguetón, caminando en dirección a la puerta.

Las mejillas de Dan se tiñeron de color y Carrie sonrió. De repente sentía que había recuperado algo de control. Por fin sentía que las cosas no se le escurrían entre los dedos de las manos como cristales de arena.

Giró el picaporte.

–¿Carrie?

Ella se dio la vuelta.

Dan estaba de pie, con el niño en los brazos. Parecía el hombre de familia perfecto, el hombre al que se había imaginado en sus sueños.

–No tardes.

Carrie trató de decir algo ingenioso, pero no se le ocurrió nada en

ese momento.

–Por supuesto –murmuró, apresurándose por las escaleras.

El engranaje de su mente se había puesto en marcha de nuevo.

Ya no había ninguna duda: Dan Cooper la estaba volviendo loca.

Capítulo Ocho

La noche había sido dura. Dan se había pasado casi toda la madrugada dando vueltas con un bebé que lloraba sin parar en los brazos. En un momento dado le había dejado en la cuna un instante y se había ido a la cocina unos minutos, para recobrar el aliento.

Sin embargo, en cuanto vio reaparecer a Carrie, con la cara fresca y con esa coleta alborotada, el cansancio desapareció de golpe. Había algo en esos rizos de color castaño y en esos ojos azules que le estaba volviendo loco. Y por fin lo entendía. Por fin sabía de qué se trataba.

Tal vez no lo comprendiera del todo. A lo mejor no llegaba a asimilar la dimensión de lo que suponía perder a un hijo, pero al menos ya tenía una explicación para las oscuras sombras que veía bajo sus ojos.

Justo cuando ella entraba por la puerta, con una camiseta de color rosa y unos vaqueros, su estómago rugió de manera poco discreta.

Ella se rio de inmediato.

–¿Me has llamado?

Él asintió, mirando el tarro de mermelada de limón que asía contra el pecho.

–Las cosas ya han llegado a tal punto que ni siquiera voy a protestar por la mermelada y las tostadas. Me has matado de hambre durante tanto tiempo que estoy dispuesto a hacer ciertas concesiones.

Fue hacia la cuna y colocó a Abraham en ella.

Carrie fue hacia la tostadora e introdujo las últimas rebanadas de pan.

–Yo estoy dispuesta a ceder en una cosa. Te haré café, en vez de té, pero solo porque has tenido muy mala noche. A lo mejor hago pastelitos de té esta tarde y quizás te obligue a beber un té.

Dan sintió que las orejas se le erizaban. Ya se estaban agotando las provisiones que habían comprado, a pesar de que solo habían pasado un par de días.

–Nunca he tomado esa clase de pasteles. ¿Con qué los tomáis?

Carrie se encogió de hombros.

–Debería ser mermelada y nata, pero también se pueden tomar con mantequilla en lugar de la nata. ¿Quieres que los haga de frutas o normales?

Dan puso los ojos en blanco.

–Supongo que el beicon no es una opción, ¿no?

Al ver la cara de horror de Carrie, esbozó una sonrisa. – ¿También tienes un alijo secreto de frutas secas ahí arriba?

Carrie apoyó una mano en la cadera y le dedicó una mirada desafiante.

–Tengo un montón de cosas ahí arriba de las que no tienes ni idea.

Dan dejó escapar el aliento bruscamente.

–Mujer, me vas a volver loco.

Las tostadas saltaron en ese momento y Carrie se puso a untarlas con mantequilla y mermelada. Sacó dos platos y dos tazas y terminó de preparar el desayuno en un tiempo récord.

Era casi como si Abraham tuviera una antena conectada. En cuanto Carrie pasó junto a la cuna, comenzó a quejarse. Ella miró el reloj.

–¿Cuándo fue su última toma?

–Creo que fue alrededor de las cuatro. Este niño es como un reloj. No ha dejado pasar ni cuatro horas.

–Bueno, ahora me toca a mí darle de comer. Voy a preparar el biberón.

Sacó el biberón y una tetina de la solución esterilizadora y midió la cantidad de leche maternizada.

Dan miraba las tostadas con mermelada como si hubieran caído del cielo.

–Esto está mucho mejor de lo que recordaba –dijo–. O a lo mejor es solo que tengo tanta hambre que podría comerme cualquier cosa –miró las tostadas–. Nunca me gustó mucho la mermelada –un escalofrío le recorrió por dentro–. No recuerdo que supiera tan bien.

Ella le dedicó una sonrisa.

–Es uno de mis secretos. Seguramente tomabas mermelada de naranja cuando eras niño. A mí tampoco me gusta. Esta es mucho mejor, de limón. Me la traje de Londres.

Él arrugó los párpados.

–¿Dónde guardas el tarro?

–Ajá, ese es el secreto. Nunca vas a conseguir que te lo diga.

–¿Nunca? –Dan se puso en pie y sus manos fueron a parar a las caderas de Carrie de inmediato.

Sin perder ni un segundo, reclamó sus labios, sujetándole la mejilla con una mano. Siempre había un componente territorial en su manera de actuar.

Pero lo más curioso era que a Carrie le encantaba. No podía evitar sentir chispas de calor que la recorrían de los pies a la cabeza.

Le rodeó el cuello con ambos brazos al tiempo que sentía sus manos sobre la piel de la espalda. ¿Acaso iban a bajar más sus dedos,

o iban a subir? No sabía muy bien adónde quería que se dirigieran.

De repente, se oyó un grito proveniente de una esquina de la estancia y ambos se separaron de golpe.

Un bebé… Había un bebé en la habitación. Carrie dio un paso hacia la cuna.

–No. Ya voy yo –le dijo Dan, manteniendo las manos sobre sus caderas.

–Pero tú lo has hecho todo esta noche –ella le tocó en el hombro–. Estás exhausto, Dan. Creo que deberías dormir un poco.

Él asintió con la cabeza.

–Y lo haré, en cuanto tú hayas desayunado. Todavía no has podido. Termínate el desayuno y entonces me relevas.

Carrie miró las tostadas y la taza de té humeante. Solo le llevaría cinco minutos tomar el desayuno y después podría ocuparse del niño durante el resto del día.

Dan tenía oscuras ojeras bajo los ojos y era evidente que necesitaba unas cuantas horas de sueño. ¿Podría hacerse cargo de Abraham durante un rato?

De repente, reparó en un pequeño jersey colgado de una esquina de la cuna y entonces tuvo una idea.

«¡Claro! ¡Eso es!», pensó. Se llevaría a Abraham al piso de arriba y le haría una visita a la señora Van Dyke. Al menos de esa forma no tendría que estar sola.

Miró hacia el sofá. Dan ya estaba retirando el biberón de la boca del niño, que bebía a toda velocidad.

–¿Funciona Internet?

Dan se encogió de hombros. Estaba profundamente concentrado.

–No he mirado. ¿Por qué?

–¿Crees que habría alguna forma de pesar a Abraham? A lo mejor no le estamos dando suficiente leche. Siempre parece que engulle la leche a toda velocidad y entonces tiene muchos gases.

La presentadora de las noticias contaba la misma historia una y otra vez. ¿No llevaba la misma chaqueta de unos días antes? La pantalla se llenó de imágenes de coches atrapados, árboles caídos en Central Park y vistas aéreas de todas las calles completamente cubiertas de nieve.

Dan señaló la pantalla.

–Esas son las malas noticias, pero, espera, ahora vienen las buenas.

Carrie miró hacia la televisión. Definitivamente, había visto esa chaqueta antes. Seguramente, el vestuario de la cadena de noticias también había cerrado, al igual que el resto de Nueva York.

–«Y los comedores vecinales están apareciendo por toda la ciudad»

–decía la presentadora–. «El último en aparecer lo ha hecho en el Lower East Side de Manhattan, en Sara D. Roosevelt Park, y los vecinos de la zona están disfrutando de la oportunidad de reunirse para tomar un plato de comida caliente».

La cámara apuntó hacia un grupo de niños que estaba construyendo un muñeco de nieve gigante en el parque. Varios vecinos se agrupaban a su alrededor con vasos que contenían algo caliente y humeante en las manos.

–Vaya. Ese muñeco es enorme. No creo que los niños hayan podido hacerlo. No llegan tan alto.

–¿Acaso detecto cierta envidia navideña? –le preguntó Dan con un gesto burlón.

Carrie se encogió de hombros.

–A lo mejor. No recuerdo la última vez que hice un muñeco de nieve. Debía de tener unos diez años.

Dan se dirigió hacia la ventana, balanceando a Abraham en los brazos. Ya era hora de sacarle los gases de nuevo.

–La mayoría de los apartamentos de esta zona no tiene jardín, pero sí que hay muchos parques. ¿Has estado en Washington Square Park?

Ella fue a reunirse con él junto a la ventana y contempló el callejón cubierto de nieve.

–Si pensara que tenemos alguna posibilidad de llegar hasta allí, te pediría que me llevaras.

Tocó una de las manitas de Abraham.

–Pero no podemos llevar a este jovencito por ahí sin ropa adecuada, sin una chaqueta o un mono de invierno. Supongo que eso significa que estamos atrapados aquí.

En cuanto Carrie pronunció las palabras, se dio cuenta de que no eran las adecuadas, pero ya era demasiado tarde para retirarlas. Dan se puso tenso y el ambiente cambió de inmediato.

–Supongo que las acciones de otros repercuten en todos.

Carrie seguía acariciando la manita del pequeño.

–No lo sabemos, Dan. No sabemos nada.

Él se volvió hacia ella.

–Claro que sí lo sabemos. Mírale, mira a este bebé indefenso. Le dejaron a la intemperie en medio de una nevada, sin ropa. Podría haber muerto, Carrie.

–No. No digas eso. No quiero pensar en eso. No puedo pensar en eso –le dijo, mirándole fijamente, sin darle una tregua–. ¿Por qué te muestras tan crítico, Dan? Seguro que ves muchas cosas cada día en tu trabajo. Yo pensaba que eso te haría ser más comprensivo con la gente, en vez de jugar a ser juez de todo el mundo.

–Yo no juzgo –le dijo él en un tono cortante.

Abraham se encogió al oír su voz, algo más fuerte que de costumbre.

–Bueno, yo creo que sí. Creo que eso es lo único que has hecho desde que yo encontré a Abraham y le traje aquí.

Él abrió la boca para protestar, pero el sentido común ganó la batalla. Carrie casi podía sentir cómo se mordía la lengua y eso la molestaba.

–Suéltalo, Dan.

–No creo que sea una buena idea –masculló él entre dientes.

Ella caminó hasta él y se detuvo justo delante, demostrándole que no se iba a dejar intimidar.

–Bueno, ¿puedes besarme hasta hacerme perder el juicio, y no vas a decirme lo que sientes?

–Déjalo estar, Carrie.

–¿Por qué? ¿No es normal que estemos en desacuerdo en algunas cosas? Ninguna persona que estuviera en su sano juicio abandonaría a este bebé, no sin tener una buena razón. Apuesto a que ahora está en algún sitio, llorando y aterrorizada. Apuesto a que ha pasado las dos últimas noches en vela, muy preocupada por su hijo.

Dan sacudió la cabeza.

–No sé si tienes razón, Carrie. La gente buena no hace cosas como esta. La gente buena no abandona a bebés en la calle, ni les hace sufrir.

–¿Adónde quieres llegar, Dan? ¿Cuál crees que era la prioridad de la madre de Abraham?

Él no fue capaz de mirarla a los ojos. Caminó hasta la ventana y contempló la nieve.

–Las drogas, Carrie. Creo que sus padres estaban buscando su dosis diaria.

Carrie se tapó la boca con una mano. No se le había ocurrido pensar en eso.

–No –fue hacia la cuna a toda velocidad y miró al niño.

El pequeño movía los párpados rápidamente, como si tratara de focalizar la mirada en las formas cambiantes que se movían a su alrededor.

–No, Dan. No puede ser. De ninguna manera. Lo sabríamos. Abraham mostraría algún síntoma. Los bebés de adictos muestran síntomas del síndrome de abstinencia, ¿no? Si la madre de Abraham hubiera sido una adicta, entonces Abraham ya estaría llorando a gritos a estas alturas.

–¿Y no ha pasado las dos noches pasadas llorando sin parar?

Carrie sacudió la cabeza. No importaba que no fuera una experta. Conocía lo suficiente al respecto como para saber que esa no era una posibilidad.

–Estaría enfermo, Dan, muy enfermo. Pero Abraham no lo está. Mírale –se puso al otro lado de la cuna para que él pudiera verle bien–. No está enfermo de esa manera.

La expresión de Dan no dejaba lugar a dudas. Era evidente que no estaba dispuesto a ceder. Ni siquiera quería plantearse la posibilidad de que pudiera estar equivocado.

Carrie respiró profundamente. Estaban al borde de una discusión seria y no quería llegar ahí.

–Dan, estás cansado y eso te pone de mal humor. Sé lo que es eso. Créeme. Dejémoslo ahí. Vete a dormir unas horas. Voy a llevarme a Abraham arriba y le haremos una visita a la señora Van Dyke. Estará encantada de verle y… ¿Quién sabe? A lo mejor me da algunos buenos consejos.

Estaba claro que Dan aún tenía ganas de seguir discutiendo, pero la fatiga ya empezaba a pasarle factura.

–Muy bien. Me iré a dormir –él se dirigió hacia el dormitorio, pero justo antes de llegar a la puerta se dio la vuelta–. Pregúntale a la señora Van Dyke si quiere algo, lo que sea. Puedo llamar al señor Meltzer y bajar a la tienda en unas horas. Además, necesitamos más provisiones, y algunas cosas para Abraham.

Por fin había aflorado. A pesar de las reticencias y los conflictos, el auténtico Dan Cooper siempre aparecía en el momento justo.

Carrie tomó a Abraham de la cuna. Le dio un golpecito en la punta de la nariz y le ofreció su mejor sonrisa. De repente, Dan la sorprendió apareciendo a su lado y le dio un beso al niño en la frente.

–No voy a dejar que le pase nada a este jovencito, Carrie. Nada.

Sus palabras no fueron más que un susurro, pero sonaron firmes. Dio media vuelta y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo Nueve

Carrie subió las escaleras lentamente, con Abraham en los brazos.

La manera en que Dan la había besado casi la había hecho perder el control. Estaba lista para pelear con él, para discutir sobre ese punto de vista tan intransigente. Pero Daniel Cooper era un buen tipo y su comportamiento más reciente así lo demostraba. Había mucho más, muchas cosas que se le escapaban.

Llegó a la casa de la señora Van Dyke y llamó a la puerta.

–¿Señora Van Dyke? Soy Carrie, la vecina de enfrente. ¿Puedo entrar?

Oyó un sonido casi imperceptible proveniente del otro lado de la puerta. Una vez más, la melodía de cabecera de Diagnóstico asesinato sonaba a todo volumen.

Giró el picaporte y entró. Atravesó la estancia y se agachó junto al butacón de cuero marrón de la señora Van Dyke.

Recolocó a Abraham entre sus manos para que la anciana pudiera mirarle bien.

–Mire quién ha venido a visitarla.

La señora tomó el mando a distancia y silenció la televisión. –Bueno, pero ¿qué tenemos aquí? –exclamó, deslizando la yema de un dedo sobre la mejilla del pequeño.

–Le llamamos Abraham. Ya han pasado tres días, pero sigue sin haber rastro de la madre.

–¿Puedo? –la señora Van Dyke extendió los brazos.

Carrie titubeó durante un instante, pero finalmente puso al bebé en las temblorosas manos de la anciana. Esta colocó al pequeño sobre su regazo y le sujetó la cabecita mientras se inclinaba hacia delante para hablarle en un tono dulce, acariciándole la mejilla en todo momento con la punta del dedo.

Carrie no oía lo que decía. Era como si estuviera manteniendo toda una conversación privada con el pequeño, que había abierto los ojos y la observaba con atención.

Se sentó en el antiguo sofá de cuero.

–Dan me pidió que le preguntara si necesita algo. Va a llamar al señor Meltzer y va a bajar a la tienda luego. Si quiere, puede darme una lista con las cosas que necesita.

–Es tan buen chico, mi Daniel. Me sorprende que no haya venido él

mismo.

Carrie sintió el calor del rubor en las mejillas. No sabía muy bien qué decir.

–Estaba muy cansado. Abraham le mantuvo despierto casi toda la noche. Yo le dije que durmiera un poco y que yo vendría a verla.

La frase había sonado casi como si fueran una pareja casada y Carrie solo podía esperar que la anciana no hubiera reparado en ese pequeño detalle. Pero la señora Van Dyke era demasiado espabilada como para no notar algo así.

–Me vendrían bien algunas cosas –le dijo a Carrie lentamente.

–No se preocupe. ¿Qué necesita?

–Leche en polvo. Ya no quedará leche fresca. Y galletas de chocolate, latas de sopa.

–¿Qué clase de sopa le gusta?

La señora Van Dyke sonrió mientras jugaba con Abraham sobre su regazo.

–Oh, no te preocupes por eso. Daniel sabe exactamente qué traerme –volvió a mirar a Carrie–. A veces me pregunto qué haría sin él.

Era evidente que se conocían desde hacía mucho tiempo. ¿Cuántas cosas habrían compartido?

Carrie ahuyentó los interrogantes.

–A usted esto se le da mucho mejor que a mí. A lo mejor puede darme algunos consejos.

–¿Consejos? ¿Para qué vas a necesitar consejos?

–Porque no se me dan muy bien los bebés. Me parece que se bebe la leche demasiado deprisa. Tiene muchos gases y se pasa casi toda la noche llorando a gritos. No sé cuánto podrá pesar, así que no sé si le estamos dando suficiente leche o no. Todo esto de los bebés es muy confuso.

La señora Van Dyke le dedicó una de sus sonrisas más dulces justo en el momento que Abraham le agarraba un dedo con su manita diminuta.

–Estoy segura de que esto se te da mucho mejor de lo que crees. Pesa algo menos de tres kilos.

–¿Cómo lo sabe? –le preguntó Carrie, sorprendida.

–Simplemente, lo sé. Son muchos años de experiencia. Puede que haya sido prematuro por unas pocas semanas –tocó el rostro del niño de nuevo–. Pero la ictericia se le quitará dentro de unos días. ¿Le has puesto junto a la ventana, para que le dé la luz del día?

Carrie asintió.

–Dan tiene una amiga que es pediatra en Angel's Children's

Hospital. Ella nos dijo qué debíamos hacer. Solo quisiera que pudiéramos llevarle al hospital para que le examinaran bien.

–No hace falta. Está bien. Y en cuanto a los gases, es un recién nacido. Ya se le pasará –le sujetó por debajo de los brazos y le incorporó–. Es un cambio muy grande salir a este mundo grande y malo. Hace unos días estaba dentro de un capullo protector. Le daban de comer y cuidaban de él. Ahora tiene que aprender a hacerlo todo él.

Carrie sintió una punzada de inquietud.

–Ojalá Dan pensara lo mismo.

Los ojos de la señora Van Dyke se posaron sobre ella en una fracción de segundo.

–¿Pensar qué?

Su tono de voz sonaba ligeramente afilado. Había un instinto protector en sus palabras. De repente, Carrie se dio cuenta. La señora Van Dyke conocía a Daniel desde que era un niño.

¿Qué más sabría sobre él?

–Dan cree que a los padres de Abraham no les importaba su hijo. No cree que hayan cuidado de él. Cree que podrían ser drogadictos.

Carrie vio cómo se tensaban los hombros de la señora Van Dyke. A lo mejor había sido un error referirse a las drogas delante de alguien de una edad tan avanzada.

La señora, sin embargo, simplemente sacudió la cabeza.

–No –su mirada se mantenía sobre Abraham–. La madre no era drogadicta, al menos.

Carrie se echó hacia atrás en el sofá de cuero. Aunque pareciera que tuviera mil años, era firme y cómodo.

–Entonces, ¿qué pasó? Es que no lo comprendo. No hago más que pensar en todas las razones que alguien podría tener para renunciar a su hijo, pero ninguna es lo bastante buena. –No todas las mujeres han tenido la vida que tú has tenido, Carrie –la señora Van Dyke pronunció las palabras en un tono calmo, casi un susurro.

La intensidad de su voz, la voz de la experiencia, hizo que a Carrie se llenaran los ojos de lágrimas de manera inesperada.

–Habla como si yo hubiera vivido una vida de ensueño.

–¿Acaso no ha sido así?

Carrie sacudió la cabeza con firmeza.

–No lo creo. El año pasado perdí a mi hija. Nació muerta – miró a Abraham. Le temblaba la voz–. Vine a Nueva York para alejarme de los bebés, para huir de los recuerdos.

La señora Van Dyke guardó silencio durante unos segundos. A lo mejor sí la había sorprendido, pero la señora Van Dyke no parecía ser

de las impresionables.

Su respuesta fue calculada y comedida.

–Parece que ambas compartimos el dolor de la pérdida de un niño. Al menos con Peter yo tuve la oportunidad de conocerle un poco. Llegué a compartir una pequeña parte de su vida. Siento que tú no hayas tenido esa oportunidad, Carrie.

–Usted tuvo cinco hijos, ¿no?

La señora Van Dyke asintió.

–Peter era el más pequeño. David, Ronald, Anne y Lisbeth ya viven con sus familias.

–¿Alguno sigue viviendo en Nueva York?

De repente, la mirada de la señora Van Dyke se volvió triste.

–Desafortunadamente, no. David está en Boston. Ronald vive en Washington. Lisbeth se casó con un holandés y vive en Holanda ahora. Anne se casó con un vaquero y vive en un rancho de Texas. No hace más que intentar convencerme para que me vaya a vivir con su familia y con ella. Tiene una casa preciosa, una familia maravillosa. Pero a mí me parece que en Texas hace demasiado calor. De vez en cuando voy a visitarla. Daniel me lleva al aeropuerto y yo me quedo con Anne durante parte del invierno. Pero Nueva York es mi hogar. Siempre lo será –titubeó durante un momento y entonces la miró a los ojos–. Y Peter está aquí. Claro. Jamás dejaría a mi hijo.

Carrie sintió que se le ponía la carne de gallina. No pudo evitar pensar en Ruby, su pequeña hijita, enterrada en un cementerio de Londres.

–Tienes que recordar, Carrie –la voz de la señora Van Dyke interrumpió sus pensamientos–. Nuestros hijos son de Dios. Solo los hemos tomado prestados del cielo. A veces Dios les llama de vuelta antes de lo que esperamos.

Carrie se levantó del sofá y se agachó frente a la anciana.

–Entonces, ¿para qué vamos a malgastar ese tiempo tan precioso? ¿Por qué íbamos a querer perdernos su primera sonrisa, su primer biberón? Todo es demasiado valioso, demasiado efímero como para renunciar a ello así como así. No puedo creer que a la madre de Abraham al menos no le importe su hijo. No puedo creer que haya sido capaz de abandonarle sin pensarlo bien.

–Vivimos en un mundo muy triste, Carrie. Pero a veces tenemos que darnos cuenta de que no todo el mundo tiene el mismo rasero moral y las mismas creencias que tú y yo tenemos.

–Tengo esta horrible sensación de que… –Carrie se tocó el corazón–. Aquí mismo… siento que tengo razón respecto a él. No soy capaz de explicarlo, pero simplemente creo que la madre de Abraham

no le abandonó porque no le quisiera. Creo que es justamente lo contrario. Le abandonó porque le quería mucho.

La señora Van Dyke se echó hacia atrás en su butacón, sosteniendo a Abraham entre sus brazos.

Unos momentos después, habló por fin.

–Me parece que es el momento de hacer algunas preguntas difíciles, Carrie.

–¿Qué clase de preguntas? –le preguntó Carrie, sintiéndose repentinamente incómoda.

–La clase de preguntas que tratas de evitar. ¿Por qué iba a dejar una madre a su hijo en tu puerta precisamente? ¿Qué razones podría tener? ¿Y por qué dejarle en este portal justamente? ¿Por qué no en otro?

Carrie se apoyó en el respaldo del sofá. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a todo eso.

–Creo que necesito algo de tiempo para pensar en ello.

–Creo que sí.

Era como estar en presencia de alguien con una habilidad omnisciente, alguien que sabía todo lo que ocurría, pero que prefería dejar que su interlocutor lo averiguara todo por sí mismo.

Carrie se levantó y tomó a Abraham en brazos de nuevo. Abrazarle le daba algo de consuelo, de seguridad.

–Le diré a Dan que le traiga la compra luego.

–Perfecto, Carrie –la señora asintió con la cabeza–. Has asumido el peso de una gran responsabilidad, y tienes todos mis elogios por ello. Pero Abraham es el bebé de otra persona. Es muy fácil llegar a quererlos y luego es muy difícil dejarles ir. Tienes que protegerte. Tienes que cuidar de tu propio corazón.

Carrie puso una mano sobre la espalda de Abraham.

–Lo sé. Sé que esto es algo temporal que no va a durar. En cuanto deje de nevar, Abraham irá a Angel's Children's Hospital para que le hagan un reconocimiento. El departamento de Servicios Sociales ya está avisado. Seguro que ya tendrán un sitio preparado para acogerle.

Miró hacia la televisión. En ese momento estaba empezando otro episodio más de la serie favorita de la señora Van Dyke.

–La dejo para que pueda ver el programa.

A Carrie le costaba creer que ya llevara una hora allí.

–Gracias por todo, señora Van Dyke.

–No. Gracias a ti, Carrie. Espero verte pronto de nuevo.

–Yo también lo espero.

Se dirigió hacia la puerta. Justo antes de abrirla la televisión comenzó a sonar a todo volumen de nuevo y Abraham se retorció en

sus brazos.

Carrie sonrió al cerrarla y entonces levantó la mirada. Al otro lado del pasillo estaba la puerta de su propio apartamento. Era como si su casa la llamara. Apenas había pasado por allí en los tres días anteriores. De hecho, la última vez que había estado allí había sido cuando Dan la había besado.

Era como si hubiera pasado una eternidad desde aquella mañana.

Apoyó a Abraham sobre el hombro. Sabía exactamente qué hacer a partir de ese momento. Dejaría dormir a Dan un rato más y, con un poco de suerte, después estaría de humor para hablar. Mientras tanto, no obstante, Abraham y ella pasarían algo de tiempo juntos. Además, había alguien a quien quería presentarle.

Capítulo Diez

Tres horas más tarde, ya estaba de vuelta en el apartamento de Dan. Abraham había dormido durante unas cuantas horas y ella se había dedicado a mirar las cosas de la cajita de Ruby mientras tanto.

Daniel apareció en el umbral. Tenía el pelo alborotado y de punta.

–Hola. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Ella miró el reloj.

–Nosotros hemos estado fuera cuatro horas. Tuvimos que regresar porque a Abraham le tocaba el biberón –Carrie vaciló un instante–. Necesitamos más provisiones y la señora Van Dyke necesita algunas cosas. ¿Qué te parece si le dejamos a Abraham un rato?

Él asintió y se frotó los ojos para espabilarse.

–Buen plan.

–¿Ya se nos han acabado los pañales?

Dan revisó lo que quedaba y asintió con la cabeza, mirando en el interior de una lata de leche en polvo casi vacía.

–Ya casi se nos ha acabado todo. Y yo tengo que comprar más café. Es lo único que me mantiene despierto.

Normalmente, no estoy tan cansado.

Carrie caminó hasta él. Abraham estaba sobre su toalla, dando pataditas en el aire.

–Normalmente, no tienes que cuidar de un bebé. ¿Cómo te las arreglas cuando tienes que hacer un turno de noche?

–En las noches de ajetreo no hay problema, pero en las noches tranquilas necesito tomarme hasta seis tazas para mantenerme despierto.

–¿Crees que le quedará de todo al señor Meltzer?

Dan sacudió la cabeza.

–No. Vamos a tener que aventurarnos más lejos. ¿Tienes botas de agua?

–Sí.

–Entonces, sácalas. Ve a cambiarte y yo haré unas cuantas llamadas para ver dónde podemos conseguir lo que necesitamos. ¿Te importa caminar durante unas cuantas manzanas?

–Claro que no. ¿Quieres que lleve a Abraham a la casa de la señora Van Dyke?

Él sacudió la cabeza.

–No. Ya voy yo. Tú ve a cambiarte.

Diez minutos más tarde, Carrie ya estaba lista. Se había puesto su abrigo de lana de color rosa, una bufanda morada y un gorro a juego con el que se había tapado hasta las orejas.

Cuando salieron al exterior el aire frío aún cortaba la piel. Dan se guardó un trozo de papel en el bolsillo y le ofreció una mano a Carrie.

Ella titubeó un instante. El gesto no significaba nada. Simplemente estaba siendo educado y quería ayudarla para que no fuera a resbalar en la nieve.

Puso su mano sobre la de él.

–¿Hasta dónde tenemos que caminar?

El grosor de la nieve caída era mayor de lo que había esperado en un primer momento. No le llegaba al borde de las botas de agua, pero sí se quedaba a unos pocos milímetros.

–Unas cuantas manzanas.

A Carrie no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que caminar a través de la nieve era mucho más difícil de lo que había pensado al principio. Tenía las mejillas heladas y cada vez le costaba más respirar. Ese era el mayor ejercicio físico que había hecho en unos cuantos días.

Pero había algo mágico en el hecho de ser una de las primeras personas que iba dejando huellas en la nieve blanca.

Tras unos diez minutos de caminata se toparon con el primer muñeco de nieve. Lo habían hecho en el medio de la acera, en un ángulo peculiar. El sombrero se le había caído y una de las piedras que tenía por ojos también se había caído al suelo.

Dan sonrió y se detuvo un instante.

–Oh, no. Ya empezamos de nuevo. Esa envidia navideña… –¿De qué hablas? –Te vi la cara cuando veías las noticias. Las tiendas a las que vamos están justo al lado de Washington Square Park. Si tienes tantas ganas, podemos parar y hacer uno.

Carrie sacudió la cabeza.

–No he traído una zanahoria. Todo muñeco de nieve tiene que tener una zanahoria por nariz –Carrie sonrió–. En realidad, preferiría hacer el ángel. Lleva menos trabajo y es más divertido.

Rodearon el parque en dirección a las tiendas. Había unos cuantos establecimientos pequeños con las luces encendidas. Dan empujó una de las puertas y gritó con fuerza, mirando hacia el fondo.

–Aidan, ¿estás ahí?

–Hola, Dan.

Un hombre salió de la parte de atrás de la tienda.

–Lo siento, el teléfono no hace más que sonar desde que llegué.

Todo el mundo necesita cosas ahora mismo –miró hacia las bolsas que estaban sobre el mostrador–. Creo que tengo todo lo que me pediste, incluyendo las cosas para bebés. ¿Hay algo que quieras decirme, colega?

Miró a Dan y luego a Carrie.

–No es lo que crees. Encontramos a un bebé en el portal hace unos días. Los de Servicios Sociales no pueden venir a recogerle y necesitamos algunas cosas.

Dan hablaba a toda velocidad y había un ligero rubor en su rostro, como si supiera exactamente qué era lo que Aidan estaba pensando. ¿Acaso le daba vergüenza que la gente pensara que eran pareja?

–Esta es mi vecina, Carrie. Me está ayudando con el bebé.

Aidan miró a Carrie y la saludó con un gesto. Tecleó los artículos en la caja registradora.

–Con un poco de suerte, todo esto os durará un par de días más y después podréis dejar de jugar a la niñera.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo y el dependiente corrió hacia la parte trasera de la tienda. Dan había recogido las bolsas del mostrador, pero no parecía querer moverse. Parecía paralizado, al igual que Carrie.

«Un par de días más…».

Abraham ya no estaría con ellos en cuestión de días, o tal vez horas. ¿Qué sería de él entonces? ¿Acaso terminaría perdido en el sistema de Servicios Sociales de Nueva York? ¿Sería entregado a una familia de acogida? La idea hacía temblar a Carrie.

Salieron a la claridad del día. Una gruesa capa de nieve lo cubría todo, pero el cielo estaba despejado. A lo mejor estaban ante el comienzo del buen tiempo. A lo mejor era el momento de seguir adelante.

Dan parecía tan absorto en sus pensamientos como ella. ¿Acaso estaba pensando en Abraham, o estaba pensando en ella?

Llegaron al borde del parque, muy cerca del Washington Arch. Había algunas personas y un montón de muñecos de nieve.

–Mira –Carrie señaló–. Es como una pequeña familia –se detuvo junto al muñeco de nieve que hacía de padre y contempló a la familia de nieve, perfectamente esculpida–. Papá, mamá, el niño y la niña. Qué bonito –dijo en un tono que sonaba ligeramente nostálgico.

A lo mejor esa iba a ser la última cosa que iban a hacer juntos, y lo mejor que podía hacer era disfrutarlo.

Encontraron un área que no había sido transitada.

–Es perfecto –dijo ella–. ¿Estás listo?

Caminó todo lo rauda que pudo y se volvió, levantando los brazos.

Dan dejó las bolsas en el suelo y fue junto a ella. Sus dedos casi se rozaban.

–¿Te has dado cuenta de que te vas a empapar, señorita británica?

–Se trata de si me importa o no, más bien –se echó hacia atrás con los brazos bien extendidos y desapareció en una polvareda de nieve.

Comenzó a agitar las manos a través de la nieve todo lo rápido que podía, riéndose sin parar. Dan trataba de seguirle el ritmo. La nieve le mojaba el abrigo rápidamente, colándosele por el cuello y por las mangas.

Y fue entonces cuando lo sintió. Sintió el contacto de sus dedos con los de él y se detuvo.

Volvió el rostro hacia él y el mundo se paró a su alrededor. De pronto fue como si fueran las únicas personas en toda la ciudad, en el parque, en el universo.

Dan se movió. Su respiración sonaba tan agitada como la de ella. El aire cálido de su aliento inundaba el frío cortante a su alrededor. De repente, Carrie le sintió sobre ella, con las piernas a cada lado de su cuerpo. Sus alientos se entremezclaban.

–¿Qué me estás haciendo, Carrie McKenzie? –sus ojos marrones estaban llenos de confusión.

Por primera vez, tenía a Daniel Cooper frente a ella sin ningún tipo de máscara, sin escudo.

Carrie levantó un poco la cabeza e interceptó esos labios fríos con los suyos. Le rodeó el cuello con ambos brazos y tiró de él. Le tenía sin cuidado la fría nieve que le empapaba el abrigo.

Él se apartó unos segundos más tarde. Se puso en pie y extendió las manos para ayudarla a incorporarse.

–Vamos, Carrie. Te vas a morir de frío aquí fuera.

El momento pasó. Todo había acabado sin más.

Carrie se tragó el nudo que tenía en la garganta. La humedad que sentía por todo el cuerpo ya empezaba a molestarle.

–Creo que es hora de volver –dijo tranquilamente.

–Sí. Supongo que sí –convino él, recogiendo las bolsas y dirigiéndose hacia la salida.

Carrie se quedó atrás, sintiéndose como si acabara de imaginarse ese beso que se habían dado.

Dos horas más tarde, ya secos y con ropa limpia, prepararon algo de comer. Carrie terminó de hacer el café para Dan y el té para ella, y añadió los pasteles de frutas que había preparado en su casa. Abraham estaba de buen humor y se había tomado todo el biberón después de

bajar de la casa de la señora Van Dyke.

Dan le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

–Me preguntaba qué era ese olor. ¿Sabes que antes lo sentí, mientras dormía, y que me hizo despertarme? Pero no me quejo.

–Mantequilla y mermelada de frambuesa. Espero que te gusten.

–Seguro que sí –Dan le sostuvo la mirada unos segundos y Carrie se preguntó qué era lo que estaba pensando.

–¿Qué hiciste mientras dormía, aparte de hornear?

–Le hice una visita a la señora Van Dyke. Es encantadora, muy agradable. A Abraham también le cae muy bien.

–A todo el mundo le cae muy bien. Es una de esas personas…

–¿Era muy amiga de tu abuela?

Dan asintió.

–Vivieron en el mismo bloque durante sesenta años y se hicieron muy amigas. Las cosas eran distintas en aquella época. Solían prestarse cosas todo el tiempo. No pasaba ni un día sin que mi abuela me mandara arriba para recoger algo en la casa de la señora Van Dyke, o al revés.

–¿Llegaste a conocer a su familia?

Dan se acomodó en su silla mientras le daba de comer a Abraham. Parecía algo incómodo.

–Todos eran un poco mayores que yo.

–¿De la edad de tu madre? –Carrie no pudo evitar hacerle la pregunta.

Parecía que ambos iban de puntillas cada vez que se acercaban a ese tema. No quería preguntarle directamente sobre su madre, y él no le había dado ninguna información de manera accidental.

–Sí, alrededor de la misma edad.

Eso fue todo lo que le dijo. Había sido una buena oportunidad para hablar de su madre, pero no la había aprovechado. Todo era extraño.

Carrie respiró profundamente.

–¿Cómo es que acabaste en casa de tu abuela? ¿Tu madre estaba enferma?

Dan dejó escapar una risotada, alborotando a Abraham. Pero no era una carcajada de alegría, sino que estaba llena de rabia y resentimiento.

–Oh, sí. Estaba enferma.

–¿Qué significa eso?

–Significa que hay gente que no debería ejercer como padre o madre, Carrie.

Pronunció las palabras sin titubear ni un instante y Carrie contuvo el aliento.

–¿Tu madre vive todavía, Dan?

–No –la respuesta fue escueta y contundente–. Murió hace diez años. Fue una sobredosis.

Las palabras fueron toda una sorpresa para Carrie. Sin duda no era lo que esperaba oír. Múltiples escalofríos la recorrieron por dentro.

–Lo siento mucho, Dan. Siento oír que tu madre murió de una sobredosis. Debió de ser horrible para ti.

Él se puso en pie justo cuando Abraham se terminó su biberón. Le colocó sobre su hombro.

–No fue tan horrible. Llevaba muchos años sin verla. Y tampoco quería verla.

Carrie se quedó desconcertada. ¿Debía preguntarle más cosas o guardar silencio? No quería ser indiscreta, pero tampoco quería mostrar desinterés.

Y fue entonces cuando lo recordó: sus caricias habían significado tanto para ella…

Caminó hasta él y apoyó la mano sobre su brazo. Él contempló su mano, tan solo durante una fracción de segundo, y finalmente levantó la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

Los destellos de luz de la televisión parpadeaban detrás de ellos. La pantalla proyectaba imágenes de las máquinas quitanieve, que estaban trabajando en diversos lugares. También mostraban tomas aéreas de zonas que hasta ese momento habían estado desiertas. Ya había algunas personas que se aventuraban a salir y algún que otro coche abriéndose camino lentamente por la calzada. Nueva York muy pronto recuperaría cierto sentido de la normalidad.

Tal vez eso era lo más conveniente. Abraham podría ir a Angel's Children's Hospital para que Shana lo examinara, pero…

Fue como si el niño notara su inquietud. De repente, levantó las piernas, dejó escapar un grito y vomitó sobre el hombro de Dan.

Carrie extendió las manos de inmediato y tomó al niño en brazos.

–¡Agh! –Dan se quitó la camiseta rápidamente y Carrie no pudo evitar mirar de refilón su abdomen plano y sus más que evidentes pectorales.

En un intento por disimular, comenzó a hablar con Abraham mientras Daniel pasaba por su lado en dirección al cesto de la ropa sucia. Carrie intentó no mirar, pero la tentación fue demasiado grande. Lanzó una mirada fugaz y entonces sintió que el aliento se le quedaba atrapado en la garganta.

Cicatrices. Había cicatrices de varicela por toda su espalda.

Carrie se encogió por dentro al recordar los picores que había padecido de niña a causa de la varicela.

–Esta es mi camiseta favorita –dijo él, echándola en el cesto–. Creo que no va a haber forma de acabar con ese olor.

Levantó la vista y reparó en la mirada de Carrie. Ella sintió un repentino rubor en las mejillas y miró a Abraham.

Pero ya era demasiado tarde. Dan había visto esa expresión que trataba de ocultar. Había visto la sorpresa, el shock. Caminó hasta el dormitorio para buscar otra camiseta y poder cubrirse. Esas sombras que Carrie ya conocía habían aparecido de nuevo en sus ojos.

Algo la hizo actuar. Dejó a Abraham en la cuna y le agarró del brazo.

–¿Qué?

–Para, Dan. Para un segundo.

Levantó el brazo de manera tentativa y le tocó la espalda con las yemas de los dedos.

–¿Qué haces, Carrie? –le preguntó él en un susurro.

Las cicatrices no eran lo que había pensado en un primer momento. La varicela dejaba marcas irregulares y profundas, pero no era eso lo que veía en la espalda de Dan. Todas tenían el mismo diámetro y eran absolutamente perfectas, pero la profundidad variaba. Era casi como si…

–Oh, Dan –Carrie se llevó la mano a la boca y las lágrimas afloraron de repente.

Había visto marcas como esa, pero solo de forma aislada, y causadas por amigos torpes de manera accidental.

Le rodeó el cuello con ambos brazos y le atrajo hacia sí.

–Oh, Dan. Lo siento mucho. ¿Quién te hizo esto?

Dan se quedó paralizado.

–Mi padre.

Se zafó de ella y fue a sentarse en el sofá. Ella se sentó a su lado. No era capaz de contener las lágrimas que corrían por sus mejillas sin parar.

–¿Por qué? ¿Por qué iba alguien a hacer algo así? ¿Por qué alguien le haría algo así a su propio hijo?

–No todo el mundo es como tú, Carrie. No todo el mundo es como la señora Van Dyke o como mi abuela. Mis padres eran drogadictos. Jamás debieron tener hijos. Además, nunca me quisieron. En cuanto el médico se enteró de que mi madre estaba embarazada la puso en un programa de desintoxicación, pero a ella lo único que le importaba era su próxima dosis. Mi abuela intentó convencerles una y otra vez para que la dejaran hacerse cargo de mí.

Carrie entrelazó una mano con la suya.

–¿Cómo es que terminaste con tu abuela entonces? –le preguntó,

apretándosela.

–La policía la llamó. Nuestros vecinos más cercanos oían los gritos muy a menudo. Estaban preocupados, pero no querían involucrarse. Afortunadamente para mí, tenían un amigo que era policía.

–¿Y él te recogió y te sacó de allí?

Dan sacudió la cabeza.

–Fue algo más complicado. Los de Servicios Sociales intervinieron, y también la policía, pero les hizo falta algo de tiempo para solucionar las cosas. Pero en cuanto vi a ese policía en casa, supe que todo iba a estar bien. Había algo en él… No estaba dispuesto a irse sin mí.

Carrie le ofreció su mejor sonrisa.

–Supongo que fue por él por lo que te hiciste policía.

–Creo que sí. Incluso me dio buenas referencias dieciocho años más tarde, cuando las necesité.

–¿Y qué dijo tu abuela?

Dan sacudió la cabeza.

–Nada. Nada en absoluto. Jamás se volvió a mencionar el nombre de mis padres en casa.

Se produjo un silencio de unos segundos, como si ambos estuvieran absortos en sus propios pensamientos.

–Gracias –le susurró Carrie.

–¿Por qué? –Dan parecía confundido.

–Por compartir todo esto conmigo.

–Pero no lo he hecho, no exactamente.

–No importa. Ahora entiendo por qué estabas tan preocupado por Abraham.

Ambos se volvieron hacia la cuna.

–No puedo permitir que tenga una vida como esa, Carrie. Si sus padres no le querían, entonces a lo mejor eso es lo mejor para él. Así tendrá la oportunidad de tener unos padres que le quieran. Hay mucha gente ahí fuera que no puede tener hijos propios y que están esperando la llegada de un niño como Abraham.

Carrie titubeó. No quería molestarle. Lo que decía tenía sentido, pero no creía que las cosas fueran así.

–Lo entiendo, Daniel. Pero sigo pensando que hay algo más, algo que ambos estamos pasando por alto.

–¿Algo como qué?

Carrie se puso en pie y caminó hasta la ventana. El presentador de las noticias tenía razón. Se podía apreciar la diferencia en la nieve. La capa ya no era tan gruesa y todo había dejado de estar tan blanco como antes.

A esa misma hora, al día siguiente, Abraham seguramente ya no

estaría con ellos. Se habría ido para siempre, y la idea le rompía el corazón.

Se volvió hacia Dan con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿Por qué aquí, Dan? ¿Por qué en esta casa? ¿Por qué le dejaron aquí?

–¿Qué quieres decir? Ya hemos hablado de esto. Las luces estaban encendidas. Este sitio era una apuesta segura, aunque nadie haya llamado al timbre.

–Eso es –Carrie cruzó la estancia en un abrir y cerrar de ojos. Una idea acababa de aparecer en su mente–. Una apuesta segura. ¿No lo entiendes?

–¿Qué hay que entender?

–Dan, yo sabía que eras policía, aunque nunca hubieras hablado conmigo. Te veía todos los días con el uniforme, caminando por la calle y entrando en el bloque.

–¿Y?

–¡Y! –el rostro de Carrie estaba a unos pocos centímetros del de él–. ¿Qué mejor opción que un policía?

–¿Crees que alguien dejó aquí al niño porque sabía que yo era policía?

–Sé que fue así. Piénsalo, Dan. Tiene sentido.

–Pero ¿quién? ¿Quién iba a hacer algo así?

Sus miradas se encontraron. Fue como si ambos tuvieran la misma idea al mismo tiempo. Dan sintió un peso repentino en la base del estómago, pero Carrie no estaba dispuesta a echarse atrás.

Miró a Abraham de nuevo y trató de controlar el temblor de su voz.

–Dan, ¿crees que hay alguna posibilidad de que Abraham pueda ser hijo tuyo?

–¿Qué? ¡No! Claro que no.

Había dolor en los ojos de ella, un dolor evidente. No importaba lo ofensiva que fuera su insinuación. Abraham era lo primero para ella. Solo pensaba en el pequeño.

De repente, Dan se dio cuenta de algo, en un instante. Carrie McKenzie era la chica perfecta para él. La amaba, con todo su corazón. Durante los días anteriores las emociones habían crecido. Se habían hecho más intensas por los secretos que habían compartido.

–¿Estás seguro? –a Carrie se le atragantaban las palabras.

Dan dio un paso adelante y le tocó la mejilla.

–Te lo juro, Carrie. No hay ninguna posibilidad de que Abraham sea hijo mío. No es por eso por lo que le han dejado aquí.

Había lágrimas en los ojos de Carrie. ¿Serían lágrimas de alivio?

Dan quería besarla, pero no era el momento.

–Entonces, tiene que ser otra persona, alguien que sabe que eres policía y que confía en ti.

–No se me ocurre nadie, Carrie. La mayoría de mis amigos no vive por aquí. Y no tengo a ninguna embarazada en mi entorno cercano –miró hacia la ventana–. El temporal empieza a amainar, pero el lunes por la noche estaba en pleno apogeo. Solo podría haber sido alguien de por aquí, alguien de la zona… –su voz se desvaneció gradualmente. Apoyó una mano sobre el cristal de la ventana.

–¿Y si no es un amigo, Dan? ¿Y si se trata de un vecino, o de una persona con la que has estado en contacto por tu trabajo? ¿Te han avisado para que vayas a ver a alguien de por aquí?

–Suelo trabajar en el centro. Solo he hecho unos cuantos turnos por aquí. Nunca es bueno trabajar en la zona en la que vives.

–¿A quién fuiste a visitar cuando estuviste trabajando por aquí? ¿Se te ocurre alguien?

De pronto, Dan sintió que toda la sangre del cuerpo le bajaba hasta los pies. Sintió ganas de vomitar y fue a por el teléfono sin perder ni un segundo. Tecleó un número furiosamente.

–Soy Daniel Cooper. Necesito hablar con el capitán. ¡Ahora mismo!

–Dan, ¿qué pasa? ¿Qué has recordado?

Dan sacudió la cabeza. No tenía tiempo para charlar.

–Capitán, soy Dan. El bebé… Sí. Está bien. Pero me parece que sé quién le dejó aquí. Busque a Mary y a Frank Shankland… Sí. Son esos. Tienen una lista enorme de delitos de violencia doméstica. La última vez que estuve allí, ella estaba embarazada. Él estaba como loco y le había dado una paliza tan grave que perdió al bebé. Yo le dije que, si volvía a quedarse embarazada, él volvería a hacer lo mismo.

–¡Oh, no! Es horrible –exclamó Carrie, horrorizada.

Dan levantó la mano para que guardara silencio mientras escuchaba por el auricular.

–Por eso es por lo que no estaba preparada. No pudo comprar nada para el bebé, o él se habría dado cuenta. Debió de ocultarle el embarazo. ¿Cómo están las carreteras? ¿Puede enviar una patrulla? Yo voy para allá. Ahora mismo.

Colgó de golpe y se dirigió hacia la puerta.

–Espera, Dan. No puedes ir allí solo. Mira tu mano. Estás herido. ¿Cómo vas a protegerla con una muñeca rota?

Dan se giró bruscamente. Había furia en sus ojos.

–No puedo, no. No. Pero no voy a esperar ni un segundo más, Carrie. ¿Por qué no se me ocurrió esto antes? Después de lo que le hizo a Mary la última vez, tendremos suerte si aún sigue con vida –

señaló la cuna–. Cuida de Abraham, por favor. Y reza para que llegue a tiempo –dijo, y se marchó sin más.

Capítulo Once

Para Carrie fueron las dos horas más largas de toda su vida. Cada vez que oía una sirena, le daba un vuelco el corazón. Cada vez que oía el motor de un coche, corría hacia la ventana. Finalmente, vio una luz azul que parpadeaba en el exterior y entonces oyó el sonido de la puerta de entrada al cerrarse. De inmediato fue a abrir la puerta del apartamento.

Había un rasguño en la mejilla de Dan, como si se hubiera golpeado contra una pared. Y su ropa, aunque intacta, estaba un tanto arrugada, como si se hubiera visto envuelto en un forcejeo con alguien. Iba acompañado de un agente uniformado que se quedó en el pasillo, esperándole.

Carrie no pudo contenerse. Sujetando a Abraham con un brazo, se agarró del cuello de Dan.

–¿Te encuentras bien? ¿Estás herido? ¿Qué ha pasado con la madre de Abraham? Por favor, dime que se encuentra bien.

Dan se volvió y le hizo una seña al otro policía.

–Dame cinco minutos, Ben. Enseguida salgo.

Fue entonces cuando Carrie reparó en la sillita adaptada para bebés que Ben tenía en la mano. El agente miró a Dan y asintió con la cabeza, dejando la sillita junto a la puerta.

Dan cerró y se inclinó contra el marco un momento para recuperar el aliento. Le dio un beso a Abraham en la cabeza y después le dio otro a Carrie.

Caminó hasta el sofá y ocultó la cabeza entre las manos. Era evidente que se estaba culpando por todo lo ocurrido.

Carrie se sentó a su lado.

–¿Qué ha pasado, Dan? ¿Abraham es el hijo de Mary Shankland?

Él asintió y levantó la cabeza.

–Era tal y como sospechaba. Ocultó el embarazo y dio a luz en secreto. Intentó llegar a un refugio para mujeres, o a un hospital, pero todos los elementos se alinearon en su contra – levantó los brazos–. La tormenta, la nieve… Y Abraham nació cuatro semanas antes de lo esperado. Estaba desesperada. No sabía qué hacer. Frank iba a llegar a casa en cualquier momento.

–¿Entonces dejó aquí al bebé? ¿Por qué no llamó a la puerta? ¿Por qué no te pidió ayuda?

Dan golpeó la mesa con los nudillos.

–¡Sí que lo hizo, Carrie! Sí que llamó a mi puerta. Yo tenía la música demasiado alta. No lo oí. Frank iba a volver en cualquier momento y había dejado solos a los niños –se volvió hacia ella. Sus ojos estaban llenos de un profundo dolor–. Si no hubieras estado arriba. Si no hubieras oído a Abraham… Carrie le agarró la mano con fuerza.

–Pero sí que estaba, Dan. Y Abraham está bien.

Dan asintió lentamente.

–Mary también se encuentra bien ahora. Llegamos justo cuando Frank intentaba atacarla. Parece que su humor ha empeorado aún más últimamente. Mary estaba en un rincón, intentando proteger a su hijo pequeño.

–Oh, pobres niños –dijo Carrie, sintiendo un escalofrío.

–Han arrestado a Frank. Mary está en Grace Jordan Hospital –tocó los deditos de Abraham–. Me costó mucho convencerla para que fuera al hospital. Quería venir aquí directamente para ver a su hijo. Fue horrible, Carrie. Si hubieras visto cómo se echó a llorar de alivio cuando me vio… Debería haberlo sabido.

–Pero no lo sabías. No lo sabíamos.

–Pero tú no dejaste que tu historia personal te nublara el juicio.

–Basta. Eres el mejor policía que conozco, Dan Cooper –le acarició la mejilla. Las lágrimas volvían a inundar sus ojos–. No podría haber salido adelante estos días sin ti –miró a Abraham, que estaba sobre su regazo–. No. No podríamos haber salido adelante estos últimos días sin ti.

Dan le sujetó la mejilla con la mano.

–Carrie, sabes qué es lo que tengo que hacer ahora, ¿no? Tengo que llevar a Abraham a Angel's. Shana le está esperando.

Y tengo que devolvérselo a su madre.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Carrie. Se sentía como si el corazón se le estuviera rompiendo en mil pedazos. Esa pequeña burbuja de confort que se había creado en torno a ellos estaba a punto de estallar. La nieve se estaba derritiendo. Las cosas volverían a la normalidad y la ciudad volvería a ser la de siempre. Ya no tendrían motivo alguno para continuar recluidos en el apartamento, juntos. Ya no tendría una razón para permanecer en su vida. Abraham abrió los ojos en ese momento.

–Bueno, Abraham, es hora de decir adiós. O tal vez debería llamarte Baby Shankland… –miró a Dan y arqueó las cejas, dedicándole una triste sonrisa.

–A Mary le gustó mucho el nombre. Definitivamente, se va a

llamar Abraham.

Carrie sintió que la presión que notaba en el pecho se aligeraba un poco. Deslizó las yemas de los dedos sobre su pequeña carita. Le tocó la frente, los párpados, la nariz, las mejillas, la boquita… No quería que le temblara la voz al hablar.

–Te deseo que tengas una larga vida, Abraham. Que seas muy feliz y que tengas mucha salud. Tengo que decirte que tienes mucha suerte, mucha suerte de tener a una madre que hizo todo lo posible por protegerte. Y cada vez que nieve voy a acordarme de ti y te voy a recordar… –se tocó el corazón– aquí… en mi corazón, ahora y para siempre.

Le envolvió un poco mejor en la mantita tejida de la señora Van Dyke. Ni siquiera era capaz de levantar la cabeza para mirar a Dan. Ya sabía que él estaba esperando para llevarse a Abraham.

–Carrie…

Ella le dio un último beso al pequeño y se lo entregó. De repente, sintió la mano de Dan sobre el hombro.

–No sé cuánto voy a tardar, Carrie –le susurró al oído–. Podría ser toda la noche. Tengo que quedarme con Abraham en el hospital y después voy a tener que hacer mucho papeleo.

Carrie asentía de manera automática. El corazón se le salía del pecho.

¿Todo había terminado, así, sin más?

Oyó sus pisadas en dirección a la puerta.

Ni una palabra… No le había dicho nada más. No le había dicho que se quedara, ni tampoco que se fuera. Oyó unos pasos finales, vacilantes, y entonces se escuchó el «clic» de la puerta al cerrarse.

Capítulo Doce

Dan comenzaba a sentir el cansancio en el cuerpo, pero su mente iba a toda velocidad. Habían pasado veinticuatro horas desde que había dormido por última vez. El reconocimiento médico de Mary Shankland le había llevado mucho más tiempo de lo esperado. Tenía tres costillas rotas y una herida leve en la cabeza. Habían pasado horas en el hospital y él había querido entregarle a su hijo personalmente. La trabajadora social del hospital les había buscado un alojamiento alternativo. Y aunque Frank estuviera en la cárcel, le habían impuesto una orden de alejamiento para proteger a la familia. El capitán se había portado muy bien, pero todavía tenía mucho papeleo que hacer antes de volver a casa junto a Carrie.

Sin embargo, era en casa donde quería estar lo antes posible, junto a la persona con la que quería estar. Había tantas cosas que decir, tantas cosas que hacer. No le quedaba ninguna duda respecto a Carrie McKenzie, pero… ¿Acaso tendría ella alguna duda respecto a él? Solo había una forma de averiguarlo.

Había parado tres veces de camino a casa y su estómago no hacía más que rugir. Por suerte, en la floristería en la que se había detenido sí tenían rosas de color rosa. Eran perfectas, iguales que aquellas con las que su abuela solía llenar el apartamento, y ya era hora de hacerlo de nuevo.

Subió los peldaños que llevaban a la entrada del edificio sintiendo un revoloteo en el estómago. En cuanto abrió la puerta del apartamento se dio cuenta de que ella ya no estaba allí. Podía sentirlo. Salió a la escalera de inmediato y subió al piso superior para llamar a su puerta. La nieve había dejado de caer con tanta fuerza, pero la mayor parte de la gente aún no había regresado al trabajo. El metro aún no había abierto del todo.

–¿Carrie? ¿Estás ahí? Soy Dan. Tengo que hablar contigo – esperó unos segundos y entonces se agachó para mirar por el ojo de la cerradura.

La puerta que tenía detrás se abrió y la señora Van Dyke apareció en el umbral.

–Creo que la persona a la que estás buscando está aquí –le dijo la anciana.

–¿Ah, sí? ¿Qué hace con usted?

La señora Van Dyke se encogió de hombros.

–Parece que necesito ayuda para organizar unos cuantos trastos. Está en la habitación donde guardo cosas.

Dan entró sin perder tiempo. Sabía adónde dirigirse.

Al acercarse a la habitación oyó el sonido apagado de unas cajas de cartón al desplomarse.

–¡Vaya!

El corazón se le aceleró justo cuando empujaba la puerta con el brazo. Carrie estaba en el suelo. La agarró rápidamente y la ayudó a incorporarse, tirando de ella hasta tenerla en sus brazos.

–¡Dan! –ella parecía aturdida y Dan tardó unos momentos en hacerla recuperar el equilibrio.

La sujetó de la cintura.

–¿Qué quieres, Dan? –su voz sonaba llena de cansancio, de tristeza.

–Quería verte.

–¿Por qué? ¿Por qué querías verme, Dan?

Él le tocó la mejilla.

–Quería hablar contigo. Quería asegurarme de que estabas bien.

Ella puso su mano sobre la de él.

–Estoy bien, Daniel. Simplemente, me alegro de que Abraham haya podido volver con su madre.

–Abraham está bien. Mary Shankland está bien… Bueno, no del todo, pero lo estará. Pero lo que más me preocupa ahora mismo eres tú, Carrie. ¿Te encuentras bien?

Ella abrió mucho los ojos, como si sus palabras le hubieran causado una enorme sorpresa. Él la hizo acercarse un poco más. –Llevo todo el día y toda la noche pensando en ti. No podía escaparme de la comisaría. Tenía mucho papeleo que hacer. Siento mucho haber tenido que dejarte, Carrie. Sé que fue muy duro para ti, pero tenía que llevar a Abraham junto a su madre. Tenía que asegurarme de que los dos estaban bien, aunque la persona con la que quisiera estar fueras tú.

–¿Ah, sí? –le temblaba la voz.

–Claro que sí, Carrie.

–Pero no me dijiste nada. No me pediste que me quedara – Carrie sacudía la cabeza como si estuviera intentando encontrarle el sentido a todo.

–No podía, Carrie. No quería empezar una conversación contigo que no podía terminar en ese momento. Quería que tuviéramos tiempo para hablar, para averiguar qué es lo que quieres –le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja–. ¿Qué es lo que quieres, Carrie? ¿Qué quieres que pase ahora?

Ella titubeó, como si tuviera miedo de decir las palabras en alto.

De repente, Dan levantó el ramo que tenía en las manos y se lo entregó.

–Eran las flores favoritas de mi abuela. Te he comprado un ramo, para darte las gracias por todo lo que has hecho estos días.

–Oh –la chispa que había iluminado la mirada de Carrie había desaparecido de repente.

Dan se dio cuenta de que no estaba haciendo bien las cosas. Nada estaba saliendo según lo planeado.

–Son preciosas. Gracias.

Era evidente que ella se había llevado una decepción. Parecía que había esperado algo más, y él también.

Dan dio un paso adelante para susurrarle algo al oído.

–Mira bien, Carrie.

Ella aspiró el aroma de las flores.

–Pero ¿de dónde has sacado estas flores en mitad de una nevada? Han debido de costarte una fortuna.

Todavía no se había dado cuenta. No había visto lo que había hecho.

Dan levantó la bolsita que sostenía con la otra mano y sacó un paquetito, también decorado con cinta rosa. Sorprendida, ella lo aceptó. Eran DVD.

La gran evasión, Dirty Dancing, Buscando a Nemo, Toy Story… y un montón de musicales.

Una sonrisa apareció en sus labios.

–¿Dónde has encontrado todo esto, Dan?

Él tragó en seco.

–Pensé que, si íbamos a pasar mucho tiempo en casa, tendríamos que ampliar un poco nuestra colección de DVD. Me pareció buena idea empezar con nuestras favoritas.

Los ojos de Carrie por fin repararon en ello. Había una llave que colgaba de la cinta rosa del ramo.

–¿Para qué es esto?

–Es para ti.

–¿Para mí? –su sonrisa se hacía cada vez más grande.

Poniendo las manos sobre sus caderas con firmeza, tiró de ella.

–¿Qué sentido tiene tener dos apartamentos si podemos tener uno?

Ella le rodeó el cuello con ambos brazos.

–¿Uno?

–Uno.

–¿Y qué pasa con lo de las citas para llegar a conocerse mejor y todo eso?

–¿Qué pasa con eso?

–¿No nos estamos perdiendo algunas cosas?

–Cariño, si quieres hacer cosas de esas que hace la gente para conocerse mejor, entonces yo soy tu hombre.

Se inclinó y le dio un beso.

–Bueno, Dan. Creo que podrías tener razón.

–Carrie McKenzie, me estás matando. ¿Puedes mirar entre las flores, por favor?

Ella arrugó la nariz y entonces captó el destello de un diamante que estaba escondido entre los pétalos de una rosa.

–¡Por fin! –exclamó él, suspirando.

Apoyó una rodilla en el suelo.

–Carrie McKenzie, nunca he conectado con nadie como he conectado contigo. Me da igual en dónde nos quedemos, aquí o en Londres. Lo único que sé es que quiero que estemos juntos. Carrie McKenzie, ¿quieres casarte conmigo?

Le puso el anillo en el dedo y ella sonrió.

–¿No se supone que tienes que esperar a que te den la respuesta? –le preguntó ella, contemplando el anillo que él acababa de ponerle en el dedo y admirando los destellos a la luz del sol.

–No voy a arriesgarme. Tengo la esperanza de que sea un «sí» –le susurró él al oído.

–Oh, definitivamente es un «sí» –Carrie puso las manos alrededor de su cuello y le dio un beso como muchos que aún estaban por llegar.

Fin